

# La Esfera

Año XII

Núm. 623



«Retrato de José Eduardo del Valle», cuadro de José Gutiérrez de la Vega, que figuró en la Exposición de Retratos de Niño

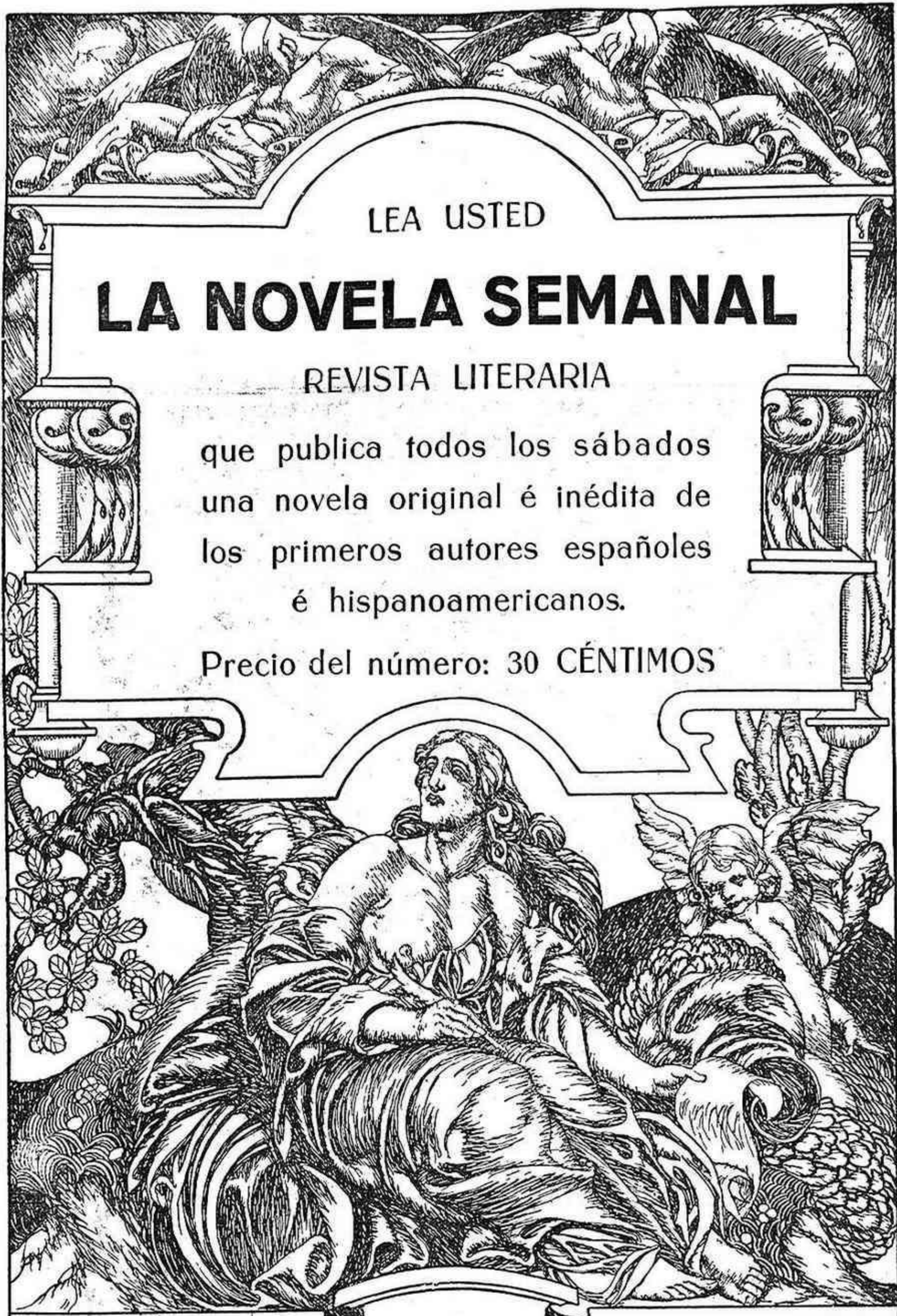
LEA USTED

# LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS



EA USTED ESTA SEMANA **El sueño redentor** POR ALBERTO GHIRALDO

Productos PECA-CURA



La PECA-CURA embellece; perfuma la PECA-CURA; cura los granos y pecas; el busto rejuvenece, y al semblante da finura.

AGUA CUTANEA, 5.50; CREMA, 2.50; POLVOS (Todos los matices), 2.50; JABON, 1.50; EXTRACTO, 15; COLONIA, 3.25, 6, 9.50 y 16; LOCION para el cabello, 4.50 y 6; MASAJE FACIAL, 3.50 y 5; JABON para afeitarse, 1 y 1.25 pesetas.

CORTÉS HERMANOS. - Barcelona

Para anunciar en esta Revista, dirijase á la Administración de la Publicidad de Prensa Gráfica

**"PUBLICITAS"**

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral Apartado 911. Teléf. 61-46 M. MADRID Apartado 223. T. 131: 14-73 A.



**¡SEA FUERTE!...**

y goce de una perfecta salud. Es la base firme de una vida natural y su continuada prolongación. Haga resistentes á sus músculos, cuerpo, brazos y piernas. Use nuestro desarrollador ALEX combinado para toda una familia. Pida folleto, adjuntando sello de Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPEDICO Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

**AGENCIA GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones á

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571 MADRID



**ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS**

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO e INTESTINOS**

**DOLOR DE ESTÓMAGO  
DISPEPSIA  
ACEDÍAS Y VÓMITOS  
INAPETENCIA  
FLATULENCIAS**

**DIARREAS EN NIÑOS  
y Adultos que, a veces, alternan con  
ESTREÑIMIENTO  
DILATACIÓN Y ÚLCERA  
del Estómago  
DISENTERÍA**

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

**Obra nueva del Dr. Roso de Luna**

**LA ESFINGE.**— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.— Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.— El Edipo humano, eterno peregrino.— Lo epiciclo de Hiparco y los «ciclos» religiosos.— Las hipótesis.— Kaos-Theos-Cosmos.— Complejidad de la humana psiquis.— Más sobre los siete principios humanos.— El cuerpo mental.— El cuerpo causal.— La supervivencia.— La muerte y el más allá de la muerte.— Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

**SE VENDEN** los clichés usados en esta Revista —:— Hermosilla, 57

# DESDE EL PRIMER SÁBADO DE 1926

el público recibirá una grata sorpresa al adquirir por  
**UNA PESETA EN TODA ESPAÑA**  
 la magnífica revista

## La Esfera

en la que á partir de esa fecha se introducen  
**GRANDES REFORMAS**  
 que mantendrán á esta publicación en el lugar preferente  
 en el que el gran público culto la considera.

## La Esfera

guión y espejo de la vida artística mundial,  
 verá avalorada sus páginas con  
**LAS FIRMAS MAS PRESTIGIOSAS  
 EN EL ARTE, LA CIENCIA Y LA LITERATURA**

Todas las actividades de la vida moderna, sus figuras  
 culminantes, sus inventos, sus problemas y sus  
 inquietudes, serán reflejadas en

## La Esfera

que será una Revista única en su género. En sus  
**56 GRANDES PÁGINAS**  
 podrá admirar el público los lienzos más famosos  
 y los trabajos de

**LOS MEJORES DIBUJANTES**

en planas á todo color.  
 Todos los adelantos de las artes editoriales  
 serán puestos al servicio de

## La Esfera

en la que las  
**CRÓNICAS, CUENTOS, INTERVIEWS  
 É INFORMACIONES DE ACTUALIDAD**

avaloradas con las firmas de  
**LOS ESCRITORES DE MAYOR RENOMBRE**  
 contribuirán á hacer de esta publicación la  
**MEJOR REVISTA ARTÍSTICA Y LITERARIA  
 EDITADA EN LENGUA ESPAÑOLA**

al precio excepcional de  
**UNA PESETA CADA EJEMPLAR**



### RENACIMIENTO, S. A. E.

OBRAS EN PRENSA  
 PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Ramón Pérez de Ayala  
 Eduardo Zamacois  
 Alberto Insúa

Francisco Camba

Ramón del Valle Inclán

Jacinto O. Picón  
 Marcel Prevost  
 José Más

Felipe Trigo  
 Baronesa de Orczy  
 R. de Mesonero Romanos

Mrs. Henry Wood  
 Dr. J. A. Alonso Muñozorro  
 Dr. Angel Villegas

Pedidos a **RENACIMIENTO** Y LIBRERÍAS DE  
 ESPAÑA Y AMÉRICA

TIGRE JUAN (Novela)  
 TRAICIÓN POR TRAICIÓN (Novela)  
 DOS FRANCESAS Y UN ESPAÑOL (No-  
 vela)  
 EL TRIBUTU DE LAS SIETE DONCE-  
 LLAS (Novela)  
 RETABLO DE LA AVANICIA, LA LUJU-  
 RIA Y LA MUERTE  
 TABLADO DE MARIONETAS  
 CUENTOS DE MI TIEMPO  
 EL JARDIN SECRETO (Novela)  
 LA LOCURA DE UN ERUDITO  
 LA ESTRELLA DE LA GIRALDA  
 EL SEMENTAL (Novela)  
 BO: DICEA  
 EL ANTIGUO MADRID (tomos I y II)  
 MEMORIAS DE UN SETENTÓN (to-  
 mos VII y VIII)  
 LA NOCHE DE NIEBLA DE OFFORD  
 LA SALUD DE NUESTROS HIJOS (t. III)  
 LA SALUD DE NUESTROS HIJOS (t. VII)

**SE VENDEN** los clichés usados en esta Revista.  
 Dirigirse á Hermosilla, número 57.

Agentes  
 exclusivos de esta publicación  
 en la **ISLA DE CUBA:**

**"LA MODERNA POESÍA"**


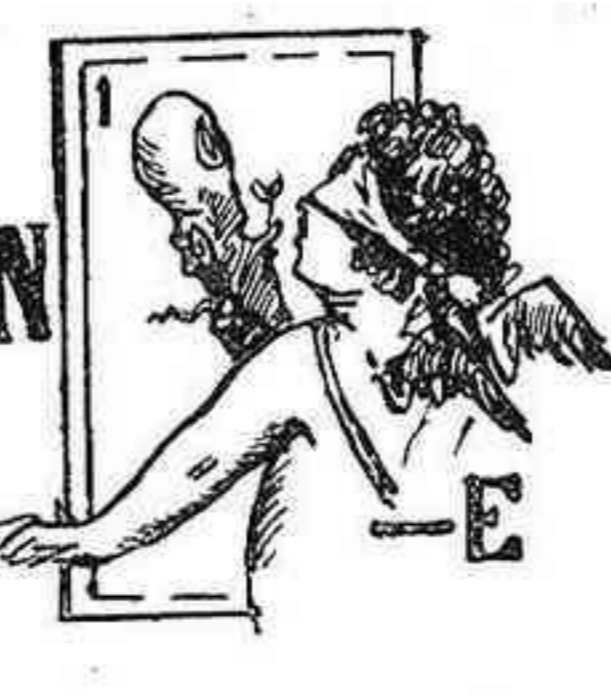
Pi y Margall, 135-139  
**HABANA**

### CONCURSO



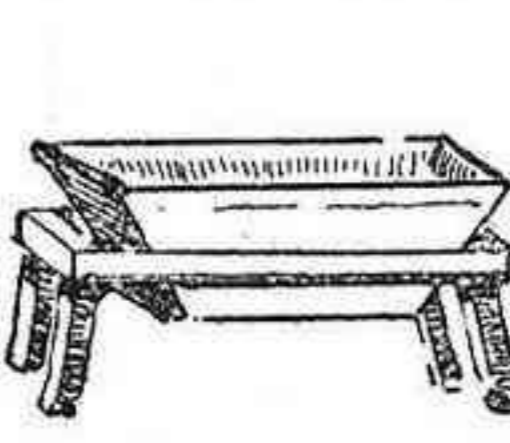
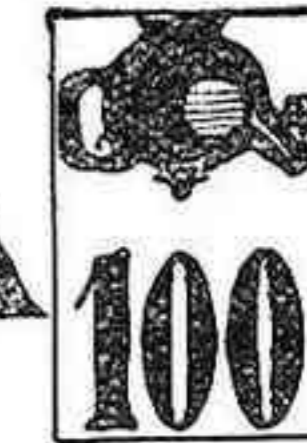

ENTRE LOS LECTORES DE PRENSA GRÁFICA

"X  1000 2,"

OTAC  IOI

 1000N  PEDINA  
 CUINA

ASEO: CCH FIN LOCADD

QU  H D  X T  A  100,  E T C

CD AMIGDALITIS-N 2 REGIOS  
 CFA

Se sortearán entre los señores que nos envíen  
 la solución acertada de este jeroglífico veinte  
 suscripciones de año á la revista de Prensa  
 Gráfica que elija cada uno de los que resulten  
 premiados. La admisión de soluciones quedará  
 cerrada el día 15 de Diciembre corriente. Las  
 soluciones se publicarán en *Mundo Gráfico* del  
 día 23; en *Nuevo Mundo* del 25; en *LA ESFERA*  
 del 26; en *Aire Libre* del 29. Cada lector puede  
 enviar cuantas soluciones tenga por convenien-  
 te, á condición de que todas vengan acompaña-  
 das del correspondiente cupón.



UN NUEVO LIBRO DE  
JOSE FRANCO RODRIGUEZ  
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

## Quando el Rey era niño...

De las memorias de un gacetillero  
(1890-1892)

Un momento interesantísimo de la historia española de fin de siglo, magistralmente evocado :: por este ilustre maestro del periodismo ::

Precio: 5 pesetas

Madrid, 1925

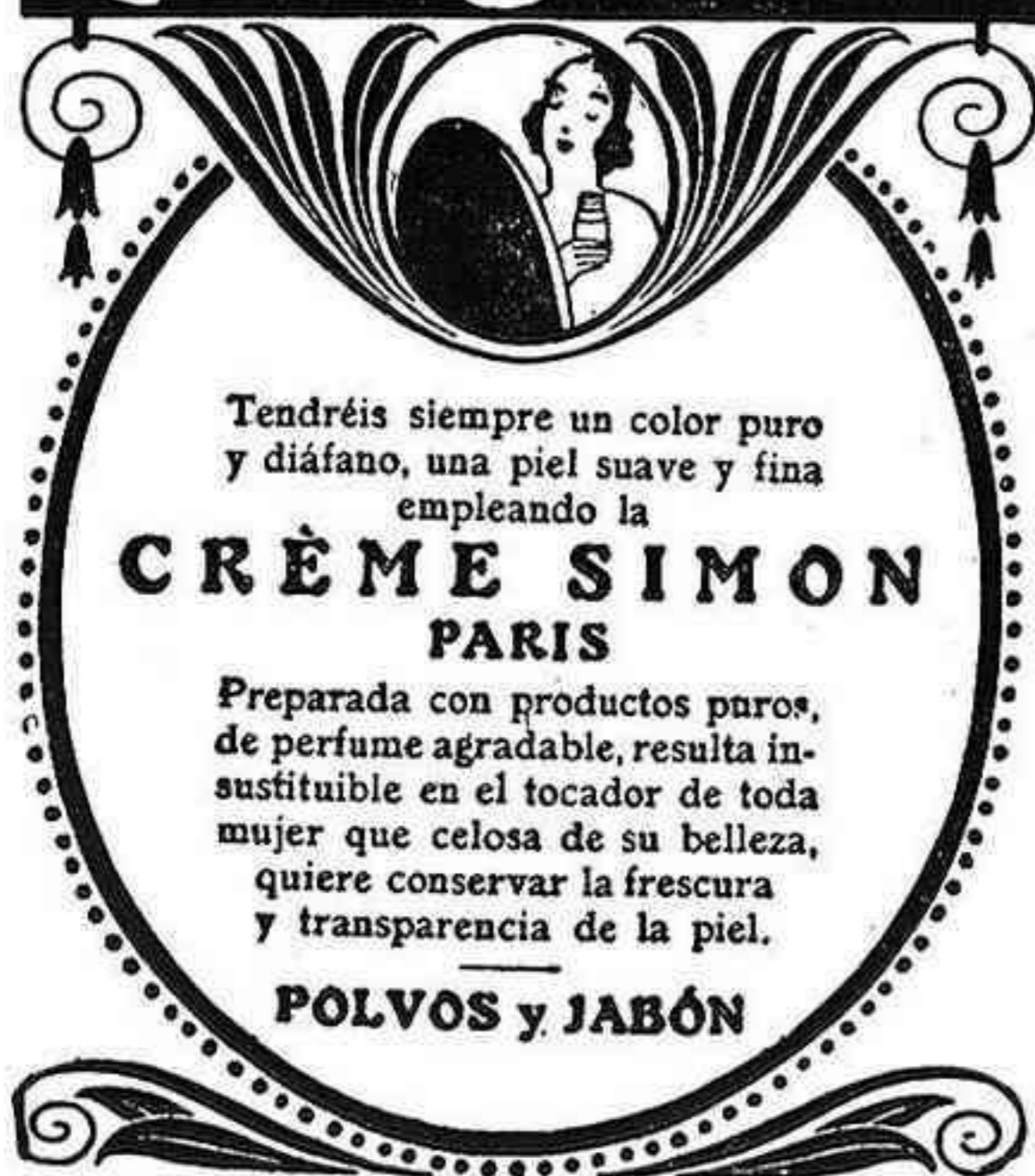
A nuestros lectores de Centro América, América del Sur y al público en general

### ADVERTIMOS

Que un individuo que se da á conocer por Alfonso Mérito y Ramírez de Arellano y que se titula indebidamente y abusivamente **Agente de Prensa Gráfica**, no tiene representación de clase alguna de esta Empresa ni ninguna colaboración en nuestras publicaciones; no puede realizar pagos ni cobros en nuestro nombre y por nuestra cuenta ni adquirir compromisos de ningún género. Sólo le conocemos por las preguntas que nos hacen sobre él y los informes que nos piden diversas personas residentes en aquellas Repúblicas americanas.

Ponemos sobre aviso al público en general, al que rogamos y agradeceremos todo informe y antecedente que sobre el mencionado individuo puedan proporcionarnos, así como la denuncia que hagan del mismo á las autoridades, por tratarse de un impostor que utiliza nuestro nombre y nuestro crédito atribuyéndose carácter y facultades de que carece para sorprender la buena fe de los demás.

## Crème Simon



TOGRAFIA  
DE ARTE ::  
— MADRID

## SARNA

(Roña)

ANTISÁRNICO MARTÍ  
Cura sin baño la sarna y picores de la piel.  
Venta en todas las Farmacias.

REPRESENTANTES  
IMPORTADORES  
COMERCIANTES:

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pídan hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa Revista

"El Exportador Americano"

á los agentes en España contra envío por giro postal de tres pesetas

"PUBLICITAS"

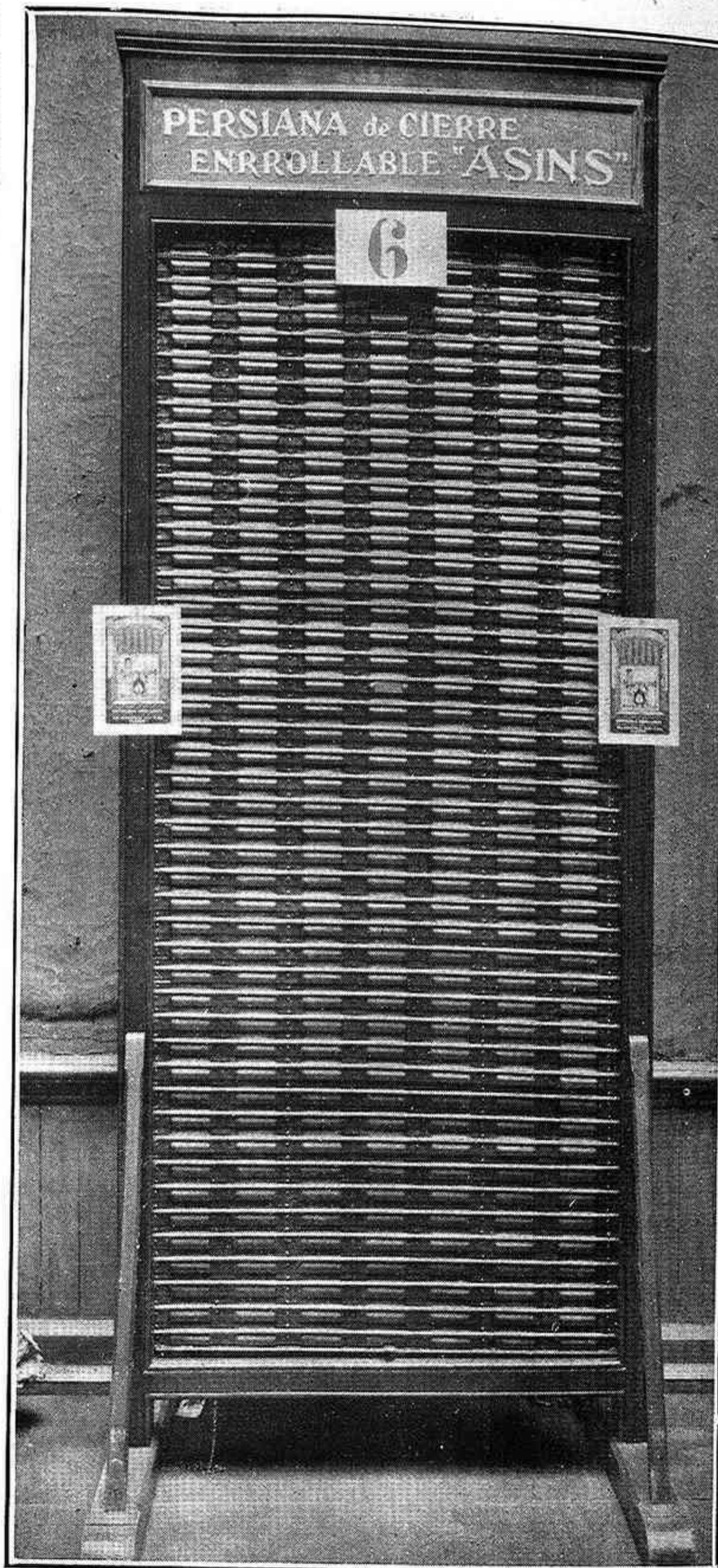
MADRID BARCELONA  
Gran Vía, 13 R. San Pedro, 11, pral.  
Apartado 911 Apartado 228

Lea usted los miércoles

**Mundo**

**Gráfico**

30 cts. en toda España



Persiana enrollable de hierro, que ha llamado poderosamente la atención en la Exposición de Maquinaria  
Construida en los talleres de Fernández de la Hoz, 52

## INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003  
LARRA, 6 MADRID

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura  
con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias



## ROSTROS ESPAÑOLES

## JOSÉ CLARÁ

El ilustre escultor catalán, ausente largos años de su patria, se reintegra ahora á ella y coinciden, con tal motivo, dos importantes episodios en la vida artística española: la exposición de sus obras en el Salón de Amigos del Arte y la toma de posesión de Clará de su plaza de académico en la Real de Bellas Artes de San Fernando, cuyo solemne acto se celebra hoy

DIBUJO DE BERNARDINO DE PANTORBA

# SONATA DE OTOÑO EN LEÓN

## PÓRTICO

Al descender del tren, una ráfaga de viento frío hiera mi rostro y estremece mi cuerpo, que se había acostumbrado ya al ambiente cálido del departamento. No habrá más de tres ó cuatro viajeros en el andén. Están todos embozados en sus abrigos, amparados así contra la inclemencia de la noche de otoño en estas cumbres de León.

Noche cruda y negra, sin luceros, sin tibiezas,

ese dulce trío de muchachas—Ana María, María Clara, María Isabel—que el maestro Azorín retrató tantas veces en sus páginas.

Acaba esa hora de la primera misa, y empieza, con el avance de la mañana, la del mercado. El escenario es una gran plaza rectangular, con arcos y soportales. Los puestos están alineados en dos series, que se cruzan y forman, dentro del marco de la plaza, como un aspa.

Es un típico y rumoroso mercado castellano.

ciudades viejas, donde la tradición y la costumbre tienen fuerza de losa...

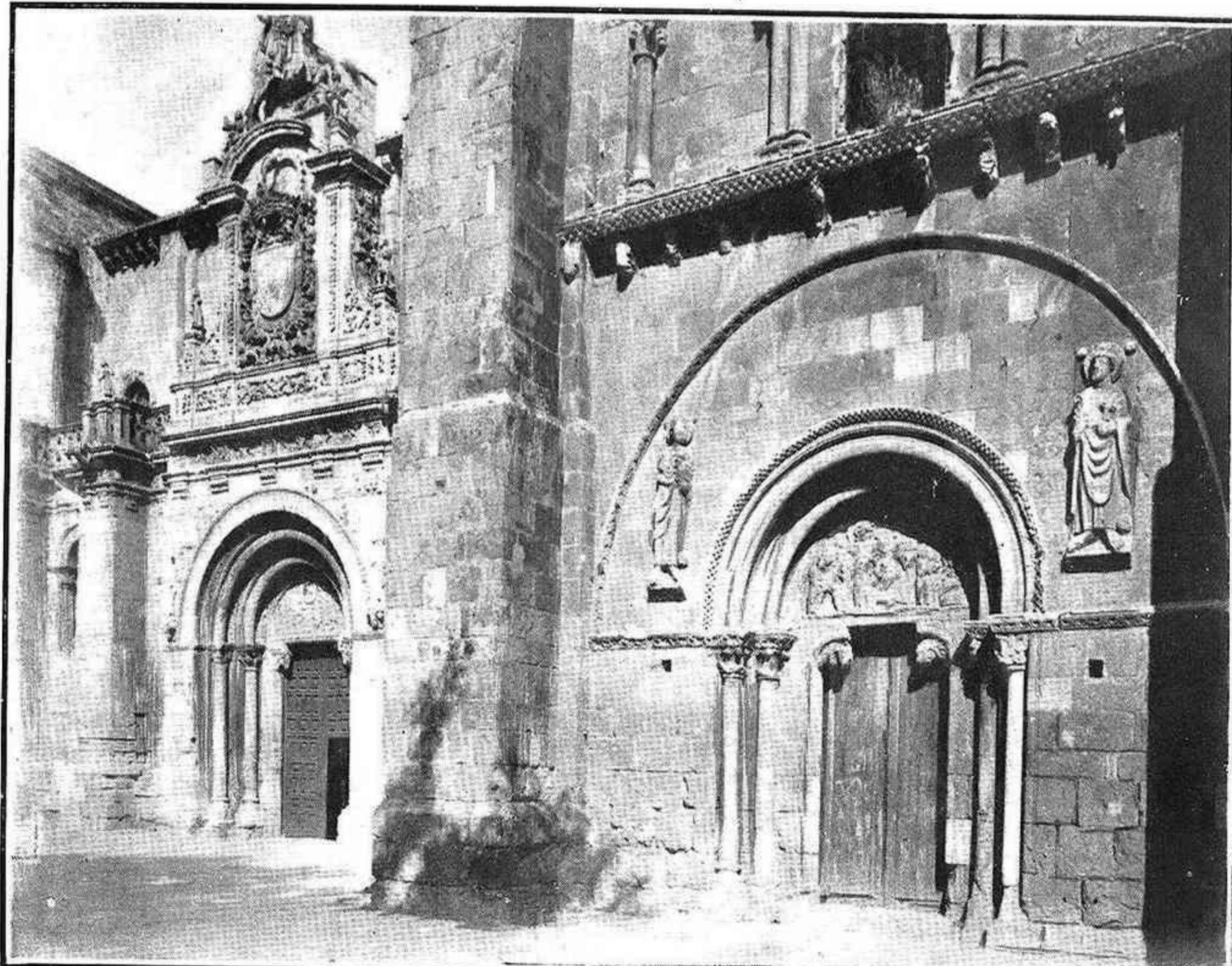
## LA CATEDRAL

Como en todas las viejas ciudades castellanas, en León el arte y la historia aparecen unidos muchas veces en muchas piedras... Esas reliquias del arte y de la historia son San Marcos, con el prodigio de su fachada y el tesoro guardado en su recinto; y San Isidoro, con toda la pureza de su construcción románica; y la Diputación, con su fachada y su patio admirables; y, sobre todo, la Catedral, con sus agujas doradas, siluetadas sobre el fondo purísimo del cielo castellano...

La Catedral es de piedra amarilla, de oro viejo, que á trechos se torna en un suave color rojizo. Este tono áureo rima perfectamente con el fuerte telón azul del cielo de Castilla.

Toda la Catedral diríase hecha, burilada por una mano en cuyo movimiento hubiese intervenido la inspiración de la Gracia. En aquel templo, la elegancia, la finura, la suavidad se unen en un concierto de armoniosas perfecciones. Todo se hace de una elegancia señorial y esbelta, desde el trazo airy del arco gótico hasta las lanzas de las doradas agujas...

En los atardeceres, cuando las cumbres de Castilla adquieren toda su grave melancolía, las piedras de oro de la Catedral se hacen piedras de sangre bajo las púrpuras murientes del ocaso. Brillan y arden los recios muros y las torres gallardas. Y en esa hora en que todo adquiere un nuevo ritmo y en que todo adquiere una nueva emoción, la Catedral es como una fragua, como una hoguera á la que prestan sus tonos encendidos las llamas aurirrojas del ocaso...



Las piedras viejas de San Isidoro

sin fragancias. Todo el horizonte es obscuro, y la estación es inmensamente triste en el silencio hondo de la hora. La llegada del tren ha abierto un paréntesis de ruido y de vida en aquella tristeza. Pero á los pocos minutos el convoy sigue su marcha y vuelve á su silencio la estación, que parece yerta, aterida bajo la losa de la noche...

Un coche me lleva al corazón de la ciudad. Tras los cristales empañados veo alguna luz, veo la sombra de un transeunte que marcha de prisa. La quietud es absoluta. Yo hubiese querido recorrer de noche la ciudad, y ver sus calles viejas iluminadas por la luna, y ver su Catedral plateada románticamente en el nocturno. Pero la noche es cruda y negra, sin luceros, sin tibiezas, sin fragancias. Las calles y las casas se pierden en la sombra. No hay plata de luna en las piedras viejas. El silencio amortaja la ciudad apesadumbrada bajo la noche. El frío y el viento se conciertan desoladamente. Yo renuncio á mi propósito de recorrer las calles en la sombra. Arriba, en el cuarto del hotel, los libros guardados en la maleta me ofrecen su emoción y su ensueño. Y mis ojos recorren una vez más las viejas estrofas amadas:

«Yo no soy demasiado sabio para negarte,  
Señor; encuentro lógica tu existencia divina;  
me basta con abrir los ojos para hallarte;  
la creación entera me convida á adorarte,  
y te adoro en la roca y te adoro en la espina.»

## MAÑANA DE MERCADO

Horas primeras del día en la vieja ciudad castellana. León despierta. Su desperezo no va acompañado de trajín ruidoso, ni de cruzar fuerte de carruajes, ni de largo pitido de fábricas. León despierta suavemente, silenciosamente, entre las frías claridades de la mañana.

Por las plazas desiertas, por las calles silenciosas, van las burguesitas á misa, en la alegre quietud matinal. Tras la sutil celosía del velo negro brilla la otra diminuta celosía de las pestañas. Al ver á las mujercitas, que tendrán esos nombres claros y sonoros de las mujeres de Castilla, se piensa en



La gracia romántica de unos típicos soportales castellanos...

Por el suelo están tendidos los frutos, las telas, las aves, en una pintoresca confusión de objetos y de colores. Y por entre ello, ante las mujerucas de rostro curtido y de pañuelo en la cabeza, pasan las otras, las burguesitas, las mismas que antes fueron á misa y que ahora han cambiado el velo sutil por el sombrero menudo.

Es muy castellana esta costumbre de que sean las señoritas las que en los días de mercado vayan á los puestos y hagan las compras y vean frente á frente estas prosaicas realidades de la vida. Antes, en la primera hora de la mañana, fueron á misa, y luego, en la última hora de la tarde, pasearán á lo largo de la calle principal...

La misa, el mercado, el paseo... La oración de cada día, el pan de cada día, el ensueño de cada día... Y todo ello muy de Castilla, muy de estas

## UN POEMA DE LUZ

Volvemos á la Catedral en una mañana de domingo. Poca gente aún en la misa de primera hora. Resuenan las pisadas sobre los anchos enlosados, bajo las altas naves majestuosas.

Es una mañana diáfana y pura de otoño. El cielo es de un azul limpio y débil. El sol brilla poco aún... En el templo hay una sensación de frío al entrar, al sentir sobre los ojos los velos de su penumbra. Dispersas sobre los largos bancos, algunas viejas bisbisean rezos cuyo rumor se escucha claramente en el silencio de la hora...

Lo más bello en este interior de la Catedral son sus vidrieras, es el prodigio multicolor de sus rosetones. El sol es aún escaso, y, sin embargo, presta reflejos maravillosos á los colores de los cristales.

Rojos, amarillos, verdes, azules, morados, toda la gama de los colores está allí, en un prodigioso tejido, llenos de una luz misteriosa por el sol que desde fuera les ilumina.

Hay un momento en que todos esos colores fulgen, arden, se incendian en una hoguera de luces y de tonos. Es que el beso de oro del sol se ha hecho más intenso. Fuera—en la calle y en el horizonte—el sol ha debido estallar, abrirse y darse magníficamente en toda su gloriosa plenitud. A sus caricias doradas, la policroma cristalería adquiere brillos insospechados. El rojo fulgura como grandes gotas de viva sangre, cálida aún. El verde une el fulgor de las esmeraldas a los cambiantes misteriosos del mar. El amarillo es un irisar de oros y topacios. Jirones de un cielo de gloria se prenden en el azul. Y en el morado rutila el esplendor señorial de las gemas episcopales...

Las vidrieras y los rosetones tejen con su policromía translúcida un poema. Un poema de luz en el que los ritmos son colores y en el que las rimas son reflejos. Un poema en el que las estrofas recorren toda la escala del iris. Un poema en el que están, hechos luces y colores, la gracia blanca y azul de los amaneceres, la embriaguez luminosa de los mediodías y las lumbres melancólicas de los ocasos...

«IL PLEUT DANS LA VILLE...»

Como en el viejo verso verleniano, llueve en la ciudad, y esta lluvia parece caer también con gotas de melancolía en el espíritu.

El otoño impera desoladamente en las plazas antañonas, en las calles estrechas, en los callados rincones románticos.

El viento arremolina en el arroyo las hojas secas.

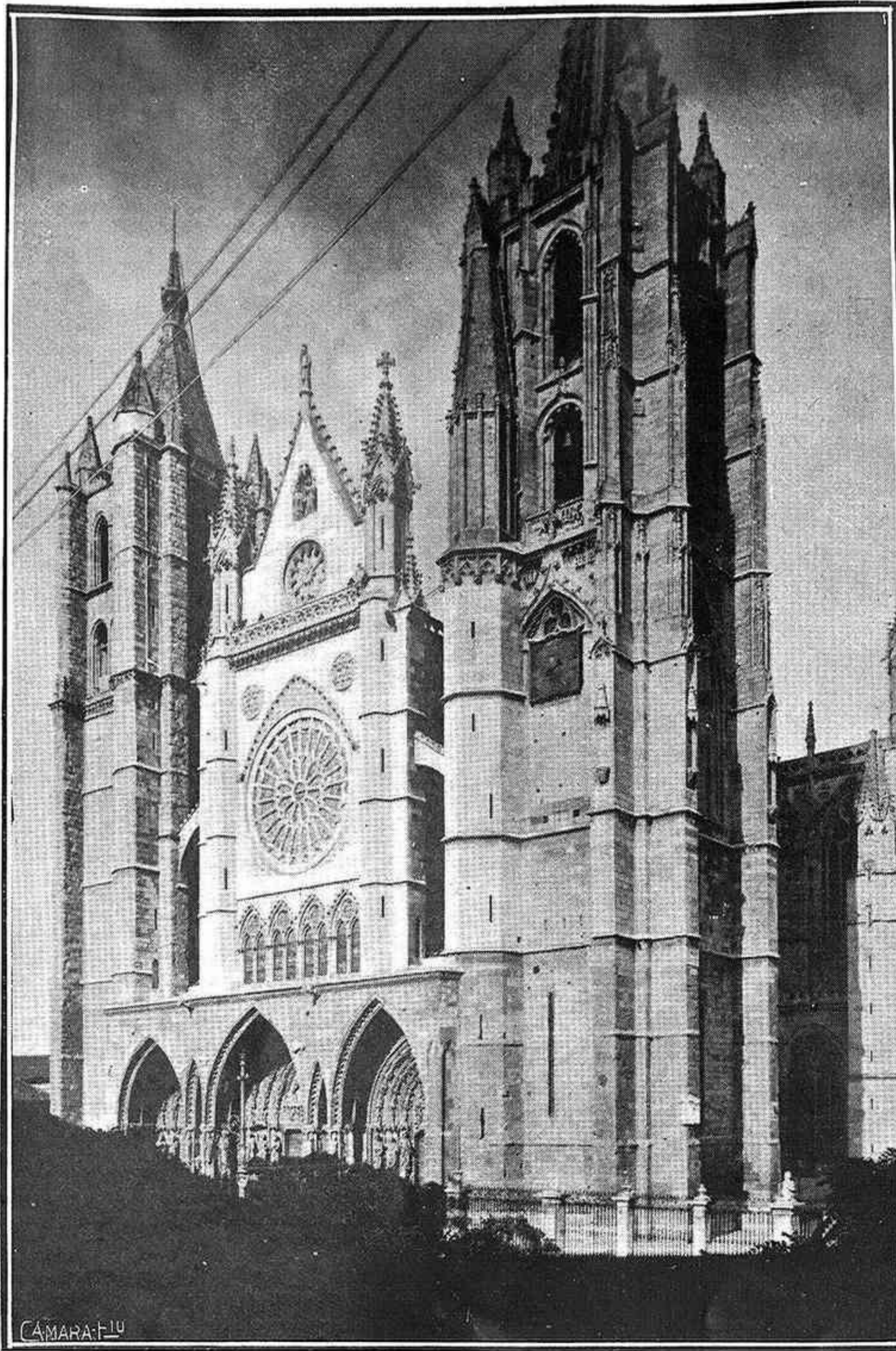
La lluvia encharca las calles, y el frío hace caminar de prisa, al amparo de los lustrosos paraguas goteantes...

Y frente a esta desolación de fuera, el café provinciano se ofrece como un refugio. Y en él estamos una hora, y otra, y otra...

A través de los cristales se ve caer la lluvia incansablemente.

Los ojos se fijan en la ruta quebrada de una hoja golpeada y empujada por el viento. La rosa mustia de las horas va deshojándose con una angustiosa lentitud.

Y por el pensamiento desfila el cortejo de las estrofas que hablan de lluvia, de recuerdo ó de nostalgia...



... en los atardeceres, las piedras de oro de la Catedral se hacen piedras de sangre bajo las pinturas murientes del ocaso...

«Yo tuve una vez amores.  
Hoy es día de recuerdos.  
Yo tuve una vez amores.»

Hubó sol y hubo alegría.  
Un día, ya bien pasado...  
hubo sol y hubo alegría...»

Por la noche, en el café hay música. Ante ella pasa una ráfaga romántica por el alma, fácil á la emoción, del público. El recogimiento se hace

más hondo cuando se escucha únicamente el violín, en uno de esos solos que tienen melancolía de lamento.

Los ensueños imposibles, las indefinibles esperanzas, los confusos anhelos cruzan tristemente al conjuro de la música lenta y quejumbrosa, llena de vagas añoranzas y de temblorosos deseos...

Cuando los ritmos callan, el batir de los aplausos rompe el encanto y abre el portón á la realidad. La realidad, en este caso, son las discusiones de pleitos locales, y el comentario á los temas de España, y el estrépito de las fichas de dominó... Más tarde, cuando la música acaba definitivamente y el público inicia el desfile, surge la otra realidad, más hosca y más triste: la de la calle, con la triple inclemencia del frío, del viento y de la lluvia...

EL VERSO FINAL

Ha llovido todo el día, desde que amaneció. Al atardecer, la lluvia seguía cayendo.

Y en las primeras horas de la noche el agua continúa batiendo los cristales, encharcando el arroyo y poniendo saudades en el corazón.

El tedio desgrana incesantemente sus cuentas grises. No hay más refugio que el cuarto del hotel ó la mesa del café en estas horas lentas de la tarde. La tristeza, del brazo del silencio, se pasea por la ciudad. Se prosiénte el aullido de los lobos del invierno...

Llegan, por fin, los instantes próximos á la partida.

Guardo amorosamente en la maleta los libros preferidos, compañeros de ensueño en toda ruta. Un coche viejo me lleva á la estación, bajo el caer implacable de la lluvia y el zumbir lúgubre del viento.

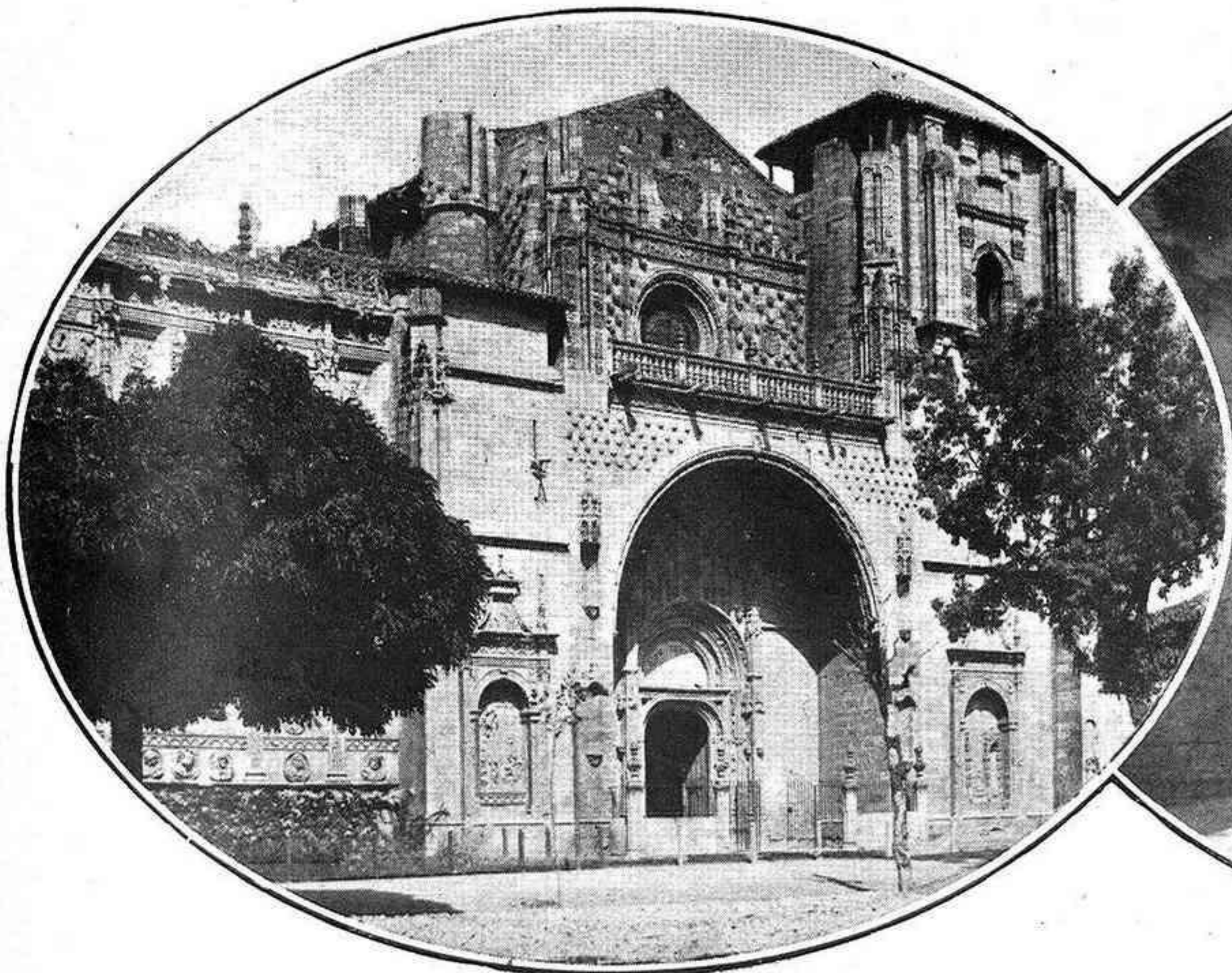
Silencio en el andén, charolado por el agua.

Hay en todo una impresión de somnolencia. El horizonte es de una densa obscuridad...

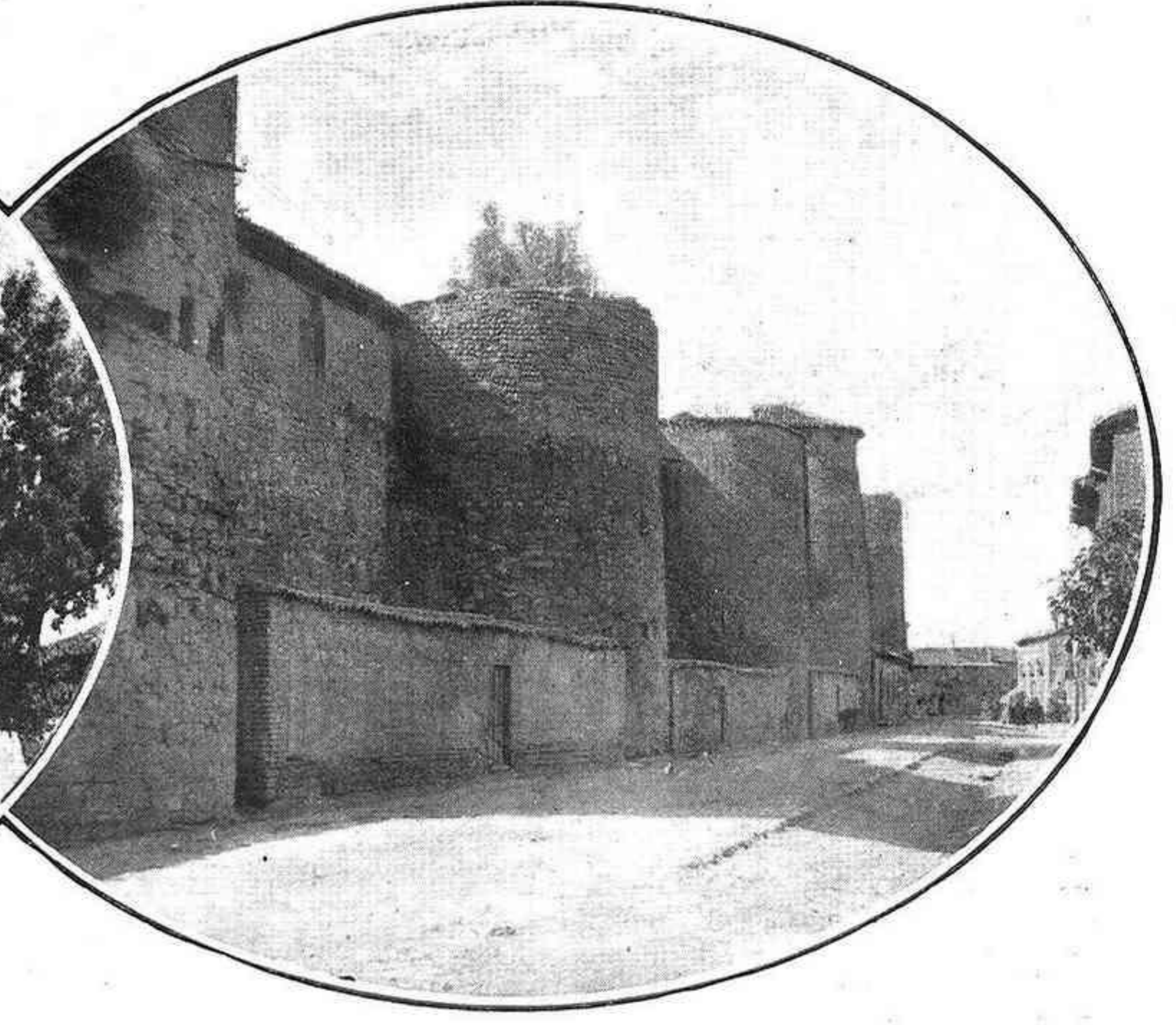
La llegada del convoy rompe la honda quietud de la estación. Ya en el coche, veo, á través de la ventanilla empañada, las luces tristes del andén como el desfile de una procesión entre nieblas.

Ha arrancado de nuevo el convoy, y León, dormido en las sombras, va quedando atrás, envuelto en el ropón de su silencio y su tristeza...

José MONTERO ALONSO



La fachada de San Marcos, donde estuvo preso aquel gran poeta, feo, burón y triste, que se llamó D. Francisco de Quevedo y Villegas...



Viejas murallas de Castilla, cordón de piedra que en León ceñía fuerte y amorosamente el recinto de la ciudad...

Fots. Wunderlick

# LA SOMBRA DE STEPHENSON

Cien años se cumplieron recientemente de la aparición en el mundo del primer ferrocarril de vapor. El día 27 de Septiembre de 1825 circuló por primera vez la locomotora entre Stockton y Darlington, y el pueblo inglés pudo maravillarse ante el grandioso invento del ingeniero Jorge Stephenson. ¡Qué diferencia tan enorme entre aquella inicial locomóvil, diminuta, defectuosa, desgarbada, jadeante, de larga chimenea y ruedas endebles, sobre la cual lucieron sus sombreros cilíndricos de felpa los primeros conductores ingleses, torpe conductora que caminaba penosamente á nueve kilómetros por hora, sin otra impedimenta que una especie de jaula, y estas de ahora, gigantescas impulsoras de maravilloso mecanismo, que arrastran, á más de mil y seiscientos metros por minuto, interminables hileras de suntuosos carruajes, verdaderas ciudades movibles, en donde toda comodidad es posible y toda suntuosidad exigida!

Ciertamente, mermaría mucho la gloria de los inventores si pensáramos bien la diferencia entre sus propósitos y los resultados de sus creaciones. Cuando Guttenberg, de Maguncia, acertó á imprimir mecánicamente su primera página de la Biblia, no pudo imaginar la perfección de nuestras rotativas, que parecen dotadas de alma y que asombran por su prodigiosa complicación; pero mucho menos pudo sospechar la transformación que la imprenta había de producir en el universo intelectual y moral. Creyó, sin duda, que su descubrimiento serviría para abaratar la mano de obra en las ediciones de los libros; pero no soñó con las armas más poderosas de la cultura contemporánea: el libro, el periódico y la revista. Esperó acaso un acrecentamiento de saber; pero no una revolución en el universo de las ideas, tan enorme y tan trascendental como la verificada en todos los órdenes del pensamiento y de la vida.

De igual manera Stephenson no se dió cuenta de la aplicación más importante de los ferrocarriles: el transporte y la circulación de las mercancías, que han elevado á la cuarta potencia la producción y la riqueza de las naciones. «Los caminos de hierro—escribía á su hijo—servirán muy pronto lo mismo para el Rey que para el último de sus vasallos, y no está lejos el tiempo en que será al operario más ventajoso que ir á pie, marchar á su taller ó fábrica en camino de hierro.» Esto era todo. El inventor creía haber encontrado un medio rápido y cómodo de transporte para las personas; de las mercancías no se preocupaba, porque, como todos sus contemporáneos, ignoraba la importancia de su circulación. Años después se discutía todavía en Londres si debía ó no ser permitido el transporte de carbón en los nuevos vehículos, y alegaban los discutidores opuestos á tal reforma que el carbón podía ensuciar los carruajes y que el tren se había hecho para llevar personas de un lado á otro, pero no sacos de patatas, maderas y bloques de carbón de piedra.

Se engañó Stephenson acerca de la verdadera significación y alcance de su invento, como todos los genios de la Mecánica y de la Física en general. Si resucitara Franklin quedaría su ánimo suspenso al enterarse del desenvolvimiento de la ciencia de la electricidad, de sus aplicaciones y de sus promesas para lo futuro. La realidad, aunque ello parezca mentira, va siempre mucho más lejos que la previsión y aun que la fantasía de los hombres. No hay aventurero soñador como el tiempo. El adelanto matemático pasmaría á Pitágoras, como las aplicaciones del tornillo, de la rueda y de la palanca dejarían atónito á Arquímedes. No. El inventor del ferrocarril no pudo siquiera presentir lo que su invento había de ser transcurridos cien años, y al paso de un rápido quedaría tan absorto como cualquiera de nuestros labriegos, cuando miran deslizarse sobre los rieles, por primera vez, un *expreso* de lujo.

Pero mucho más absorto y sobrecogido quedaría si se le mostrara el mapa de nuestra Península y viera en él la pobreza de nuestra red ferroviaria, la tortuosidad de sus líneas y la total carencia de vías de comunicación en algunas de las regiones españolas que sin esta penuria de ferrocarriles pudieran acaso ser las más prósperas. Hacer hablar á los muertos célebres ha sido empresa ya muchas veces intentada, y fuera del proscenio, en donde el arte impera siempre sobre la razón, su lenguaje imitado no ha respondido á su grandeza. (Salvemos á Alighieri y á Fontenelle.) Sin embargo, hay ocasiones y puntos concretos en que las palabras del personaje evocado ó sus sensaciones no podrían ser sino unas determinadas. Tal sería el caso del

gran Stephenson ante el mapa de los ferrocarriles de nuestra patria.

«Si mi invento—diría—ha sido tan trascendental que él por sí solo basta á explicar el prodigioso aumento de riqueza en las naciones civilizadas; si es posible medir el grado de riqueza, poderío y cultura de un pueblo por el número de kilómetros de rieles que en su territorio hay tendidos; si se ha demostrado hasta la saciedad que de nada sirve una producción enorme de riqueza si ella no circula y que son los ferrocarriles los que hasta ahora más rápida y económicamente acercan los productos á los consumidores, ¿cómo es que en España, país civilizado y activo, hay tan pocos caminos de hierro y para llevar las mercancías de una á otra capital hay que seguir trayectorias tortuosas, y cómo es que la inmensa mayoría de sus pueblos no conocen este medio de comunicación, que es reconocido universalmente como absolutamente necesario?»

Muy difícil sería dar al inventor una respuesta satisfactoria. Sin duda él no creyó que su invento llegaría á ser el instrumento más poderoso del progreso agrícola, mercantil é industrial; pero menos pudo sospechar que no sería utilizado á sabiendas de que el no hacerlo colocaba á los pueblos culpables de semejante desidia en condiciones de notoria inferioridad respecto á los otros, más avisados ó más hábiles para sacudir su pereza.

Podría preguntarnos Stephenson redivivo si había duda acerca de la utilidad y necesidad de las vías férreas, y tendríamos que responder que en ningún rincón del planeta, ni aun el más atrasado, se pone en duda la conveniencia del más rápido y seguro medio de transporte. Extrañado el inventor de que no se encuentren en comunicación directa

las capitales españolas, Madrid, Barcelona, Coruña, Sevilla y Valencia y menos Madrid y París ó Lisboa, y de que no conozcan las máquinas de vapor las veintinueve trigésimas partes de los pueblos de España, nos preguntaría si por desventura los pueblos eran opuestos á que los trenes pasasen por sus términos, y sería un deber contestar que efectivamente hubo un tiempo en que esto ocurrió y en que fueron apedreados los ingenieros que intentaron realizar sus estudios de explanación en muchas aldeas; pero que esto ya no ocurre y que todos los pueblos suspiran por un ferrocarril y elevan todos los días en este sentido peticiones á los Poderes públicos. Preguntaría el inventor entonces si no había capitales para emprender la construcción de nuevas líneas, y le diríamos que sí que los hay y que han sido solicitadas en vano muchas concesiones por Empresas con sólido capital constituido, y acabaríamos por declarar, avergonzados y tartamudeantes, que la causa verdadera de que España carezca casi en absoluto de ferrocarriles es el interés particular.

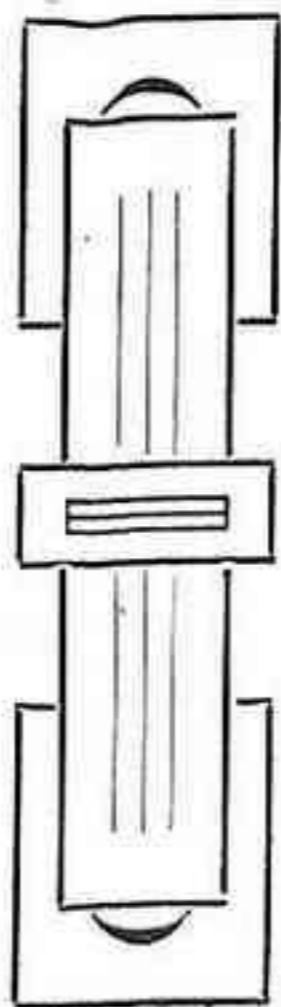
Entonces Stephenson el sabio, el desinteresado, el bienhechor de la Humanidad, mostraría en su rostro un gesto de desdén y se volvería á su sepulcro, pensando que en vano los genios inspirados por Dios descubren los manantiales de la riqueza y de la felicidad si luego sus sucesores procuran cegarlos para satisfacer sus intereses mezquinos.

Y nosotros quedaríamos convencidos de que aún no estamos capacitados para celebrar el Centenario del ferrocarril ni lo estaremos mientras el enaltecimiento de nuestra conducta y de la ajena no señale en la marcha de los siglos una fecha inicial.

ANTONIO ZOZAYA



## E L C U E R V O



¡Oh, pájaro protervo  
de todas las leyendas, triste cuervo  
hecho de horror y sombra!  
¡Ay de aquel que te nombra!  
¡Ay de aquel que te mira  
girar con anchos vuelos augurales!  
¡Ay de tus negras alas espectrales!

Antítesis fatal de la paloma.  
Ella tiene el arrullo y el aroma  
de los huertos floridos, y á ella el ruego  
va de todo mortal—hija de Venus—  
que siente del amor el rojo fuego.  
Blanca como la nieve, bajo el día  
parece hecha con luz de eucaristía.

¿Tú qué tienes, protervo  
pájaro de Satán, tático cuervo?  
El ciprés, aterido  
árbol sin voz, sin frutos ni perfumes,  
es tu trono y tu nido;  
tú en tus alas asumes  
el tenebroso espanto á ese misterio

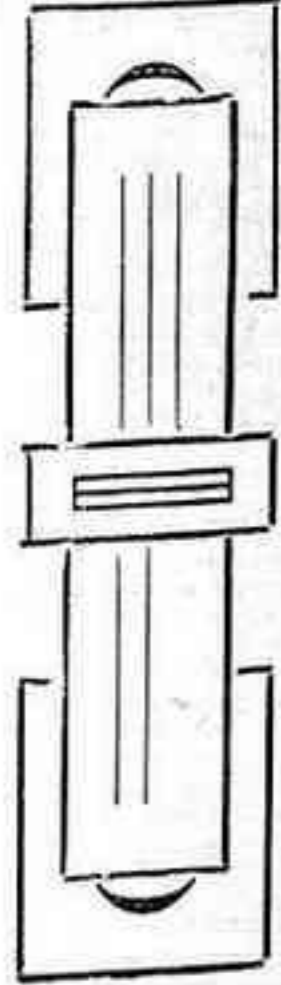
que se llama la muerte, y el salterio  
de tu canto pregona. ¡pero, rudo,  
el pecado inmortal de nuestro padre  
todavía sin Dios, yerto y desnudo.

¡Albores de palomas, rojo celo  
de amar con frenesí y ansias de un cielo  
pletórico de sol; arrullos cálidos  
de palomas de oro  
que en el huerto sonoro  
ce nuestra breve vida  
fingen de la ilusión la voz querida!

Inmortal la paloma, porque ella  
tiene la voz de Venus, blanca estrella  
que nos guía al amor, pero inmortales  
son también las dos alas augurales  
del cuervo, porque en ellas ve su suerte  
el hombre en lo que tiene más de eterno,  
más largo que la vida, y que es la muerte.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

Dibujo de Ernesto Gutiérrez





HACE algún tiempo—muy poco tiempo—recibí en mi rincón del Barrio Latino la visita de un escritor danés. Este escritor danés se llama Marinus-Kjeldgaard. Es hombre de una extraordinaria simpatía, de una elegante desenvoltura y muy inteligente. Habla en limpio castellano, de manera serena y muy poco a poco. Da la sensación de que se complace en saborear nuestras palabras. Apenas acciona. Pero substituye la necesidad de los movimientos con unas sonrisas que lo expresan todo.

Marinus-Kjeldgaard vino á requerirme para la colaboración en un número que *Excelsior*, de México, va á dedicar á España ó ha dedicado ya. Yo, naturalmente, complací á Marinus-Kjeldgaard colocando, desde luego, el testimonio de mi patriotismo al margen de toda sumisión á las personas. La patria no tiene nada que ver con la política. Más aún: pueden ambas cosas contraponerse. Cabe ser patriota y «gruñón». Nuestros distingos, nuestras insumisiones y nuestro malestar tienen derecho á afianzarse entre las fronteras. La unanimidad nacional en los juicios es una absurdidad no concebible sino por las cabezas que se figuran á sí propias pseudodivinas, hasta que la realidad les pone de relieve su vulgar condición.

•••••

En cierto modo, el número que *Excelsior* dedica á España es un tributo *post-mortem* á Rafael Alducin, en cuyo ánimo es seguro que hubo tomado cuerpo esta determinación cuando la muerte le hubo de sorprender. Marinus-Kjeldgaard, cuya convivencia y cuyas intimidades con Rafael Alducin le permiten poner por obra propósitos latentes en el malogrado periodista, de seguro que no es ajeno á esta realización de españolismo. Rafael Alducin era un hombre con dos patrias: España y México. Fueron en su existencia como la madre y la esposa. La vida y la felicidad. La casa en que se nace y la casa que se edifica. Realmente, nuestro país no tuvo para este hombre extraordinario el gesto cordial de los brazos abiertos con que debió acoger su triunfo. Pero Alducin, desde más allá de la muerte, hace ahora esta ofrenda íntima y llena de emoción, á la que es preciso corresponder, ó, á lo menos, estimar cariñosamente. Es lamentable que no haya dado testimonios de esta estimación un hombre de España, enriquecido de preeminencias. A falta de la iniciativa de un hombre así, yo me encaramo un poco sobre mi poca importancia y dejo caer en el recuerdo de Rafael Alducin este mío. Oración cívica y elogio fúnebre. Llega un poco tarde. Pero así será más español.

•••••

La vida de Rafael Alducin se debió de popularizar para ejemplo y estímulo de las energías personales. Hace siete años, Rafael Alducin era rotundamente pobre. Pero tuvo, como Aladino, el talismán de unas palabras que en tierra española no le ofrecieron nunca la realización de prodigio alguno. Las palabras del talismán de Rafael Alducin eran estas: AHORA MISMO. El «Sésamo, ábrete» de los mil y un días, que por contraposición á la noche es el



RAFAEL ALDUCIN  
(1887 - 1925)  
Fundador de "Excelsior", de México

espacio de tiempo de los hombres activos. Con este talismán marchó á México á vencer. Sin otra riqueza. Sin otro valedor. Pero donde la gente hace del trabajo un culto, el AHORA MISMO obliga á abrirse á los portones de las cuevas en cuyo seno se ocultan los tesoros. Realmente, el talismán de Rafael Alducin es muy poco español. La divisa española es «Mañana». Por eso todas nuestras consolidaciones se suelen aplazar indefinidamente, como la esperanza.

•••••

Alducin, el argonauta audaz, marchó hacia la conquista de la patria nueva con dos tesoros: el de su fórmula mágica y el de su juventud. Cuando embarcó era un niño todavía. Es de presumir que durante la navegación le acometiese alguna vez la desesperanza, flor de toda pobreza. Le suponemos bajo la losa del pesimismo de sus primeros años, sin horizontes. Pero apenas llegado á México hubo de definirse su ruta. Fué trazada á través de una amistad muy recia con un hijo de D. Rafael Reyes

Espindola, director y editor de *El Imparcial*, el periódico más importante de México por aquel entonces. Como á tantos otros, el olor de la tinta de imprenta y el tableteo de las máquinas y las vibraciones nerviosas de los perpetuos buscadores de la actualidad lo fascinaron. Su deseo único era fundar un periódico á su vez. Y, casi un adolescente, lo puso en obra, con el apoyo y la colaboración de su amigo Luis Reyes Espindola, el hijo de D. Rafael.

Así nació *El Heraldo*. No estaba en él la fortuna. Ni en otro periódico que fundó más tarde, libre ya de tutelas y de colaboraciones. Pero si no encontró entonces la fortuna, si el modo de lograr algún dinero que poner al servicio de sus planes. Con todo lo ganado ya adquirió la *Revista de Revistas*, para salvarla de una muerte cierta. La hizo revivir. Y luego obtuvo, en el transcurso de aquella vida nueva, el dinero preciso para su grande obra. La fundación de *Excelsior*, el magnífico «diario de la vida nacional», que produjo á Alducin cerca de dos millones de dólares cada año; que sostiene la colaboración de trescientos cincuenta escritores de todo el mundo; que instala en un palacio suntuoso, y en el que asegura la permanencia de Rodrigo de Llano, de Eduardo J. Aguilar, de Núñez y Domínguez, de Gonzalo Espinosa, de Antenio Caso, de José Elguero, de Díaz Rufo; es decir, de todos los periodistas de México verdaderamente ilustres. Rafael Alducin, á lomos de su gran talento, hace la fortuna mayor lograda por un periodista. Desde su pobreza á su deslumbrante triunfo no transcurren sino siete años, en los que cada día hubo de servirse del talismán de sus palabras mágicas: AHORA MISMO. Y aún tuvo tiempo para frecuentar París y poner por obra la realización de las aproximaciones americanas, en las que la muerte hubo de sorprenderle de una manera cruel. Murió de modo inopinado. Murió cuando apenas comenzaba á gustar las mieles del éxito. Murió como había vivido: muy aprisa, muy aprisa. Como si la muerte le hubiese robado el talismán. Dejó de vivir como había dejado de ser pobre: aventajando al tiempo en su carrera. Su vida, su triunfo y su fin fueron tres relámpagos de una misma tormenta. Tres sucesos de su propia constelación desaparecida.

•••••

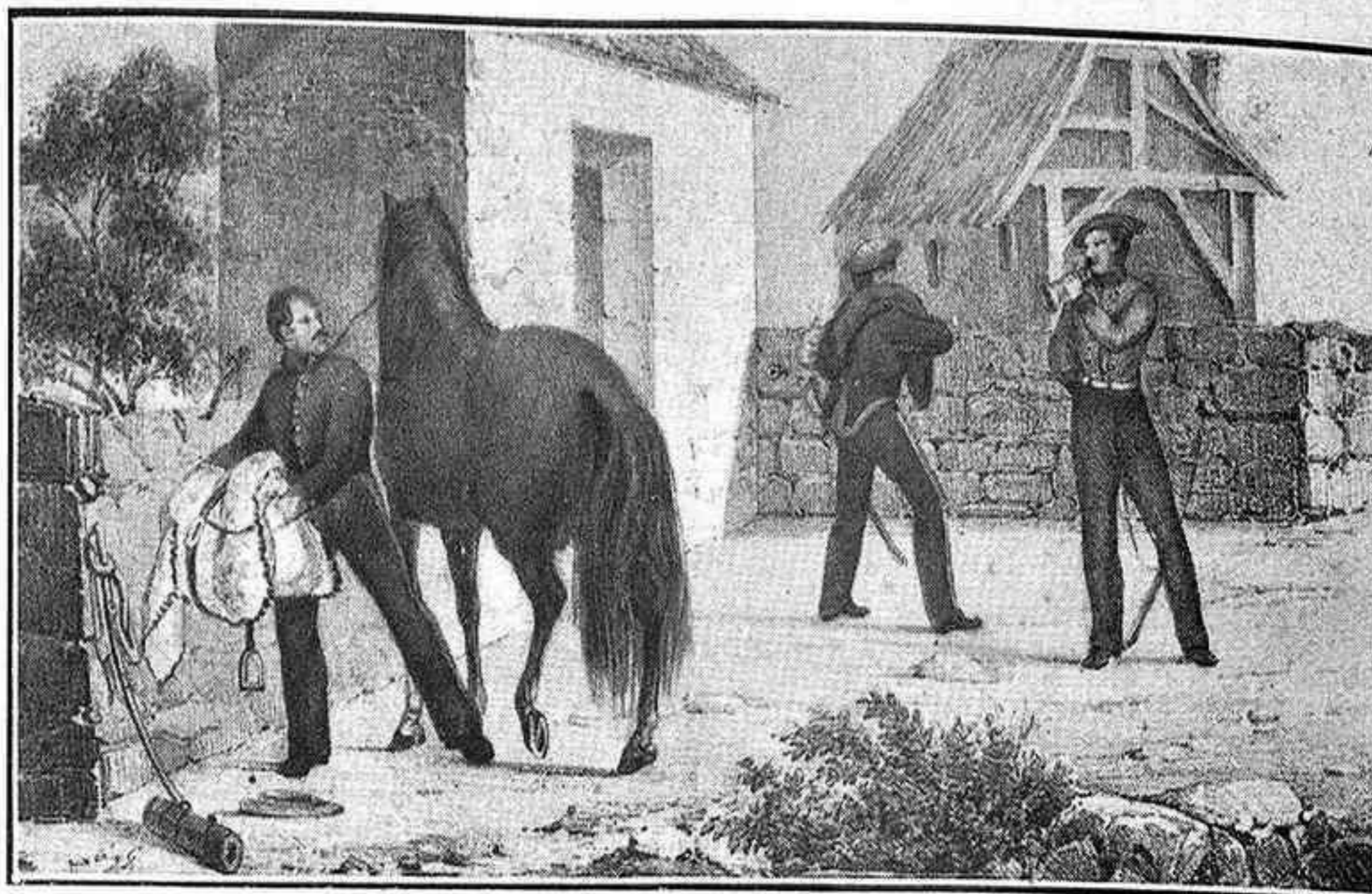
La muerte le restituye á la patria vieja. Yace su cuerpo en el rincón que la tierra mexicana ha ofrecido á los españoles como un pedazo de su carne. Marinus-Kjeldgaard, danés y españolista, me ha hecho amar á este desaparecido. Realmente, es un poco anormal ser presentado á un muerto. Pero entre los muertos se expande lo más dulce de nuestras ternuras. Si algún día piso la tierra mexicana, volveré á estrechar sobre mi corazón á León Felipe, mi amigo el poeta, y pondré un clavel de España sobre la tumba de Rafael Alducin, mi amigo el Espíritu. México ofrece á mi ánimo lo más puro y lo más alto. Un verso y una oración. Todo el perfume de la vida y de la muerte.

CEFERINO R. AVECILLA

# ESTAMPAS DE UNA GUERRA LEJANA



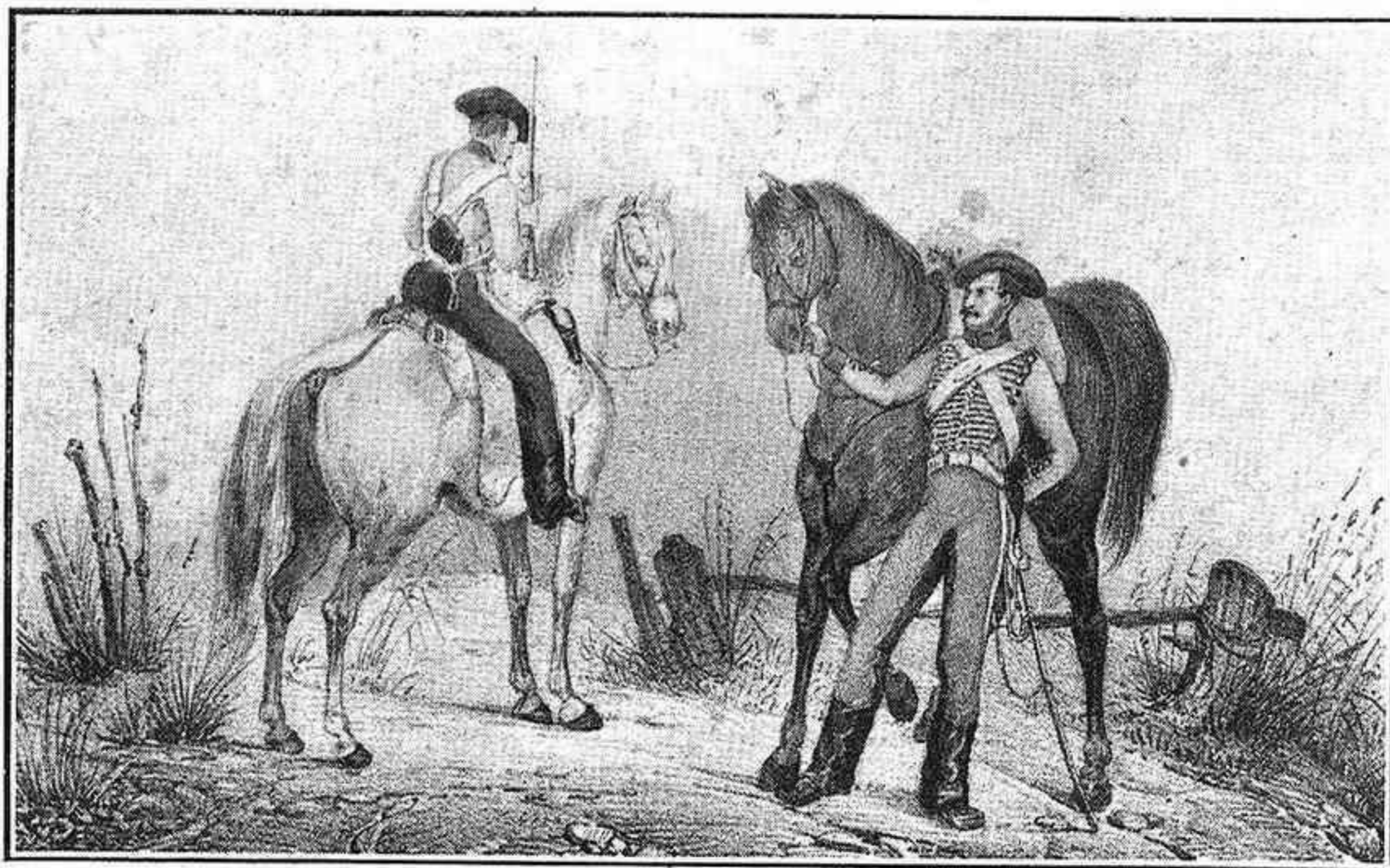
Uniformes de los partidarios de Don Carlos que formaban los Batallones de Valencia, mandados por Forcadell, en 1838



Uniformes de carlistas en la llamada Caballería de Aragón, constituida por los jinetes que salieron a campaña con Tena

Las luchas por la Constitución, con su secuela de guerras carlistas, llenan nuestro siglo XIX. Durante algún tiempo, el entrar en la Restauración alfonsina fué tema escabroso y, en realidad, vedado. El peligro de tropezar con adversarios promoviendo incidentes que despertaran las dormidas pasiones dió á todo el período que va desde el 75 al fin de siglo ese carácter de excesiva transacción, en el fondo inmoral por ser demasiado dúctil y acomodaticio, pero necesario para poder vivir en paz. Ese peligro latente hizo que fuera de mal gusto incluso repasar la Historia. Durante muchos años ha sido imposible, por ejemplo, llevar al teatro escenas de esas guerras.

Abrió el camino Galdós—recuérdese la hermosa página de *Sor Simona*—, para juzgar nuestra guerra civil con criterio desapasionado, desde fuera, desde una altura. Antes, á partir de la segunda serie de los *Episodios Nacionales*, lo había hecho también; pero era imposible que en días tan próximos guardara el narrador absoluta neutralidad. Un liberal de serena inteligencia y de amplia tolerancia; pero, al fin y al cabo, situado en una posición de combate. Eso fué todavía *Don Benito*. Después de los *Episodios*, nuestros mejores novelistas, Valle Inclán, Pío Baroja y Unamuno, han vuelto los ojos á la guerra carlista. Don Ramón del Valle Inclán, como un enamorado de la tradición bélica, soñó siempre con levantar la partida de D. Ramón María, el *Manco*. Sus libros habrían sido gratos en el cuartel general de un nuevo pretendiente; pero como no acertó á salir, Valle Inclán se conforma con dar en el estilo de sus *Comedias bárbaras* una sensación fuerte, violenta, de los móviles que inspi-



Jinetes del Cuerpo denominado Tiradores de Tortosa que auxiliaba las operaciones de Cabrera

raban la rebeldía. Baroja, á su vez, ha visto la guerra civil anecdótica, y así como Valle Inclán cuida de destacar la pequeñez moral é intelectual de los jefes del bando adicto y, en general, de toda la España oficial de aquella época, Baroja se divierte en pintar el desconcierto, la falta de sentido, de cohesión y de inteligencia de unos y otros. No admite más valores que los espontáneos y selváticos, pronto perdidos y ahogados en el mar de vulgaridad, de traición y de componenda que llena la historia de las guerras civiles.

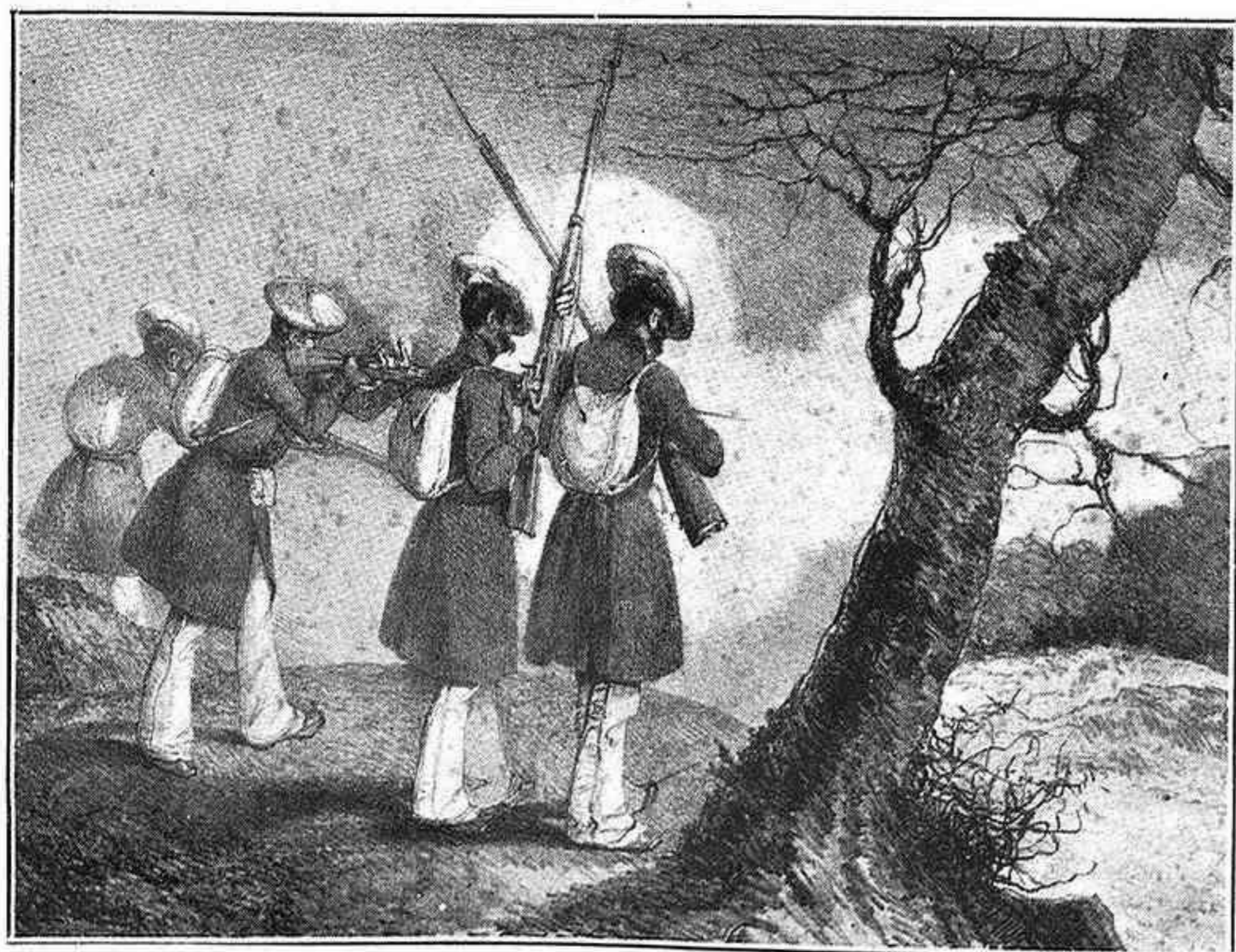
Es D. Miguel de Unamuno quien ha visto con ojos más humanos, y al mismo tiempo más universales, la guerra carlista. Su libro *Paz en la guerra* fué escrito hacia 1897. Por lo menos, en ese año apareció. Es la novela de las luchas civiles en Bil-

bao, punto estratégico para observar no sólo las batallas, sino la gran contienda espiritual. Pedro Antonio, el padre del héroe, se unió á los veintiún años—obediendo la sugestión de uno de sus tíos, guerrillero—á los voluntarios realistas que Zabala sublevó en Bilbao, dejando su trabajo «para defender con el fusil de chispa su fe amenazada por aquellos constitucionales, hijos legítimos de los afrancesados». El opinaba también «que el pueblo que rechazó las águilas del Imperio sabría barrer la cola masónica que nos dejaron en casa».

Del estado de espíritu de este personaje antes de la segunda guerra puede juzgarse por estas palabras: «... la guerra de los siete años vivificó la vida, nutriéndola de un tibio ideal hecho carne en un mundo de recuerdos de fatiga y gloria.»

Como Pedro Antonio había muchos en España, y sobre todo en el Norte, que habían visto la muerte de Zumalacárregui—don Tomás, como él le llamaba al caudillo—. La noche de Luchana, la victoria carlista de Oriamendi, el convenio de Vergara, «cuando Maroto y Espartero se abrazaron en medio de los sembrados y entre los viejos ejércitos, que pedían á voces una paz tan dulce tras tanto y tan duro guerrear. ¡Cuánto polvo habían tragado!»

Del tiempo de esa primera guerra son las estampas que ahora pueden aparecer ya como testimonios de tiempos pasados. Es el convoy de los cristinos que pasa por un bello paisaje bucólico. En ese dibujo de Miranda—de la buena época del grabado—las colinas vascas aparecen apacibles y tranquilas; pero hasta las ramas de los árboles parece que toman la forma de las lomas carlistas.



Una avanzada de la Infantería Cántabra que operaba en las Vascongadas



Jinetes de la Caballería de Valencia formada con las fuerzas que mandaba Serrador



Los famosos "Guías de Cabrera", batallón formado en 1839 con los rescatados de Arcos de la Frontera

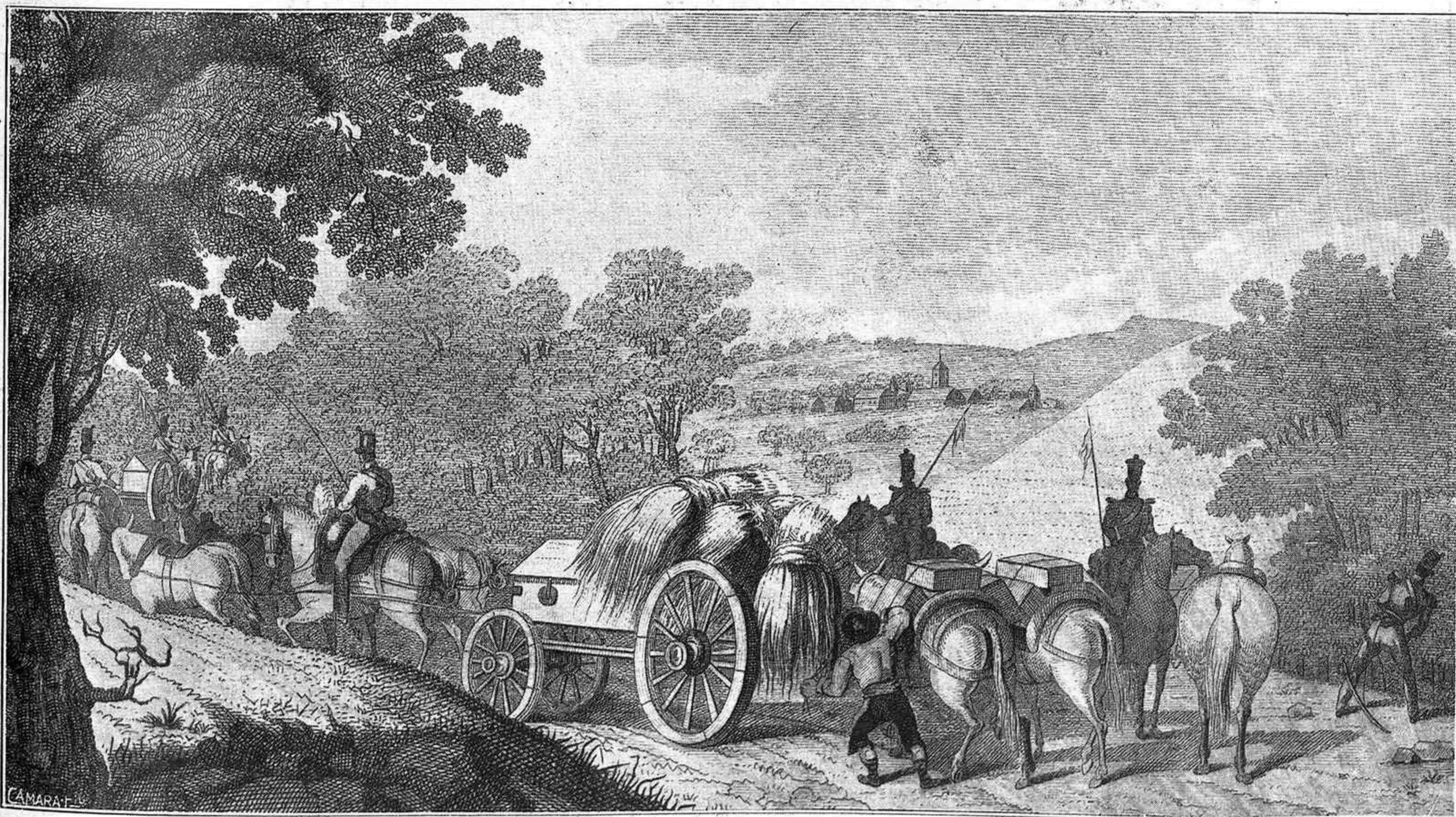
Es curioso el aparato de ejército regular que quiso dar Cabrera á sus tropas del Norte. Vemos sus uniformes. *Los guías de Cabrera*. Al pie de la litografía, tirada en Madrid—Imprenta de los Artistas—, explica su formación. «En 1839, habiendo recibido Cabrera en canje los prisioneros que se le hicieron en Arcos de la Frontera, donde peleó unido con los expedicionarios de D. Carlos, formó el batallón de Guías con gente escogida entre los res-

catados. Capote azul de botón blanco con sardinetas blancas en las mangas y sobrecuello encarnado. Boina encarnada con borla blanca. Pantalón encarnado con botín jerezano por encima. Chaleco negro y pañuelo al cuello, de puntas ídem. Canana de 30 cartuchos.» Los batallones de Valencia, capitaneados por Forcadell, restos de las partidas del Serrador. La Infantería Cántabra, la Caballería de Aragón, los que salieron á campaña con Tena y con los

primeros partidarios. Los Ingenieros de Morella, que residían en Morella y sólo salían por destacamentos, para trabajar en las obras de asedio cuando se atacaba alguna plaza fuerte.

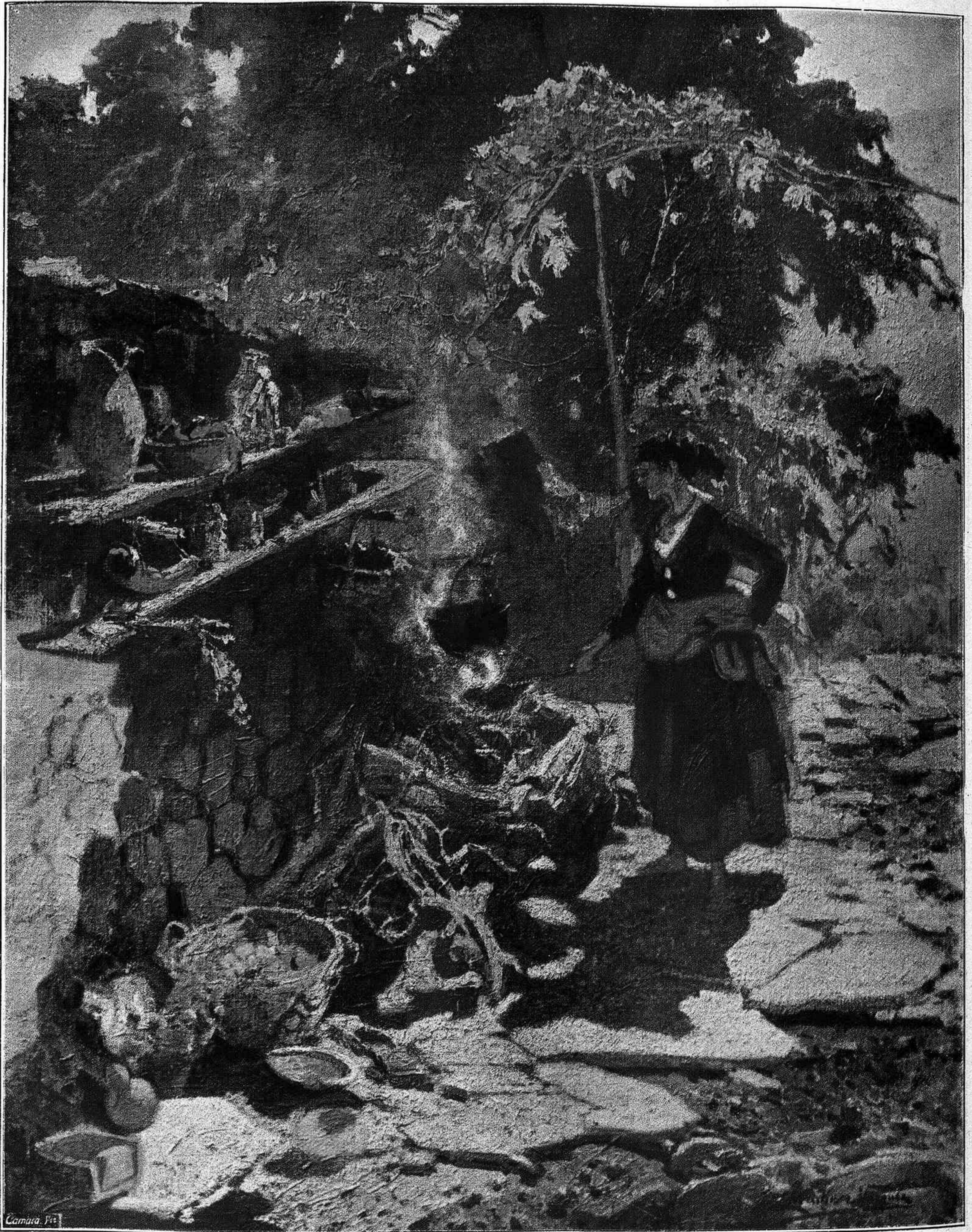
Todos estos batallones tienen un lugar en la Historia de España. Su esfuerzo y su heroísmo se partieron en luchas civiles; pero tal ha sido por muchos años nuestro destino.

A. DE T.



Conducción de un convoy por las tropas constitucionales

# DE LA TIERRA CASTELLANA

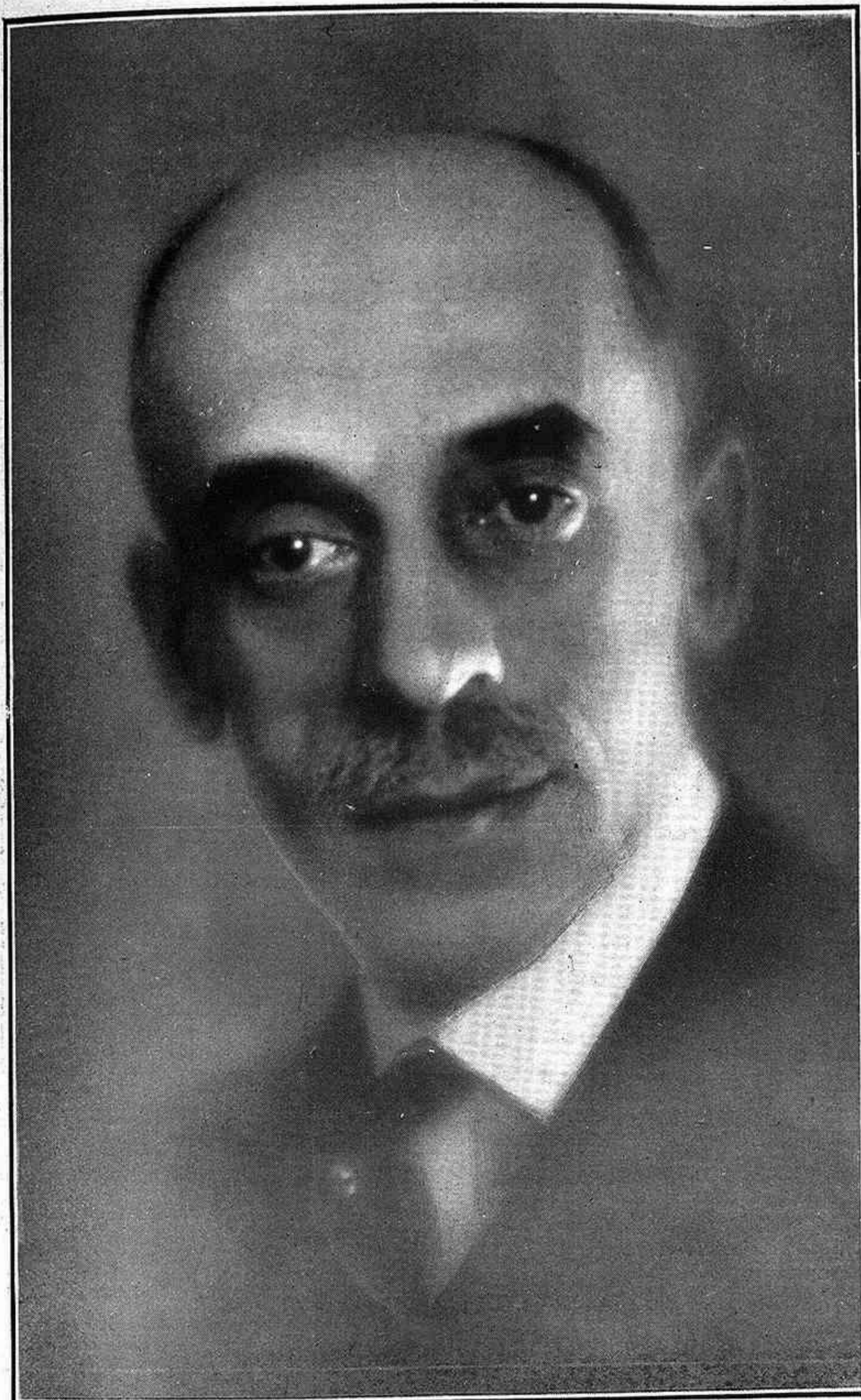


"La Cabrera", cuadro de Eduardo Martínez Vázquez

Una nueva aportación pictórica del ilustre paisajista a su buena serie de lienzos, donde la Naturaleza y las costumbres de los pueblos abulenses aparecen reflejados con brillantez y fidelidad, es este cuadro presentado en el último Salón de Otoño. En él son de admirar las cualidades de observador concienzudo, de colorista brioso, que caracterizan a Martínez Vázquez y le han situado en el prestigioso lugar que ocupa dentro de la moderna pintura española

EMBAJADORES DEL ARTE ESCÉNICO

## CATALINA BÁRCENA Y MARTÍNEZ SIERRA EN PARÍS



GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



CATALINA BARCENA

FOTS. FRERES

El triunfo reciente de Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra en París, no sólo debe registrarse como una fecha gloriosa para la actriz insigne y el comediógrafo ilustre, sino también para el arte teatral español.

Es, sin duda, gratisimo que el público cosmopolita de la capital francesa haya saludado con sus plácemes entusiastas á la artista que supo deleitarle con los encantos de su espiritualidad, de su bella figura, de su voz, de su sentimiento, hasta de su elegancia, y lo es igualmente que la crítica y la más alta representación de la literatura francesa hayan tenido para su trabajo las frases cordialísimas, los elogios efusivos que inspira siempre la inesperada revelación de un artista selecto, cuya existencia no se sospechaba siquiera.

Es halagüeño del mismo modo y de una significación cuya importancia no puede ocultársele á nadie, el triunfo de Martínez Sierra como comediógrafo y como director de Compañía, allí donde no acostumbran á sorprenderse por los extraños méritos ni están propicios á creer ninguna otra manifestación artística comparable con la propia.

Y de que así ha ocurrido, de que tanto la gran actriz como el dramaturgo y director han triunfado plenamente y de un modo definitivo que no lograron en una sola y brevísima exhibición otros artistas insignes, son prueba elocuentísima los homenajes que se rindieron á la comedianta sin par, á los que se adhirieron con la misma efusión escritores ilustres, artistas eminentes y admiradores entusiastas, y el testimonio de alta consideración literaria de que fué objeto Martínez Sierra concediéndole la Legión de Honor como prueba la más preciada que al excepcional mérito de un comediógrafo puede otorgarse, y despidiéndole con

un banquete, en el que estuvo representada la intelectualidad parisina de modo brillantísimo.

Pero con ser todo esto tan grato para quienes en las figuras gloriosas de su patria, en el triunfo de sus compatriotas fuera de la nación sienten el más intenso y noble patriotismo, tanto como para los dos artistas, la actriz y el escritor, como para la intelectualidad española es aún más importante la consecuencia que se deriva de este triunfo, que en su labor de embajadores del arte nacional han realizado Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra.

Con su actuación brillante, además de su propia gloria han conquistado la consideración, la curiosidad admirativa para nuestro arte teatral, que desdeñado por ignorancia de los valores que lo integran, por desconocimiento de sus virtudes, en lo que corresponde mayor culpa á nuestra dejadez que á la indiferencia ajena, puede afirmarse que permanecía desconocido en la capital de Francia, como permanece por la misma razón de nuestra desidia más que por falta de curiosidad en los extraños, en los demás países del mundo.

Y merced á esta beneficiosa labor expansiva, de propagandá por el hecho, ya no es sólo en París donde ha despertado esa curiosidad, esa sincera admiración, ese lógico deseo de gustar nuestro arte, sino que con la fuerza expansiva que irradia la urbe luminosa, hase extendido á otras muchas naciones, atrayendo hacia nosotros la atención, que hasta hoy apenas merocimos.

No se trata de una ilusión que pueda satisfacer nuestro amor propio sin producir ninguna ventaja positiva al arte escénico de la patria, pues entre los triunfos logrados por la selecta comedianta y por el dramaturgo que llevaron fuera de España

nuestra bandera, cuéntase la proposición de una nueva y más dilatada campaña en París, que se hará extensiva á otras capitales europeas, como Londres, Berlín, Bruselas y Estocolmo, de donde ya han sido solicitados, y en las que actuarán al regreso de la Compañía de la excursión que emprenderán por América del Norte y del Sur al terminar la temporada de este invierno en Eslava.

Ya le han sido pedidas á Martínez Sierra algunas obras para ser traducidas y representadas en París, y como esto mismo ocurrirá en las capitales que visite y en las que nuestro teatro es apenas conocido, á esta importante excursión artística deberán los autores españoles una rápida y eficaz expansión de nuestras obras por el mundo y el prestigio de nuestra escena un progreso y una consideración que no podíamos sospechar, ya que de ella sólo teníamos aisladas y no muy frecuentes demostraciones.

Felicitemos, pues, á Catalina Bárcena por el gran triunfo que ha obtenido su arte juvenil, pleno de distinción y de gracia, de exquisita sensibilidad, que ha encantado á los parisienses, poniendo en los puntos de las plumas gentiles y autorizadas de la crítica las alabanzas más lisonjeras; hagamos extensiva la felicitación á Martínez Sierra por su doble triunfo de autor y de moderno empresario artista, que le ha valido los elogios más efusivos de literatos y de técnicos, y felicitémonos también cuantos amamos el arte y la literatura, y queremos el prestigio de nuestra escena por que esta labor gloriosa para los que la realizaron será fecunda en beneficios para todos.

E. CONTRERAS y CAMARGO



Aspecto de las balconadas interiores de la Gran Ópera de París, en una noche de solemnidad artística y de fiesta mundana

(Fot. Linares)

## CRÓNICA DE "LA ESFERA" DE TODO Y DE TODAS PARTES

Carlos Garnier, el arquitecto que dirigió la construcción del soberbio teatro, sólo tenía treinta y cinco años cuando en 1860 presentó el proyecto del edificio y ganó el concurso

### EL CENTENARIO DE CARLOS GARNIER

EN Noviembre de 1825 nació Carlos Garnier; hace ahora un siglo. A Garnier se debe la Gran Opera de París. Es la figura de este arquitecto célebre no sólo francesa, sino también universal, y bien merece, por lo tanto, un recuerdo y un homenaje del mundo entero, en esta fecha de su centenario. El antiguo Teatro de la Opera, situado en la Rue Le-Peletier, había caído en desgracia para la Corte del Segundo Imperio, y estaba condenado a desaparecer desde el atentado de Orsini. Por otra parte, se había planeado la transformación de todo el barrio de la Chaussée d'Antin, modernizando los grandes bulevares, entre la Magdalena y el Faubourg Montmartre, y abriendo una amplia vía que fuera directamente desde las Tullerías hasta el encuentro de la Rue de la Paix y el Boulevard des Capucines. Al término de esa avenida—soñada triunfal por el Imperio—se había proyectado construirse el teatro más bello del mundo. Para lograrlo se abrió un concurso de proyectos, y se recibieron más de ciento. Habían acudido al certamen todos los maestros de la arquitectura francesa de aquel tiempo. Sin embargo, del fárrago de planos y de diseños, sólo quedaron para la elección definitiva cinco proyectos firmados, respectivamente, por Gïnain, Crépinet, Gamard, Duc y Garnier. Este último triunfó, al cabo, y el éxito del *petit Garnier*—como le llamaban despectivamente sus colegas—movió un formidable escándalo en el mundo del arte, de las letras y aun de la crítica de aquel París que vivía sus últimos años de prestigio imperial.

Los académicos—el tiempo no los ha cambiado—no comprendieron, ni toleraron con paciencia, la elección del *petit Garnier*, libre del peso de los años y de la grasa.

¿Quién era aquel muchacho?... ¿Quién era aquel audaz que en la marcha hacia la fama y hacia la fortuna se permitía adelantarse a sus mayores y cruzar antes que ellos el umbral glorioso?... Era un alumno de la Escuela de Bellas Artes, premio de Roma en 1848, y por lo demás trabajador infatigable y hasta entonces obscuro, que se había formado en los estudios de los arquitectos, contribuyendo con su esfuerzo anónimo a la ajena prosperidad.

Era hijo de un herrero y de una costurera. Sus padres vivían en una casita que era al mismo tiempo taller y fragua, junto a las fortificaciones. El padre,

Luis Garnier, sólo sabía forjar llantas y construir carros. La madre, María Luisa Collé, hacía prodigios con las batistas, los encajes y las sedas, y tenía justo renombre en París. Ella era la artista, y de ella recibió el espíritu, además de la sangre, su hijo.

Desde los primeros ensayos de dibujo, trazando siluetas con carbón sobre las paredes de la fragua, hasta el concurso del año 48, en que logró el premio de Roma, el pequeño Garnier fué de prisa por su camino. Luego, al regresar de Italia, no se habló más de él hasta la sorpresa, hasta el «escándalo» del 60.

El pequeño Garnier dió principio a su trabajo. La obra no era fácil. Bajo el emplazamiento del futuro teatro aparecieron bancos de cieno y corrientes subterráneas de agua. Fué necesario vencer dificultades enormes. Pero al fin el edificio comenzó a salir de la tierra.

Para la construcción, únicamente, se habían presupuestado ocho millones de francos, reservando un crédito suplementario para la pintura, la escultura y la ornamentación. En fin de cuenta, y al ser inaugurado en 1875, el Teatro de la Opera había costado treinta y cinco millones. Garnier, sin embargo, sólo había cobrado el dos por ciento sobre el presupuesto de arquitectura que le correspondía, y en esos quince años percibió, por su gigantesca labor, menos de doscientos mil francos.

Garnier, hijo de un herrero y de una costurera, hijo del pueblo, era hombre que todo se lo debía a sí mismo. Para él no existían influencias de gratitud, ni de camarilla, ni de grupo... Buscó, pues, la colaboración de gente de mérito verdadero, y dió de lado a los prestigios elaborados por la intriga... Merced a esa independencia podemos admirar en torno a la Opera las maravillosas esculturas de Carpeaux, que escandalizaron a París tanto por lo menos como la victoria de Garnier, en su lucha contra los académicos, y que merecieron de estos académicos—eran los de ayer como son los de hoy—las protestas más airadas y más necias...

Garnier, gran artista, supo serlo también en su vida. Nunca, ni en los días de pobreza, ni en los de fortuna, se pareció a esos abominables artistas de hoy que dan lecciones de pequeñez espiritual, de cálculo, de egoísmo, de triste pru-

dencia, de habilidad mercantil y de espíritu burgués, en suma, al más comerciante de los comerciantes...

Garnier vivió la existencia noblemente, generalmente, y pasó por el mundo con la mirada en alto, puesta en todas las bellezas...

Nació en 1825... Ahora se cumple su centenario... Y es ocasión de contemplar con tristeza hasta qué punto el industrialismo lo ha prostituído todo, y ha cortado las alas á todo ideal, y ha enfriado todo sentimiento, en un plazo tan breve como lo es un siglo para la historia humana...

**UNA HISTORIA EXTRAORDINARIA:  
EVA LAVALLIÈRE, PENITENTE,  
VA HACIA LA MUERTE POR CAMINO DE SANTIDAD**

¡Eva Lavallière!... Hace pocos, muy pocos años, ayer todavía, el nombre de la actriz más bolla, más inquieta, más aplaudida y más amada de París, estaba en todos los labios, desde Vincennes á Boulogne y desde Montmartre á Montparnasse... Hoy nadie habla ya de Lavallière... Otras artistas, otras mujeres, se aureolan con la idolatría pagana de la Ciudad-Maravilla... Mistinguett, la eterna; las deliciosas hermanas Dolly; la grande y pomposa Sorci; *madame Moller*, la afrancesada; la pequeña Marnae; la espléndida Duflos...

Pero ¿y Lavallière? Aquella radiante estrella del Théâtre des Variétés; aquel polo magnético de todos los parisienses y de todos los extranjeros que pisaban el asfalto de París; aquella insuperable intérprete de *La Veine*, de Capús, que fascinaba al público antes de hablar, tan sólo con el esplendor de unos ojos agarinosos, profundos, ardientes y luminosos como las noches del trópico... ¿Murió Eva Lavallière? Todavía no... Pero es para el mundo como si hubiera muerto... Queda tan sólo de ella una sombra, un espectro... Eva Lavallière vive en penitencia bajo el techo humilde de una casita de aldea... Eva Lavallière, á quien la falta de salud y de fuerzas no permitió entrar en la Orden Franciscana, vive, sin embargo, sometida á las reglas de tal Orden y aislada en una pequeña aldea de los Vosgos: en Thuillières.

De ese retiro, la antigua pecadora, la antigua mundana, salía en años anteriores, por el invierno, para cooperar en la obra que las Misiones llevan á cabo en Africa, al Sur de Túnez. Allí, con otras mujeres europeas, tocadas igualmente de la gracia—una princesa italiana, entre ellas—, la que fué reina del *Variétés* y señora de los bulevares parisienses consagraba sus dones de inteligencia y de persuasión al apostolado cristiano entre las familias musulmanas, á las que los frailes no pueden llegar.

Pero este año, postrada, sintiendo llegar ya la muerte, Eva Lavallière no pudo abandonar su choza de la montaña... Y allí espera...

En este final tan imprevisto de una existencia cuya frivolidad no era sino la farsa vivida en continuación de la farsa representada hay, para que todo sea novelesco y extraordinario, hasta un idilio místico, en el que la triste Lavallière ha encontrado el primero y el último afecto sincero de su vida. Ese afecto le merece un hombre que fué artista, primero, soldado de la gran guerra, después, que ganó títulos y gloria, y que al salir del horror de las trincheras había dejado en el lodo sangriento y en la abyección de aquella centienda, toda humana, toda terrena ilusión.

Los dos artistas, la actriz y el pintor, se encontraron una tarde de cacería y de fiesta en el castillo de Saint-Valmont, que no lejos de Thuillières poseía Samuel, el empresario del *Variétés*. El pintor volvía de una excursión por Italia. Había buscado, bajo otro cielo más luminoso que los de Flandes y de Champaña, el olvido de las horribidas matanzas, y había visitado el convento de San Francisco, en Asís. La actriz, por su parte, había escuchado la palabra redentora de un misionero, que de paso para Africa había predicado en Saint-Valmont. Y los dos espíritus, el del hombre y el de la mujer, se apartaban del mundo en común afán de perfección...

Poco después, el pintor ingresó en la Orden de los Terciarios Franciscanos, y la actriz, no pudiendo tomar el hábito de los Carmelitas por falta de salud, se inscribió como enfermera auxiliar de las Misiones africanas, y durante su permanencia en Francia se claustraba, voluntariamente, en una casita de los Vosgos.

Esto ocurría cuando todo se hallaba dispuesto para una jira teatral que Guitry había anunciado por América, llevando consigo á La Lavallière... La súbita desaparición de la actriz, su vocación religiosa, su apartamiento del mundo, hicieron hablar mucho á las gentes... Se murmuraba que todo aquello no era sino *réclame* sensacional... Se insinuaba también que si la célebre comedianta no recibía á nadie, ni se mostraba ante nadie, era porque á consecuencia de un accidente ó de una tragedia que permanecían envueltos en el misterio había quedado desfigurada y no conservaba ya ni una huella siquiera de su famosa belleza...

Poco á poco la verdad se impuso... Desapareció la leyenda del accidente ó de la tragedia banales, y quedó, en torno á la figura de Lavallière, la tragedia verdadera y solemne de su agonía de años, «viviendo sin vivir en sí», y marchando hacia la muerte por camino de santidad.

Mañana, hoy quizá, Lavallière habrá entrado en el gran reposo de la eternidad, y habrá descifrado el enigma y la razón de todo nuestro infinito, nuestro irredimible dolor...



Dos retratos de Eva Lavallière, la actriz que hace pocos años era la más famosa y ruidosa de París, y que en plena juventud se ha retirado á una aldea de los Vosgos, donde vive conforme á las austeras reglas de las Terciarias Franciscanas, no habiendo podido entrar en la Orden por falta de salud



Perla Bianca, otra actriz ruidosa y famosa que tuvo su instante de contrición, y vivió retirada en un convento francés una temporada. Menos consecuente que Eva Lavallière, Perla Bianca ha vuelto al «cine» y al «music-hall» (Fot. María Orrios)

San Humberto y Santa Catalina, fiesta de los cazadores la primera, y fiesta de las solteras la segunda, dan lugar a estos aspectos paradójicos de la vida moderna

LA FIESTA  
DE LOS CAZADORES  
Y  
LA FIESTA  
DE LAS SOLTERAS

En Noviembre celebran su fiesta los cazadores, y también celebran la suya las muchachas que han cumplido solteras los veinticinco años. De los cazadores se encarga San Humberto. Los asuntos de las solteras corren de cuenta de Santa Catalina. Estos dos Santos no han llegado, por lo visto, a un acuerdo. Y, sin embargo, si los cazadores dejaran en paz a las pobres bestias: al hermano ciervo y a la hermana perdiz y a la hermana liebre, que ningún daño nos hacen y que tienen, le mismo que nosotros, derecho a la vida; si en lugar de sembrar la desolación y la muerte por campos y bosques, faltando a la ley de Dios, cumplieran con ella los protegidos de San Humberto, y volvieran los pasos y la voluntad, no ya en odio, sino en amor, hacia las protegidas de Santa Catalina, no habría tantos solterones empedernidos ni tantas mozas agostadas en flor, y quizá la vida fuera menos triste, como espectáculo...

Pero San Humberto y Santa Catalina parecen ignorar esta coincidencia de sus respectivos intereses. En nombre del primero, los curas aldeanos bendicen las jaurías del señor del lugar; las jaurías que hubiera maldecido San Francisco de Asís... En nombre de la segunda, se autoriza y se disculpa el anticipado Carnaval de las *catherinettes* por las calles de París... Y, sin embargo, por San Humberto debería restituirse la paz a los campos y a los bosques; y por Santa Catalina deberían ser las muchachas recatadas y modestas... Hay en el contrario absurdo una lucha táctica, que origina ancestrales rencores... Y la fórmula suprema del desdén está en una frase de mujer que responde, con ambigua indiferencia:

—No... Mi marido no está conmigo... Ha ido de caza...

... La bendición de las jaurías que hubiera maldecido San Francisco de Asís, y la feria de la juventud inútil, de las muchachas sin amor y sin alegría, en un anticipado Carnaval del "boulevard"

(Fots. Linares)



CANAL



## LA SINGERMAN Ó EL ETERNO ARTE NUEVO

«Eso no puede gustar aquí... Eso es bueno para América, donde las gentes viven con medio siglo por lo menos de retraso con relación á nosotros «europeos», y donde todavía se recitan versos en las tertulias familiares... Aquí hemos progresado mucho de veinte años á esta parte, y estamos ya, al compás del mundo, en la era trepidante, vertiginosa y brutal del *auto*, de la *moto* y del *goal*... Aquí, á los jóvenes, que todos, ellos y ellas, son deportivos y rudes, les importa menos de un bledo la poesía... Y los viejos, en el asombro de la nueva existencia llena de inquietudes materiales, y ante la que resultan fallidas todas las previsiones lejanas, sólo tienen tiempo ya de contar y recontar, lamentándose... En tal ambiente, ¿cómo esperar que acuda el público á oír los versos que dice la señora Singerman, y que ni siquiera han de tener puro sabor castellano, á través de la pronunciación, muy argentina, de la declamadora?...»

Estas eran las razones del pesimismo, antes de que Berta Singerman llenara toda la sala de la Comedia con su gesto augural y con su voz profética.

Luego, al término de la primera audición y en audiciones sucesivas, el triunfo clamoroso de Berta Singerman ante la multitud, congregada para escuchar devotamente la voz del corazón, viene á demostrar que «eso» aún subsiste entre nosotros, por fortuna... Viene á demostrar que todas las violencias y todas las angustias no bastan para agestar en el alma humana la flor azul de la ilusión...

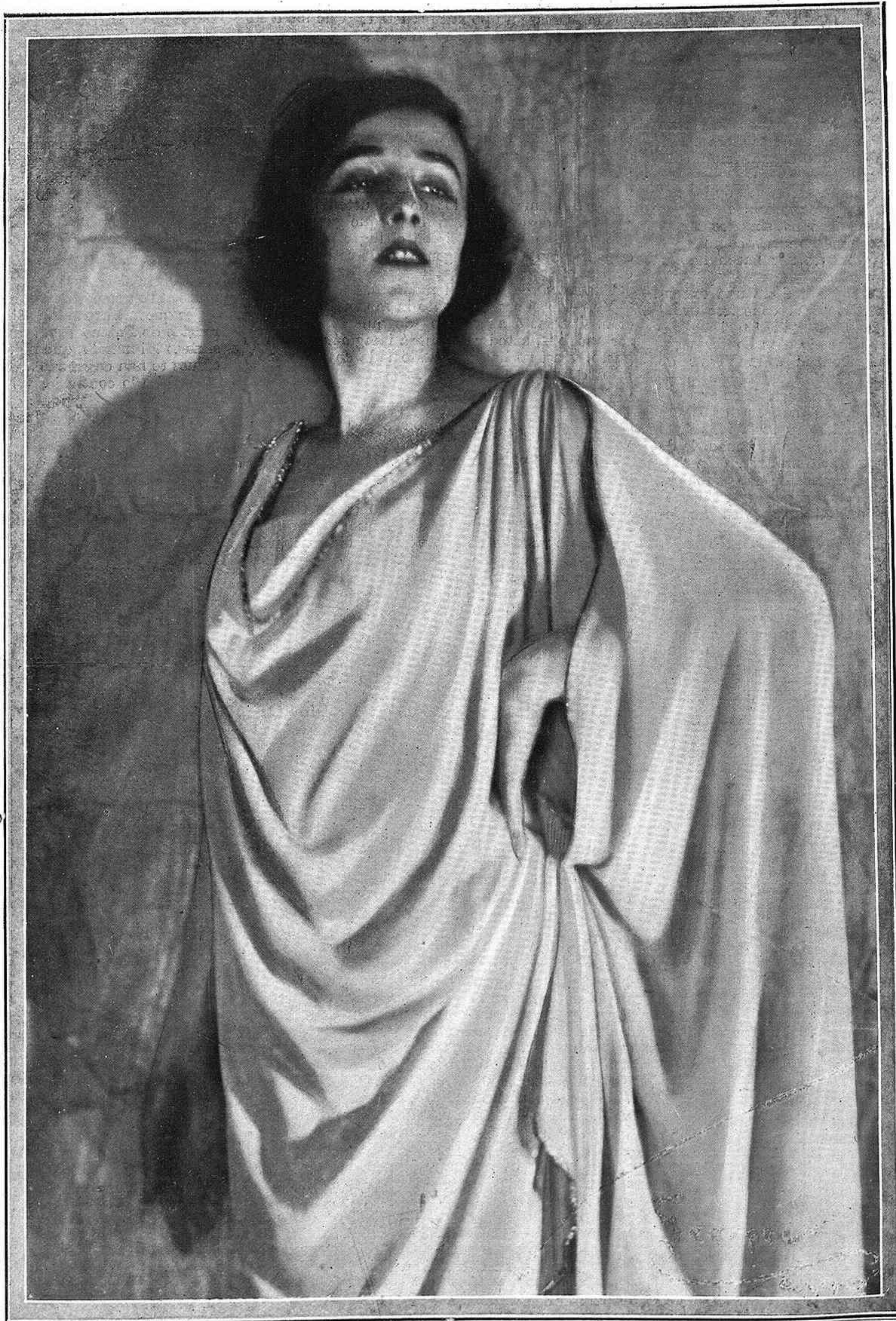
Hace ahora un año que todo el París mundano y frívolo, ambicioso y egoísta de la postguerra, desertaba los tés del Claridge, las fiestas del pecado en los pabellones de Boulogne y de Vincennes, y hasta las reuniones atléticas de Buffalo y de Colombes, para hacinarse bajo las naves oscuras y frías de Nôtre Dame, en el remanso mortal de los siglos, y escuchar las conferencias del padre Samson acerca de la «inquietud humana».

La *inquietud humana* es esta misma que arrastra á los públicos de habla española, sean de allende ó de aquende el mar, hacia la voz solemne, hacia la voz profética de Berta Singerman, que despierta los ecos olvidados, las ternuras adormecidas, los ideales ensueños del corazón.

Inquietud humana... Conciencia de que *esto*, la época de egoísmo, de dureza, de violencia, no puede durar... Conciencia de que existe por encima de los humanos errores un destino al que sólo llegan y en el que sólo encuentran razón perdurable de ser el pensamiento y el sentimiento... Conciencia de que sólo son fuertes, con fortaleza eterna, la idea y el amor; y que todo lo demás, lo que ahora nos oprime, lo que ahoroja nuestra existencia con las cadenas del industrialismo, con las tiranías del dinero, con las opresiones de todas las fuerzas malas, injustas y crueles, ha de pasar como pasa todo lo que no debió ser...

Inquietud humana... Saliendo del cieno sangriento que amasaron las garras de los *hombres de presa*, el mundo busca una senda redentora, un camino de luz...

ANTONIO G. DE LINARES



Berta Singerman, la prodigiosa declamadora argentina, que ha venido á recordarnos, en este tiempo de vulgaridad artística y de estéril fatiga, el eterno encanto y la fuerza espiritual de la Poesía. En Madrid, en plena

«crisis teatral», Berta Singerman ha recitado sus versos, que son los de Rubén, y los de Tagore, y los de Poe, y los de Machado, y los de Galán, y los de Valle, ante millares de personas, en magníficas fiestas de arte

L A S C U R I O S A S

La escena en el Hotel Isabel, de México; un hotel donde la comida, aunque harto menos que mediocre, nada debe envidiar al mobiliario de las habitaciones. Algo podría decir respecto de esto el maestro Vives...

Son las once de la mañana, y desde hace unos instantes el teléfono, colgado á los pies de mi lecho, llama insistentemente con un latir rítmico; suena, calla, vuelve á sonar...; parece un corazón.

Me contraría terriblemente tener que acudir al teléfono cuando estoy afeitándome, porque el jabón ensucia el auricular y al secarse me quema la cara. Pero, en fin...

Yo (los ojos cerrados, pues me parece que así, á oscuras, oigo mejor).—¡Hola!... ¡Hola!... ¿Con quién hablo?...

Una voz de mujer que vibra distintamente y muy cerca—tanto como si los labios platicadores estuviesen allí, detrás del muro—quiere saber si soy yo, yo mismo, quien se halla al aparato.

Yo.—Sí, señorita.  
TELÉFONO (con cierta precipitación).—Señora. Yo.—Dispéñeme; tiene usted una voz tan juvenil, tan alegre..., tan de mujer soltera...

TELÉFONO.—¿Cree usted que el matrimonio influye en la voz?...

Yo.—Desde el primer instante: la voz de los novios no bien pronuncian el trascendental «Sí» que habrá de ligarles para toda la vida, sin ellos advertirlo tórnase más grave, más honda..., como la de esos muñecos que los ventrílocuos hacen hablar dentro de una caja cerrada.

TELÉFONO.—Pues yo soy sin duda una excepción, porque estoy casada. ¡Y si conociese usted á mi esposo!... (Suspira.)

Yo.—Comprendo!... ¡Uno de esos hombres capaces de quitarle la juventud á la Venus de Milo!...

TELÉFONO.—Es violento, irreductible en sus opiniones, arbitrario..., celoso... ¡Ah!... Los celos son su gran defecto. Yo le quiero, y sería feliz si él fuese de otro modo... Mas..., ¿cómo persuadirle de que mis ojos no han de mirar á nadie?... (Un nuevo suspiro.) Muchas veces, y aconsejado por su pasión maldita, me niega los caprichos más inocentes. (Pausa.) ¿Está usted ahí? (Con desconianza.)

Yo.—A sus pies, sí, señora.  
TELÉFONO.—¿Nadie que no sea usted puede oírme?

Yo.—Nadie.

TELÉFONO (con voz desfallecida).—Sé que esta noche dará usted en el teatro Arbeu su primera conferencia. (Un breve silencio.) Yo he leído libros de usted... Yo deseaba conocerle á usted...



(Juraría que mi interlocutora ha suspirado apagadamente.)

Yo (que no tolero que las mujeres ni aun las feas sufran por mí).—¿Conocerme?... ¡Nada más fácil!

TELÉFONO.—Para mí nada más difícil. Mi marido no quiere que yo le conozca á usted. (Yo sonrío..., creo que de vanidad.) Hemos tenido una cuestión bastante seria y se niega en absoluto á complacerme.

Yo (por decir algo).—Ese hombre es un monstruo, señora...

TELÉFONO.—¿Verdad que no tiene razón?

Yo.—Ninguna. ¡Por supuesto, los maridos casi nunca tienen razón!...

TELÉFONO (ingenua).—¿Qué mal había en que yo me acercase un poquito á usted? ¿Qué iba á sucederme?... Nada.

Yo (vagamente humillado por esta seguridad de mi interlocutora).—Nada..., ¡es claro!... Nada...

TELÉFONO (mimosamente).—¡No verle á usted!... ¡Qué pena!...

Yo (para imprimir al diálogo un rumbo festivo). ¡Si supiese usted que no viéndome pierde usted poquísimo!... Es más: creo que su marido es un caballero de indiscutible talento: su esposo, señora, oponiéndose á que nos conociéramos nos hace un favor fundamental á los dos: á usted porque la evita una desilusión, y á mí porque guardando el incógnito podrá subsistir en el lugar preeminente donde la fantasía muy generosa de usted me tiene colocado.

TELÉFONO.—Es usted modesto.

Yo.—En el caso presente la modestia es discreción. Gracias á su esposo—de quien me holgaría ser amigo—, usted continuará imaginándose á su gusto, y así no habré perdido nada en su corazón. ¿No sabe usted que lo más excelso de la vida es lo que soñamos?...

TELÉFONO (afeñicadamente y como haciendo pucheritos).—¡Nada me consolará del dolor de no verle!...

Yo.—Para enjugarle á usted los ojos, la referiré una anécdota—todavía inédita—que merece ser contada. Estaba yo en Lima, y aquella noche debía de hablar, entre otros escritores, de Gregorio Martínez Sierra. Ya sabe usted que mis causeries van acompañadas de proyecciones cinematográficas... (Corto silencio.) Pues bien: por la mañana recibí una carta muy selecta, en la cual su autora se declaraba, más que admiradora, «adoradora» férvida del autor de *Canción de cuna*. «Nunca he visto—explicaba—un retrato suyo, y me le imagino joven, bello, erguido y galán. ¿Será así, en efecto?... Esta noche, merced á usted, voy á conocerle, y casi tengo miedo. ¿Corresponderá al artista la figura del hombre? Aconséjeme usted, se lo ruego; si cree usted que no he de quedar defraudada, yo, cuando Martínez Sierra aparezca, miraré en la pantalla; pero si usted piensa que no ha de ser así, si las alas de mi ensueño han de quedar rotas, me pondré de espaldas.» Esto era, en síntesis, lo que, graciosa y espiritualmente, mi comunicante me decía. A cuya solicitud yo respondía desde el palco escénico horas después, y con notable regocijo del público: «Señorita: deploro no tener ideas concretas acerca de la hermosura masculina; todos los hombres—y ruego que ninguno se ofenda—me parecen, empezando por mí, igualmente desagradables... Pero como la Realidad corresponde al Deseo tan pocas veces..., como difícilmente las cosas son como nosotros suponíamos que eran..., yo aconsejo á usted, señorita, que cuando ese autor, con quien ha soñado tanto, cruce por la pantalla..., ¡se vuelva usted de espaldas!...» (Una pausa. El teléfono ríe. Yo prosigo.) ¿Cómo no aplaudir entonces la actitud del esposo de usted?...

TELÉFONO (vehemente).—¡Oh, no!...

Yo.—¡Sí!... Su esposo cree, como yo, que á los artistas no debemos conocerles; su marido, prohibiéndola á usted ir al teatro, la pone «de espaldas» á mí. Esto es: hace con usted lo que yo recomendaba piadosamente á la señorita limeña de mi historia hacer con su autor favorito...

TELÉFONO (tristemente).—Si usted cree que debo imitarla...

Yo.—Indudablemente. (Silencio.) Entonces... ¿renuncia usted á la aventura?

TELÉFONO.—¿Qué remedio!... Me resignaré.

Yo.—Es lo prudente.

TELÉFONO.—Le deseo á usted todos los éxitos.

Yo.—Muchas gracias.

TELÉFONO (con una melancolla de despedida).—Todas las venturas...

Yo.—Gracias..., gracias, señora... (Termina la comunicación. Corriendo á enjabonarme de nuevo la cara.) ¡¡Por fin!!...

Quince días después. En la misma habitación. Hora, las siete de la tarde.

TELÉFONO.—Ya le conozco á usted.

Yo (atónito).—¿A mí?...

TELÉFONO.—Sí; ya le conozco... Yo (desconfiadamente, porque la experiencia me ha demostrado que en los teléfonos se esconde fácilmente la traición.) ¿Con quién hablo?...

TELÉFONO.—No se asuste usted. (Ríe.) Habla usted con aquella señora cuyo marido la prohibió ir al teatro Arbeu á escucharle á usted.

Yo.—¡Ah, sí!

TELÉFONO.—¿Se acuerda usted?

Yo.—Perfectamente; reconozco la escena y, sobre todo, ahora... (¿Por qué no ser galante?) reconozco la voz.

TELÉFONO.—Anoche, desde la segunda fila de butacas, le vi á usted. Fui con mi marido.

Yo.—¿Al fin pudo usted convencerle de que yo no era peligroso?

TELÉFONO.—No hube de persuadirle de nada, al revés; y el éxito no se lo debo á la Lógica, sino á la Astucia.

Yo (realmente intrigado).—Cuenta usted.

TELÉFONO.—Un cambio de táctica. Ayer, en la sobremesa del almuerzo, mi esposo me preguntó si deseaba ir al teatro. «A cualquiera—le respondí—menos al Arbeu.» Levantó la cabeza, sorprendido: «¿Por qué?...» «Porque me han dicho que las conferencias de Fulano (aquí mi nombre) son aburridísimas.» Mi marido, que no tiene dobleces, exclamó: «¿Pues te han engañado!... Numerosos amigos míos han dicho lo contrario, y la Prensa no puede elogiarle más.» Yo repliqué: «¿Recuerdas que una noche, recién llegado Fulano á México, quise ir á oírle y tú no me dejaste, y hasta regañamos?...» «Sí.» «¿Te acuerdas ó no te acuerdas?...» «¡Sí que me acuerdo!...» «Me alegro mucho; pues ahora, si tú tienes ganas de ir al Arbeu, vas solo.» Cuanto más desganada aparecía yo, con mayor ahínco porfiaba él en su deseo de llevarme. Al cabo, y con el júbilo que usted supondrá, cedí...

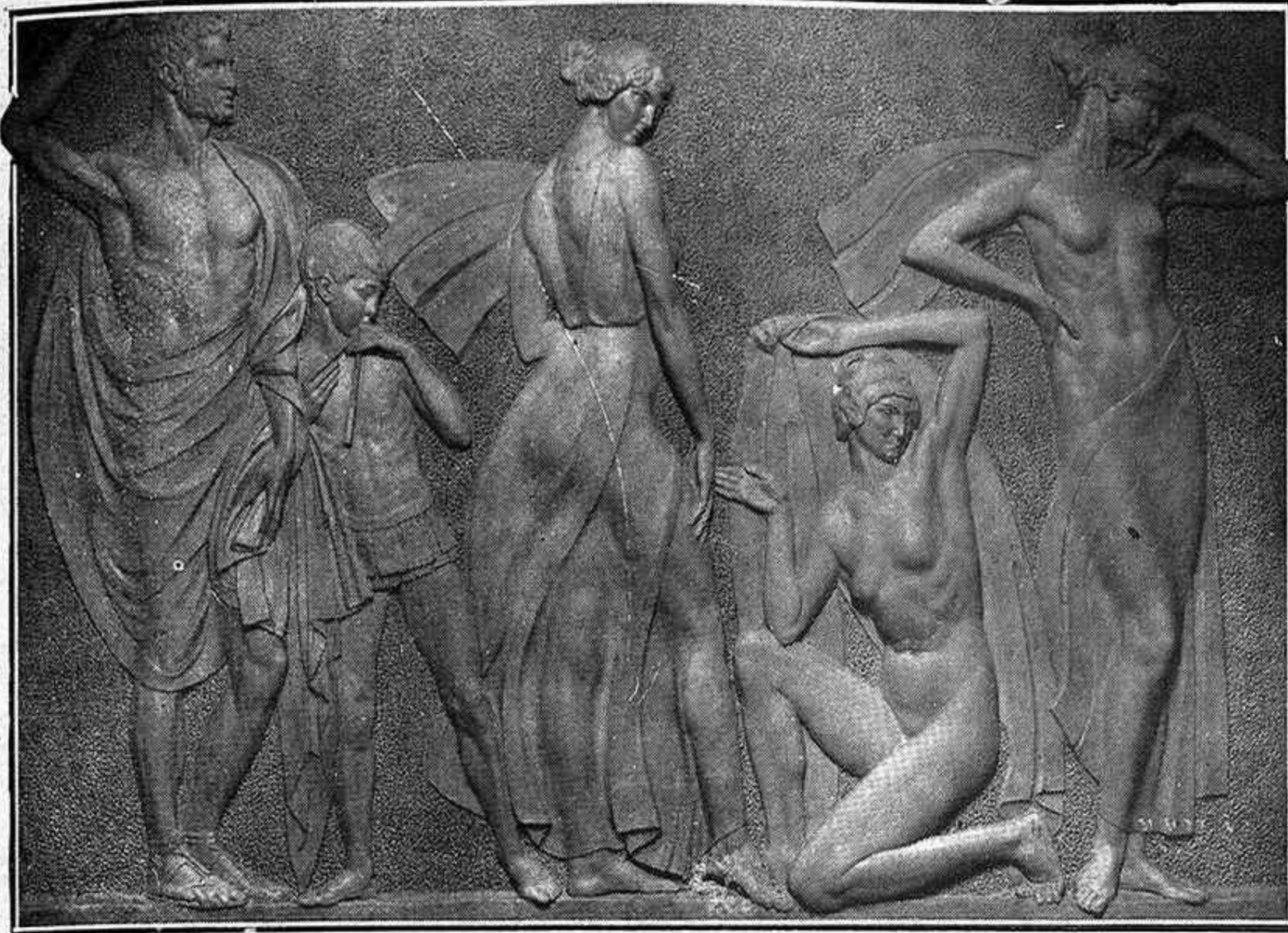
Yo iba á preguntarla:

—¿Y hoy lo deplora usted?...

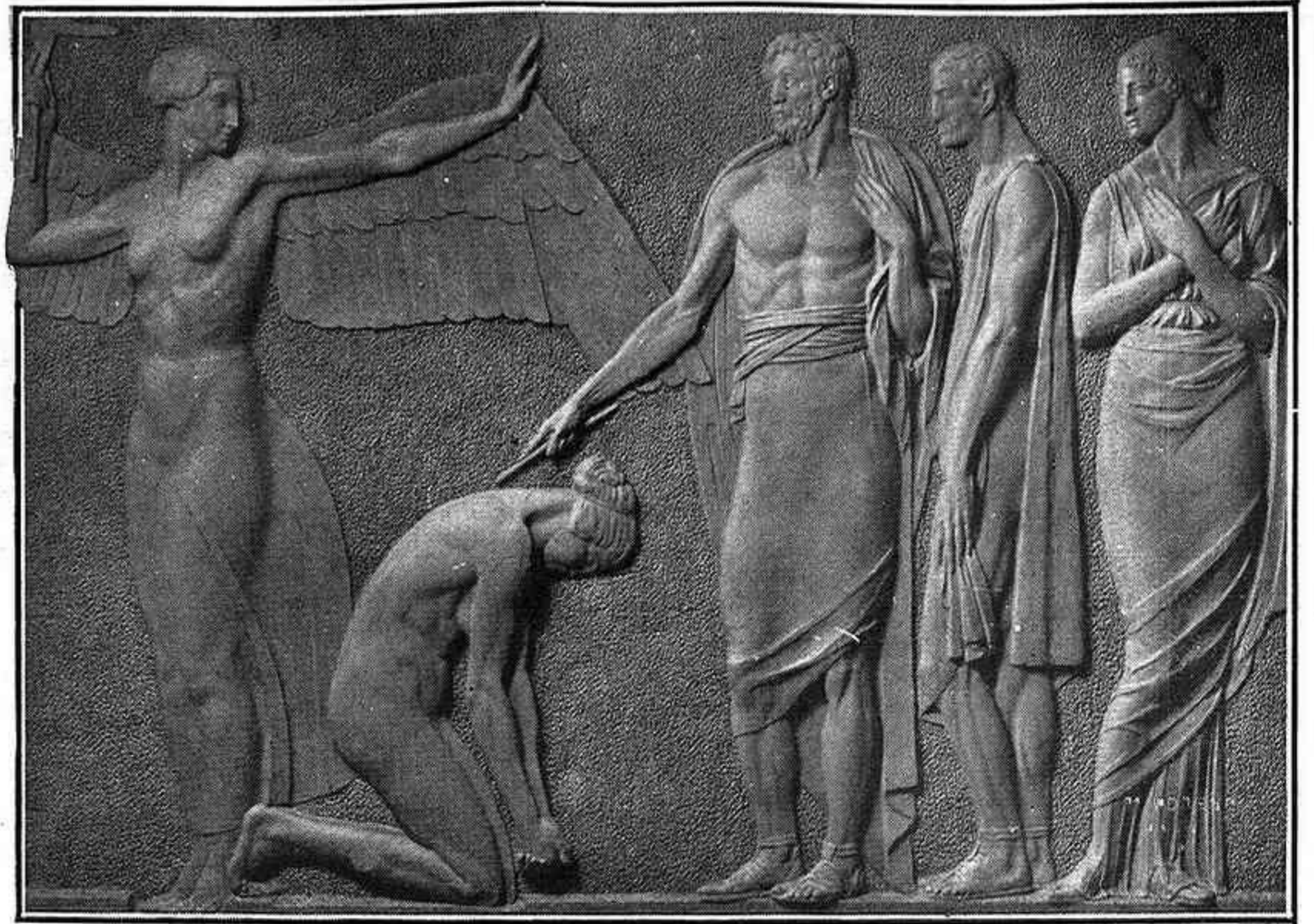
Pero el miedo á una respuesta dulcemente evasiva me detuvo, y corté la comunicación; que yo soy de los que, ante la realidad, se ponen «de espaldas».

EDUARDO ZAMACOIS





«La Oratoria»



«El Libertero»

(Friso para el Colegio Notarial de Albacete)

En el nuevo y suntuoso edificio del Colegio Notarial de Albacete, próximo á inaugurarse, el ilustre escultor Ignacio Pinazo Martínez ha realizado una obra meritísima.

Además de la estatua monumental de *La Fe* que culminara en lo alto de la fachada y tendrá cuatro metros de altura, de los cuatro escudos decorativos de dicha fachada correspondientes á las provincias de Albacete, Murcia, Cartagena y Ciudad Real, Ignacio Pinazo ha creado un bello friso para el Salón de actos, desarrollando los siguientes motivos de composición: *La vida*, *La Oratoria*, *La ofrenda á los dioses familiares*, *La Confarreation* y *El Libertero*.

Una noble armonía y una serena técnica acusan estos relieves donde se ve hasta qué punto el arte del ilustre escultor valenciano ha alcanzado ya su madurez sensible y elegante. Las figuras representativas se agrupan ó aíslan en bellas actitudes, con distinguida sencillez.

*La Vida* está simbolizada por un desnudo femenino á los pies de la figura sedente de Minerva, mientras cerca de ella luchan unos guerreros. Es uno de los relieves más felizmente logrados en el ópimo conjunto.

*Los dioses familiares* reconstruye con armónica gracia, con amable clasicismo, el acto de las ofrendas á los lares, manes y penates que protegían la vida antigua.

Animada y bien compuesta la escena de *La Confarreation*, refleja una de las tres formas de los des-

posorios de los patricios romanos. Representa el momento en que la novia parte con su futuro marido la torta de farro, mientras el sacerdote dice las frases rituales. Dos esclavas, arrodillada la una, de pie la otra, sostienen respectivamente la bandeja en que se ofreció la torta nupcial y el manto de la desposada.

En *El Libertero* vemos el acto simbólico de la manumisión. El magistrado romano toca con su vara al esclavo proclamándole libre en presencia del dueño que no opone resistencia y de una bella encarnación de *La Libertad* con los pies alados.

*La Oratoria* es, finalmente, uno de los mejor concebidos y expresados. En este relieve la fantasía, la originalidad del artista son manifiestas de elocuente manera plástica digna del tema.

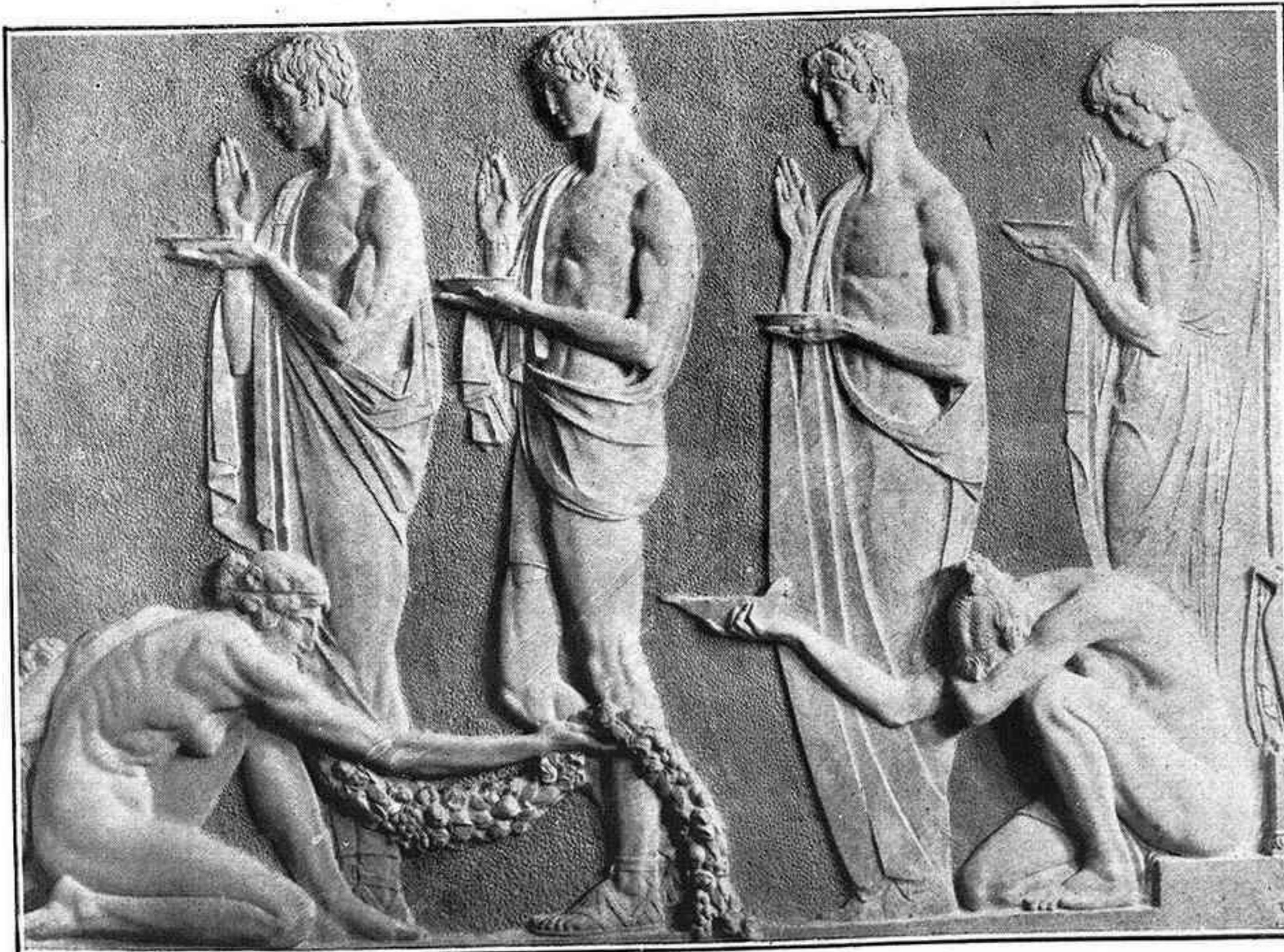
El orador habla en presencia de tres figuras femeninas que simbolizan las tres condiciones fundamentales del discurso, mientras una figura infantil da el tono al que lo pronuncia.

Así la primera es el exordio inseguro, vacilante; la segunda—genuflexa y desnuda—ofrece noble y claramente el tema y la verdad de la oración, y la tercera recoge, con florida y académica elegancia, las ideas emitidas para un final gallardo.

Además puede verse en el *hall* del edificio el boceto en bronce plateado y de un metro de la altura de la estatua *La Fe* ya mencionada, y que sobre un pedestal de mármol verde, muestra esa eficaz fusión de clasicismo y modernidad característica del ilustre escultor valenciano.



«La Fe», escultura en bronce con destino al Colegio Notarial de Albacete



«Los dioses familiares», otro fragmento del friso  
Fots. Belda y Moreno



Residencia real de Sandringham (Norfolk), donde ha fallecido la Reina Alejandra, y en la que dedicada a las obras de caridad y al estudio vivía retirada desde hace bastantes años

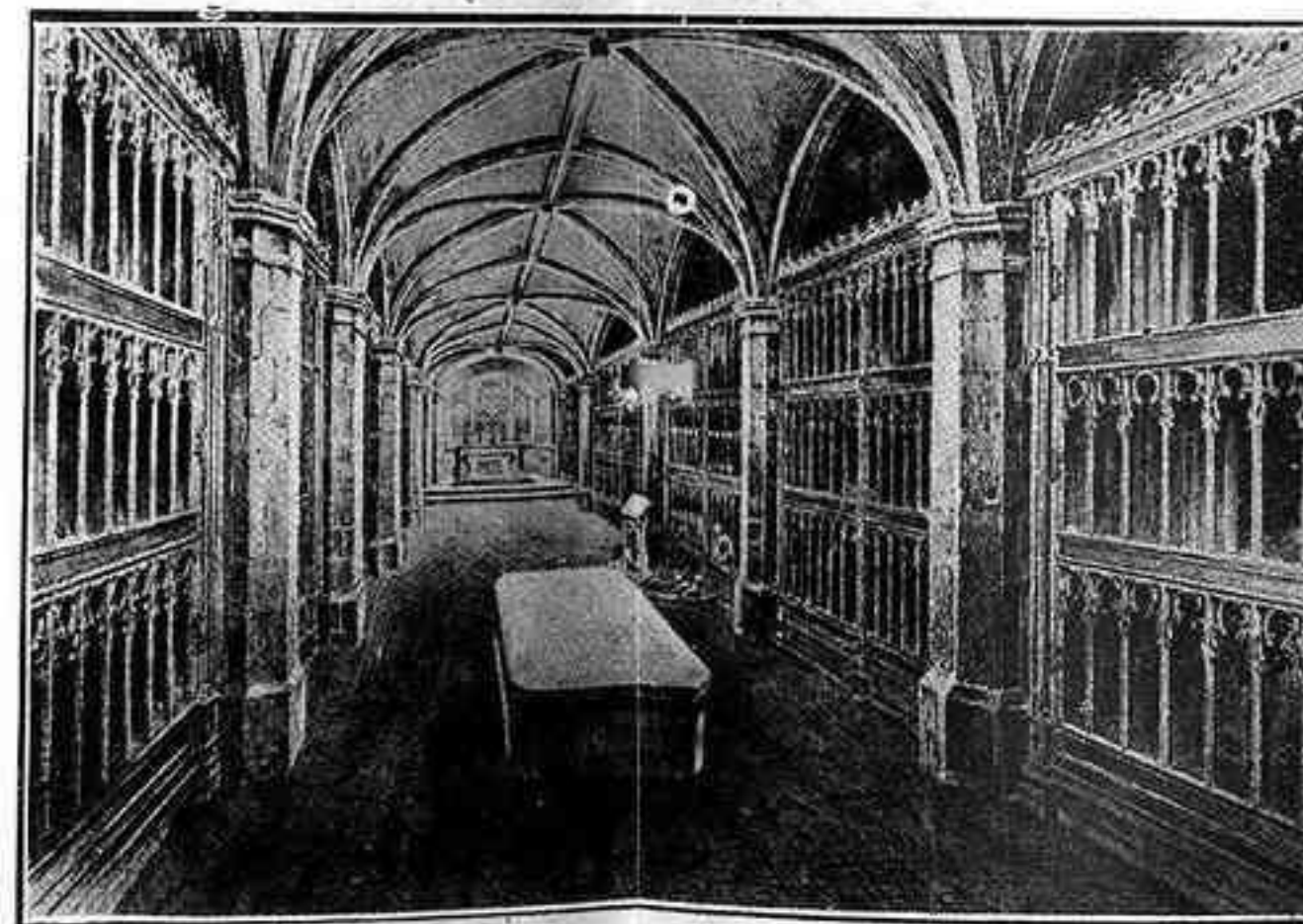
# DE LA VIDA QUE PASA RECUERDOS DE LA "PRINCESA RAYO DE SOL"



FIGURA en alto grado interesante es la de esta augusta dama, que, después de haber compartido varios años el trono con el gran Eduardo VII de Inglaterra, desapareció de la fastuosa vida de Corte y de las agitaciones de la vida social para ir a ocultar sus penas inconsolables en la residencia real de Sandringham.

Y no sólo es interesante la personalidad de la Reina Alejandra por las excelsas virtudes que atesoraba, y entre las que hubo de descollar su caridad inagotable, su amor profundo é inextinguible hacia el desvalido, y que le valió los apelativos, surgidos del corazón del pueblo, de la *Reina Compasión* y la *Princesa Rayo de Sol*, porque estaba siempre presta á actuar en favor del pobre y su presencia segura en el hogar ensombrecido por la desventura ó la miseria era como la luz que irradiaba esplendorosa entre las nubes; era también interesante su personalidad augusta, porque fué como el puente espiritual que unió dos épocas de la historia de la Gran Bretaña: la época victoriana en que Dickens, Thackeray, Tennyson, Wilberforce y Jean Stanley escribían ditirambos en honor de la entonces joven y hermosísima Princesa dinamarquesa que se enlazaba con el heredero de la Corona y la época de consolidación del

La Reina Alejandra en cuatro distintas épocas de su vida: en 1863, después de su matrimonio, en 1875 y en 1882



Cripta de la Capilla Alberto en Windsor y sepulcro definitivo de la Reina Alejandra

pular en todo el vasto Imperio. A ello habían contribuido, además de la hÉbil política de la Era victoriana y de la de su hijo, la conducta ejemplarísima de la Reina Alejandra, su abnegación sin límites y sus innumerables actos benéficos. Numerosas

son, en efecto, las fundaciones de ese último género que llevan su nombre en la Gran Bretaña y que sostenía con su peculio particular la difunta Reina, é innumerales las fiestas por ella organizadas en favor de los pobres y de los inválidos de las guerras coloniales y de la guerra europea. El pueblo inglés le demostró su gratitud y su cariño erando en 1912 el *Día de la Rosa*, ó *Día de Alejandra*, para conmemorar el Cincuentenario de la llegada á Londres de la gentil Princesa. Análoga, por sus fines, á nuestra Fiesta de la Flor, tenía y sigue teniendo por objeto recaudar fondos para los hospitales mediante la venta de flores en las calles de la metrópoli. El primer *Día de la Rosa*, la Reina viuda salió también por vez primera desde la muerte de Eduardo VII de su retiro de Sandringham, y en carruaje descubierto recorrió los principales puestos de flores londinenses, haciendo importantes donativos. De la importancia que este acto ha llegado á adquirir, da idea esta cifra: 1.200.000 libras recaudadas entre once años, y que

han ido á los hospitales y asilos de la nación. Terminamos estas líneas *in memoriam* de la *Princesa Rayo de Sol* con la anÉdota relativa al origen de este poÉtico apelativo. En un hospital de niños de Copenhague agonizaba una pequeÑuela, víctima de incurable dolencia. Preguntó una enfermera si deseaba algo. La moribunda contestó: «SÍ, hermana; quiero que venga á verme la *Princesa Rayo de Sol*.» «Hija mía (dijo la enfermera); no sé quién es esa Princesa.» «SÍ, sí (insistió la niña); es la señora que vino el otro día á ver á aquel niño que se murió.» Reforjase é la Princesa Alejandra, quien desde su adolescencia tenía la costumbre de visitar los hospitales con su madre y hermana. Enviado un aviso á la Princesa Alejandra, acudió inmediatamente al lado de la pequeña enferma, y allí permaneció junto á la cabecera del lecho hasta que la muerte cerró los ojos de la niña, que durmió para siempre apoyada la rubia cÉbica en los brazos amorosos, maternales, de la buca *Princesa Rayo de Sol*.—D. R.



Interesante fotografía de familia hecha en 1905, en la que aparecen jugando al "bridge" la Reina Alejandra, su padre el Rey Cristián IX de Dinamarca y sus hermanas la Emperatriz María de Rusia y la duquesa de Cumberland



La Reina Alejandra en 1903, con su "spaniel" favorito



Retrato de la Reina Alejandra por Lanchert (1863)

inmerso y potente Imperio británico. Apartada sistemáticamente de la vida política inglesa, lo mismo cuando fué Princesa que cuando fué Reina y Reina consorte, ejerció, sin embargo, una positiva y benéfica influencia en los negocios públicos, porque hubo de compartir con Eduardo el *Pacifista* y con la Reina Victoria una misión altísima: la de elevar la Monarquía inglesa desde la categoría de simple edificio político á la de fortaleza indestructible, cimentada no sólo en las bases constitucionales, sino en lo que es aún más seguro, ó sea en el amor acendrado del pueblo á sus más altas instituciones. Bajo la Reina Ana, los cuatro Jorges y Guillermo IV, la Monarquía asemejábase á un traje que aceptaba la nación porque era tradicional. Estos Soberanos recibían su misión, y á veces testimonios de respeto, de sus buenos súbditos; pero no se les amaba. En embargo, cuando inauguró Eduardo VII su reinado de nueve años, el trono era ya la institución más po-

Retrato de la Reina Alejandra pintado por Winterhalter



La Reina Alejandra en diferentes toaletas de sociedad y de Corte durante los años del reinado de Eduardo VII



La Reina Alejandra en 1880, cuando era Princesa de Gales



Uno de los últimos retratos de la Reina Alejandra



La Reina Alejandra en 1863, después de su matrimonio

# “FLOR DE MARAVILLA”

(NOVELA CORTA)



Por San Isidro cumplió los diez y nueve. En la garbosa figura de María de las Mercedes se deshacían, como nieve al sol, las miradas hombrunas. Taconeaba grácil, aprisionados los breves piecitos en impecables chapines de ante. El pañuelo de crespón burlaba las caderas jarifas, yendo á desbordarse en flecos sobre la línea esbelta que formaban las piernas. Los ojos rasgados, verdes, brillaban febriles. Había en ellos inquietud, misterio, crimen... Daban miedo. La nariz, un poco aguileña, frenética en su desafiante aleteo sobre la tajada palpitante hasta el hueso como una herida húmeda, recién abierta, de la boca. Coronando tanta maravilla, el pelo recortado en melena, frondoso en los coruscantes rizos, dejaba al descubierto gentilmente la blanca cinta de la nuca, cuidadosamente depilada.

*Flor de Maravilla* le llamaban en todo el barrio, desde el Portillo á Cascorro. Nadie por allí le conoció nunca un amorío. Siempre sola, caminaba de prisa, abroquelada en su altivez, que era un reto de desdén á las otras mocitas y un incentivo para los hombres. Su paso por las calles madrileñas despertaba cuchicheos, encendía pasiones. Contra el

baluarte de su conducta intachable se quebraban las insidias de las demás mujeres, bien seguras éstas de que á una sola palabra de María de las Mercedes, á una insinuación, á un gesto, hubiesen perdido el marido, el hijo, el novio...

Habitaba un pequeño cuarto, enclavado en la calle de Valencia. Se reducía la estancia á un corto pasillo que daba á la cocina. Allí, en un diminuto vasar, vestido de papel de colorines, se alineaban, como soldados, hasta media docena de platos de fina loza. En la pared opuesta, estratégicamente distribuidas, las esmaltadas cacerolas refulgían á la luz con destellos de heliógrafo. Al otro extremo, la alcoba, santuario chiquitito encendido al rojo de las telas que lo guarnecían. Frivolidad en las cosas, en los objetos. Diminutos muñequillos de china en actitudes grotescas, como si fueran á piruetear sobre la pista de cristal de una rinconera.

Más allá, en el otro testero, el armario fuerte de luna, de rubia madera, que completaba el juego con la cama y el lavabo. Pendiente del techo, la pompa rosa de una lámpara.

En el balcón, por donde la luz del día se desbordaba, muchas flores; macetas con alelís, geranios, claveles de Murcia, rosas de Holanda, dondiegos de noche... En aquel quinto piso, un jardín que parecía colgado del cielo.

María de las Mercedes era huérfana. No tenía tampoco ningún pariente próximo. Poco antes de morir don Paulino, su padre, capitán retirado del Ejército, la llamó á su lado. La abrazó tiernamente y, sin que la congoja de ambos se deshiciera en lágrimas de dolor, le habló así:

—Eres muy hermosa, muy linda. Si quieres ser honrada, esa belleza será tu peor enemigo. Te quedas sola en el mundo. Sé fuerte. Guárdate de los

hor  
Otr  
del  
me  
pu  
C  
ria  
am  
ma  
liza  
pas  
me  
hon  
la  
rab  
  
sal  
que  
dos  
cón  
mu  
voc  
llar  
com  
Des  
al  
el v  
sus  
fort  
den  
ros  
ces  
me  
que  
mes  
ven  
tos  
Ent  
den  
E  
gen  
se e  
tas  
aup  
con  
del  
com  
sijo  
inte  
pab  
S  
¿Qu  
deja  
tave  
lla  
bía  
D  
el ú  
ses  
env  
inte  
N  
la s  
seis  
de  
den  
beza  
En  
se r  
inte  
C  
past  
Si  
que  
nó  
men  
dedo  
F  
Si a  
pre  
bab  
asur  
mon  
que  
Flor  
tent  
xim  
  
—  
—  
—  
—  
—  
—  
—  
—  
ran  
—  
com  
deci  
útil.  
A

hombres, que acecharán como fieras tu virtud. Otro encargo. Cuando yo haya muerto, entérate del contenido de un sobre que encontrarás en mi mesa. Disculpa á tu padre y vela por lo que él no puede velar.

Cerró don Paulino los ojos para siempre, y María de las Mercedes tuvo por todo patrimonio, amén de los muebles que ella supo seleccionar con mano experta, vendiendo los que no había de utilizar, y una menguada pensión que el Estado le pasaba, aquellos ojos febriles de misterio, de crimen, aquella belleza tunecina que enloquecía á los hombres, irritaba á las mujeres é hizo que todos la conocieran en el barrio por el remoquete adorable de *Flor de Maravilla*.

•••••

*Flor de Maravilla* se despertó llena de sobresalto. Acababa de recibir en los ojos el beso con que el sol la saludaba todas las mañanas, filtrándose ladinamente á través de las maderas del balcón, que dejaba medio entornado. No podía ser muy tarde. Todo lo más, las diez. Se lo dijeron las vocingleras campanitas de la iglesia vecina, que llamaban á misa en la mañana del domingo. Así como así, hoy no tenía prisa. Oiría la de doce. Desde que murió su padre, no quiso faltar jamás al Santo Sacrificio. Las pláticas de don Anselmo, el viejecito párroco, con su palabra persuasiva, con sus sabios consejos, eran bálsamo consolador que fortalecía las almas acercándolas suavemente, prudentemente, á los soñados dominios del Todopoderoso. Ni grandilocuencia arrolladora, muchas veces vacua, ni vulgaridad inaguantable. Un buen medio que era virtud ejemplar. *Flor de Maravilla*, que no era mojigata, se confesaba con él cada dos meses. Era el remanso donde se acogían sus desventuras, fuerte puntal donde sus desfallecimientos siempre encontraban apoyo. Oiría la de doce. Entornó los párpados y se dispuso á poner en orden las ideas.

Entretanto, el rayo de sol, amante propicio y generoso, seguía prodigándole sus caricias. Ahora se enredaba como sutil malla de oro en las revueltas guedejas... Lentamente hizo suyo el hombro, aupándose sobre su suave redondez, que tremó al contacto quemante. Después jugueteó á lo largo del brazo, que en laxitud deliciosa pendía de la cama como una cascada de rosas, en su maravilloso amasijo de seda en la piel, de ámbar en la carne, de intenso azul en las venillas, por donde la vida galopaba sin tregua.

Se hallaba hondamente preocupada, perpleja. ¿Qué hacer? ¿Acudiría á la cita? ¿No sería mejor dejar de asistir para que, de este modo, don Gustavo la deseara con más ahinco? ¿Sería cierta aquella pasión que con vehementes palabras él le había jurado la noche antes?

Don Gustavo era el último postor á su belleza, el último hombre á quien tuvo que escuchar frases de rendido amor, promesas halagadoras, que envolverían á la postre una protección más ó menos interesada.

Ni muy joven ni demasiado viejo. Se hallaría á la sazón remontando la cumbre de los cincuenta y seis años. Alta la figura, pulcro en el vestir, exento de amaneramiento en los ademanes. Su persona denotaba una distinción poco común. Sobre la cabeza brillaban los primeros eriales de la calvicie. En la cara, tersa, bruñida por el diario rasurado, se reflejaban, sin embargo, las huellas de una vida intensa.

Consultaría el caso con don Anselmo, el viejo pastor de almas. Sus consejos la decidirían.

Si detenerse apenas en el tocado, cualidad ésta que la hacía parecer más hermosa aún, se encaminó á la iglesia. En el templo rebullían pausadamente, como una procesión de negras orugas alrededor del confesionario, las beatas recalcitrantes.

*Flor de Maravilla* tuvo un gesto de contrariedad. Si aguardaba á que todas aquellas mujerucas, siempre las mismas, vaciaran sus conciencias, sería probablemente inútil, por tardía, la opinión que del asunto le diera su confesor. Este la columbró al momento. Catador de almas, gran psicólogo, pensó que algo inusitado, inaplazable, pasaría por la de *Flor de Maravilla*. Despachó de prisa á la penitente de tanda é hizo una seña para que se aproximara.

—Padre: una vez más necesito de su ayuda.  
—¿Amores?  
—Sí, padre. Un hombre que ha jurado que me quiere...

—¿Como Dios manda?  
—Así me lo ha jurado.  
—¿Quién es él?  
—No lo sé. Sólo sé que sus ojos, cuando me miran muy fijos, parecen decir verdad.

—Bien; mi consejo, el de siempre. Si te quiere como manda Dios, que te haga su mujer. No puedo decirte más. Si ya te enamoraste, todo sería inútil. Yo te absuelvo.

Al oír estas palabras, á la cara de *Flor de Ma-*

*ravilla* afiuó la sangre como un reproche, como un remordimiento. Le quedó por decir lo más importante, lo único que quizá hubiera decidido de su felicidad para siempre; que no estaba, que no podía estar enamorada de aquel hombre. Ella tuvo la culpa, porque fué cobarde, sintió miedo de escanciar aquel terrible secreto de su vida. Pudo haber dicho en el solemne trance de la confesión, cara al cielo, que aquellos amores, santa renuncia-ción de muchos ideales, los tomaba como salvación, como medio único de librarse de una pesadilla que no la dejaba sosiego, que la perseguía muchas veces hasta más allá de los umbrales del sueño. ¡Dios del cielo! ¿Por qué también hoy le faltaría valor? ¿Iba á continuar así? ¿Era aquello digno de una mujer cristiana? Horrible, horrible...

Salió de la iglesia decidida, resuelta. Acudiría á la cita de don Gustavo. Ya no podía dudar. Si antes en su conciencia anidaron ciertos escrúpulos, ahora, con el asenso del viejo preceptor, éstos volarían hacia los fueros de la paz de su espíritu. Ella era buena y digna, por tanto, del que habría de hacerla su mujer. ¿Su mujer? Se detuvo un instante á reflexionar al borde de la duda, de la incertidumbre. ¿Serían éstas las intenciones de don Gustavo? ¿No estaría casado? De cualquier modo, sus palabras parecían llenas de sinceridad, de hom-

bría, no se asemejaban en nada á las que tantas veces escuchó de labios de otros galanteadores. Su asiduidad la llenó de confianza. Desde que la vió por vez primera jamás faltó una sola noche á la hora en que ella salía del taller. ¿Había de ser un obstáculo la diferencia de edades? ¿El rango de cada cual? Por su parte, no. ¡Bah! Haría el sacrificio de unirse á un hombre á quien, probablemente, no querría nunca. Todo antes que alentar una monstrosidad. Cundiría la noticia, y la desilusión, el desengaño, habrían de hacer que el otro quizá la olvidara para siempre. Regresó á su casa y, antes de despojarse del velo con que se tocaba, de bruceos sobre la cama, lloró su desventura quedamente, silenciosamente... ¡El otro! ¡El otro!

•••••

El otro era Rafaelillo, el ebanista, el mozo más pinturero que se paseaba por los barrios bajos. Jacarandoso en las hechuras, los ojos vivaces, verdes, muy grandes. El pelo castaño claro en rizado desorden... Sus donosuras y vayas netamente madrileños, eran el regocijo de las cigarreras. Tenía su taller de ebanistería muy próximo á la fábrica, y esta circunstancia le había hecho conocer á la Patro tiempos atrás. La Patro, los lunes al atardecer, después de terminar su tarea, iba á casa de



*Flor de Maravilla*. A modo de recadera, en un sólo día para toda la semana, lavaba también la ropa. Era éste uno de los escasos lujos que *Flor de Maravilla* podía permitirse. Se interesaba por Rafaelillo.

—¿Le vió usted hoy? ¿Le habló? ¿Qué le dijo? ¿Sabe que me preocupa su vida?

—Ea, se lo traeré para que le conozca. ¡Vaya, si es guapo! Talmente, su cara de usted.

*Flor de Maravilla* tembló. Lo conocía desde el día aquel en que, con mano trémula, había rasgado el sobre que su padre le indicara poco antes de morir. Lo buscó con ahínco, sigilosamente, sin que nadie, ni él mismo, pudiera percatarse de aquel seguimiento. A placer lo contempló muchas veces tras las vidrieras del establecimiento donde trabajaba, en esa tardes penumbrosas del invierno madrileño, momentos imprecisos en que los reverberos urbanos aún no reemplazaron a la luz del día, ya casi extinguida.

Sí, sí, Dios mío. No cabía duda. Era él. Aquella diminuta, casi imperceptible cicatriz al lado de la barbilla. Los ojos inmensamente grandes, el pelo, todas las señas coincidían. Y por si no eran suficientes estos detalles pudo averiguar que llevaba aquel apellido de Expósito, estigma que legan los sin conciencia á los sin ventura, á los sin cuna, á los que naciendo, porque plugo á la Naturaleza, no supieron ni sintieron nunca el suave estremecimiento de una caricia.

Tembló como aquella mañana en que, inesperadamente, lo encontró en la calle. Se cruzaron las miradas. La de *Flor de Maravilla* envolvía una dulce ternura fraternal. La de Rafaelillo, bien ajena á lo que simbolizaba en su vida aquella figura de mujer.

*Flor de Maravilla* sintió miedo. Llena de rubor, bajó los ojos y apretó el paso. Afán Rafaelillo, alentado por aquella mirada que acababa de sorprender, la dirigió un requiebro chulesco.

—Dígale usted á su padrecito que tiene un ángel por hija. La luna, las estrellas y el sol están metidos en esa cara.

El la siguió con esa insistencia pegajosa y cachazuda que para las mujeres que van sin compañía tienen los menstrales madrileños. *Flor de Maravilla* sentía á cada palabra, todas llenas de amor, de renunciación, de sacrificio, como si con un alfiler le fuesen pinchando en el corazón.

Ahora, ya casi en franca huida, atravesó entre el torbellino humano de la Puerta del Sol. Embozó la de Preciados y, á pocos metros, penetró en el taller. Antes se había perdido de su perseguidor. Respiró. Intensamente pálida, se dejó caer en una silla. Algunas de sus compañeras, creyéndola enferma, acudieron solícitas á socorrerla. No, no era nada. Un pequeño mareo...

Cuando quedó sola, la idea de que aquel hombre se hubiese enamorado seriamente de ella la llenó de sobresalto. Al mismo tiempo pensó que probablemente no le volvería á encontrar más en su camino.

—¿Pero estás loco, chiquillo?

—No, Patro, no. No estoy loco. Es un cariño que se me metió muy hondo, pecho adentro. La quiero como no he querido nunca á ninguna mujer, con todos los latidos de mi sangre, con toda la fuerza de mi vida... Ya verás algún día cómo la quiero.

Rafaelillo, á lo largo de su perorata, iba exaltándose por momentos. La idea de que *Flor de Maravilla* perteneciera á otro hombre, la noticia de su apresurado matrimonio con el rico banquero don Gustavo, le puso en trance de desesperarse.

Ahora, ante la vehemencia casi brutal de Rafaelillo, Patro se sentía pesarse. Debió callarlo todo, ya que así se lo exigía la discreción, porque, indudablemente, estaba enamorado con ese amor fuerte, bravo, desinteresado, que culmina en el crimen, que pene en los ojos muchas veces siniestros ramalazos de sangre. Patro, desbordante de conmiseración hacia Rafaelillo, quiso llevar hasta su corazón dolorido palabras de dulce esperanza. Lo miró á los ojos. En ellos se debatían unas lágrimas, que eran renunciación de niño y, al mismo tiempo, marchamo de hombre.

—¿Tú qué crees?

—¿Yo? Que te quiero también. Tu nombre lo lleva siempre en la boca...

—Entonces, ¿se casó con el otro porque tiene dinero?

—Natural, hombre. No iba á aguardarte á ti, un carpinterillo insignificante, un don nadie, lleno de hambre y de ilusiones. Esa es otra. Creíamos en el barrio que íbamos á tener otro Vicente, y ná, pero que ná, hijo, que no *diguélas* tú eso del torero. Gozaba, á la vez, espoleando el amor propio de Rafaelillo, que había cifrado toda su vanidad, toda su gloria, en abandonar la garlopa para empuñar los mortíferos avíos de la tauromaquia.

Se le encendió la cara, avergonzado. Se sintió demasiado pequeño, demasiado insignificante, como

dijo la Patro. Era verdad. ¿A qué podía aspirar ya? Se había casado la mujer por quien él hubiera sido capaz de dar su vida. Y por si su mal era poco, el hombre que la había hecho suya dignamente era nada menos que un potentado, todo un señor banquero cargado de riquezas, que la tomaría probablemente por no contrariarse en un capricho, como se compra una alhaja ó un automóvil caro...

El rival, por tanto, ni siquiera era de su misma condición, de su misma clase, para que en la contienda las fuerzas emparejaran.

Asió por las manos á la Patro fuertemente. Se encará con ella:

—¿Has dicho que me quiere? Mi mujer es imposible que sea. No lo ignoro. Sin embargo, quiero que nunca se avergüence de mi nombre. Oyeme bien. Yo seré torero, un torero muy grande. Puedes decirselo. Te juro que andando el tiempo ha de envanecerse de mi cariño.

Se despidieron. Cada cual, recogido íntimamente en sus pensamientos. Los de Rafaelillo volaban hacia el suntuoso palacio que *Flor de Maravilla* habitaba ahora en la calle de Padilla, sita en un extremo del barrio de Salamanca. Haciendo un supremo esfuerzo imaginativo, la vió á aquella hora, magníficamente envuelta entre la suave policromía de sedas riquísimas, que serían la caricia de su cuerpo divinamente impecable; rodeada de aquel ambiente prócer, rebosante de refinamientos en los severos muebles ultramodernos de palosanto, en las telas adamascadas que guarnecían los espléndidos salones, en los cuadros de raras y preciosísimas firmas, en los caprichosos apliques, cuyas lucecitas, tamizadas al través de las breves pantallas, arrancarían á los ojos enigmáticos de *Flor de Maravilla*. Dios sabía si acordándose de él, fulguraciones insospechadas.

Y siguió soñando con todos los sentidos de su vida en vigilia, mientras caminaba calle de Embajadores abajo. Y soñando despierto, como iba entre la muchedumbre obrera que se recogía á sus hogares después de la ruda labor cotidiana, se sintió una abeja más entre aquel enjambre, una partícula más entre las infinitas partículas de la tierra...

Aquella noche desistió de ir á la taberna. Sobre que así no tendría que soportar las cuchufletas mortificantes de los compañeros, que tomaban á mofa sus aspiraciones taurinas.

Se quedó en casa, y cuando el sueño llamó á sus párpados, el nombre de *Flor de Maravilla* se le quedó prendido entre los labios, como otra gaya flor que le naciera en el alma.

•••••

*Flor de Maravilla* se tapó los oídos horrorizada. No; no podía creerlo. Aquello era superior á sus fuerzas; algo terrible que se ponía al paso de su vida, pletórica de honradez, de dicha, de dignidad, como una maldición, como un obstáculo donde irían á estrellarse todas sus virtudes.

Y, sin embargo, allí estaba la Patro contándose-lo con toda calma, friamente, aportando á la historia hasta los detalles más nimios. Rafaelillo estaba enamorado de ella, de *Flor de Maravilla*, perdidamente, con un amor de veras, como pocas veces quieren los hombres. Se lo había dicho muchas veces: «Patro: la quiero con toda la fuerza de mi vida. Ya verás algún día cómo la quiero...»

Creía su deber darle cuenta de lo que por el ánimo de Rafaelillo pasaba. Una imprudencia, una locura por parte de aquél, llegando á oídos de don Gustavo, podía acarrear á *Flor de Maravilla* un grave disgusto.

—Yo le conozco bien y sé que no desistirá de sus propósitos.

Además, todo podía arreglarse sin estridencias, sin escándalos... Nada de chiquilladas. Ella estaba á disposición de *Flor de Maravilla* para lo que hubiese menester...

—Le hago el ofrecimiento—dijo—porque el chaval me da pena y porque sé que usted también le quiere...

*Flor de Maravilla* la escuchaba ahora reflejando en la cara el espanto que aquella revelación le proporcionaba. La oía sintiendo en el cuerpo, á cada palabra de la Patro, como un calofrío, como una sacudida que la hiciera temblar de pies á cabeza. Desorbitados los ojos, carente de energías, de movimientos después, como si la ataxia hubiese mordido en sus músculos, como si la abulia en aquel instante hubiese arañado fuertemente en su cerebro, ni siquiera tuvo ánimos para castigar como se merecía aquella ruín proposición.

Al reaccionar sólo vió el trágico panorama de su felicidad deshecha, de su nombre enfangado por los maldicientes, aunque hipócritamente fingieran lo contrario, como una intrusa advenediza en el huerto cerrado de la sociedad á que ella perteneciera desde su matrimonio.

Tuvo un arranque insospechado, que ahora asustó á la Patro. Con voz apenas perceptible, pero llena de entereza, al oído casi, se lo dijo:

—Tienes razón. Te agradezco tus advertencias y

estimo el ofrecimiento. Iré á tu casa á verle. Estoy decidida. Necesito hablarle. A las once de la noche, allí. Pretextaré el teatro..., cualquier cosa; pero iré.

Patro salió llena de alborozo. El empeño estaba conseguido. Insignificante mujerzuela bañaba en tintos de romanticismo plebeyo, iba á ser el punto angular de dos ideales. Don Gustavo era tacaño y despreciable, por tanto. En cambio, tenía fe en las aptitudes de Rafaelillo. Si llegaba á triunfar, ella no habría perdido el tiempo

•••••

Pronto, todo dispuesto. Llegó don Gustavo y la comida le fué servida al punto. Flotaba esta noche en el ambiente de la casa señorial un gran pesimismo, una angustia desconsoladora.

El viejo reloj del comedor, severo en su talla negra muy española, solemne en el tic-tac, iba deglutiendo los segundos, los minutos, las horas, despaciosamente, que á *Flor de Maravilla*, en su anhelo febril, le parecían muertas.

Frente á frente marido y mujer, á punto estuvo ésta de romper de una vez el hielo de su secreto. Sí; debía decirselo; debía de confesarle toda la verdad. Al fin, sin ser culpable, ella habría cumplido un deber y en su espíritu renacería otra vez el sosiego. Se lo diría ahora, entre plato y plato, cuando la doncella no fuese una testigo indiscreta. Aprovecharía el momento, la oportunidad. Peor sería que un día cualquiera él lo descubriera todo. Las palabras llegaron á rozar sus labios... Se contuvo. ¿Qué concepto formaría don Gustavo de ella, de los suyos, de su familia, de su padre muerto? ¿No profanaría su memoria, que para *Flor de Maravilla* era un culto? Quizá se arrepintiera de aquel matrimonio con una mujer que sin ser de su misma condición, al casarse había elevado hasta la altura de sus rancias ideas, de sus prejuicios implacables. Y esto sería el punto de partida de su felicidad, de su desgracia...

Pasados los inconvenientes, se decidió por no decirle nada. ¿Para qué? Probablemente nunca se enteraría, y, de saberlo, comprendería la nobleza de sus procedimientos.

Don Gustavo la observaba un poco perplejo. Se admiraba de aquellas ojeras cárdenas, profundas, que en la piel de seda de *Flor de Maravilla* parecían franjas de luz.

—Cuando estás preocupada te pones adorable. ¿Tuviste alguna contrariedad?

—¡Oh! Yo, no. ¿Por qué?

—¿Qué se yo. Te noto una cosa extraña... Ni me sabría explicar.

—Pues nada; no tengo nada. Estate tranquilo.

Don Gustavo inclinó el torso sobre la arista de la mesa. Cruzó el brazo sobre el cuello níveo de *Flor de Maravilla* y la regaló con un beso de despedida. Como todas las noches, saldría un rato á tomar el café en el Club.

—Y tú, ¿no sales? Debieras distraerte un poco más. En Lara representan una obra de Benavente, genial como todas las suyas: *La otra honra*. No te hace bien estar tan metida en casa.

Era una idea. Sí; iría á Lara. Era una idea y una coincidencia el título. Ella saldría, ya que estaba en el deber de recabar también para sí la otra honra, la que no depende de nosotros, la honra que tenemos siempre á merced de los demás.

•••••

El taxi rodaba de prisa. Había dejado atrás en un instante la calle de Serrano, esa calle tan suntuosa, tan de gran urbe y que tiene, sin embargo, en las horas del día una pátina triste, provinciana, pueblerina, en sus comercios de ropas aislados y casi desiertos. Parece verano siempre en esta calle por su somnolencia; en sus numerosas y bien olientes fruterías, que, rebosantes, salen al paso del transeunte, excitándole á la gula, ofreciéndole toda la gama de las exquisiteces virgilianas, paridas por los campos de Levante, de Andalucía, de Aragón...

Cruzó raudo la gran plaza de la Independencia, y desde allí, ante la perspectiva de ensueño que ofrecía la calle de Alcalá con su precesión titilante de luciérnagas, luces en los coches, en los tranvías, potentes focos pendientes de las férreas columnas como alcachofas abatidas en la cúpula de su tallo verdinegro, el alma acongojada de *Flor de Maravilla* se ensanchó. Bruscamente cambió el paisaje y ahora el paseo del Botánico ponía sobre el automóvil su palio de frondas. Como asustados pajarracos de mal agüero, huyeron unos seres de entre los maticos que rodean el Obelisco *in memoriam* á los héroes muertos por la libertad. Hez de la gallofería. Se condolió ante el cuadro dantesco. Piltrafas humanas, hediondez sórdida, husmeante, entre la hermandad de las ratas y de los gatos hambrientos, que presidía la tajada de la luna con su carátula grotesca de clown.

Embocaron las Rondas, y al pasar por la calle de Valencia, frente á la casita que fué suya, contempló con pena aquel balcón agostado, ya sin las

flores que fueron la delicia de sus años mozos, el recreo de la orfandad.

Abierto de par en par, con el fondo negro de la alcoba sin luz, se le antojó á *Flor de Maravilla* la boca desdentada de una vieja que le hiciera muecas desde lo alto.

Al atravesar la puerta de Toledo sintió en el pecho una opresión que la ahogaba. Acaba de ver, pegado junto al muro de la monumental cancela, el cartel anuncio de una fiesta, é impreso en él la figura monstruosa de una cabeza de toro, con la afilada encornadura desafiante, erguida la cerviz, los ojos muy abiertos, centelleantes, como buscando la presa.

Saltó del coche, que se había detenido frente á una casucha, al final de la calle de la Ventosa. Sin vacilar cruzó el umbral de la puerta. En el piso primero vivía la Patro. Allí estaba aguardando Rafaelillo. Como movido por un resorte, ante la presencia de *Flor de Maravilla*, se levantó respetuosamente, acobardado. Pesó en su ánimo aquella prestancia que expandía toda su figura, realzada por el soberbio *petit-gris*, por la magnífica cruz de platino y brillantes que pendía de su cuello. Balbuceó unas palabras, que poco á poco fueron robusteciéndose.

*Flor de Maravilla* se hubiese lanzado de buen grado á los brazos de Rafaelillo. Se lo gritaba su

usted de querer. ¡Huy!, y siento una alegría tan grande como si de pronto alguien viniera á decirme: «Oye, Rafaelillo: que no es cierto que tú no tengas padre; que tu padre vive ó se murió sin conocerlo tú; pero no fué tan malo que te dejara en medio del arroyo sin nombre y sin ventura...»

El rostro de *Flor de Maravilla* tomó una lividez cerúlea. Aquel tono de la conversación de Rafaelillo, inconscientemente, parecía una acusación catagórica.

Le cogió la cabeza entre sus manos:

—¿Qué te importa nada, chiquillo? ¡Si yo te quiero! Oyeme bien: te quiero mucho, mucho, mucho, como tú no podrás quererme. Por eso he veni-



Y debajo, destacando de entre el fárrago de nombres y alias, como escrito con sangre en el rojo de su color, en caracteres muy gruesos, otro nombre para ella queridísimo: «Rafael Expósito (*Rafaelillo*), nuevo en esta plaza.»

En su alucinación creyó verlo entre los cuernos de aquella fiera, con las carnes rotas, inmóvil en medio de la arena, ensangrentado y exangüe. Y pensó que toda la culpa de aquella gran tragedia era tan sólo suya, que había llegado á despertar en aquel muchacho irresistibles ambiciones de riqueza, de gloria, solamente por alcanzar su cariño, un cariño que ella no le podría dar jamás y que auguraba males irremediables.

instinto, se lo mandaba imperiosamente la alegría de tenerlo delante; pero se contuvo. Hubiera sido una imprudencia, que probablemente la hubiese perjudicado.

Haciendo girar la gorrilla entre los dedos, nervioso, alternativamente la miraba entre el suelo y el cuerpo de *Flor de Maravilla*, habló francamente al fin:

—Yo, señorita *Flor*, y perdone que la llame así, porque todos por aquí la conocemos con ese nombre, le agradezco con toda mi alma que haya venido. Ya me se figuraba que era una historia de esa, de la Patro. Pero veo que no, que era verdad, y pienso que también es verdad que algo me debe

do, porque es preciso que sepas que hay alguien en el mundo-que vela por ti, que se compadece de ti...

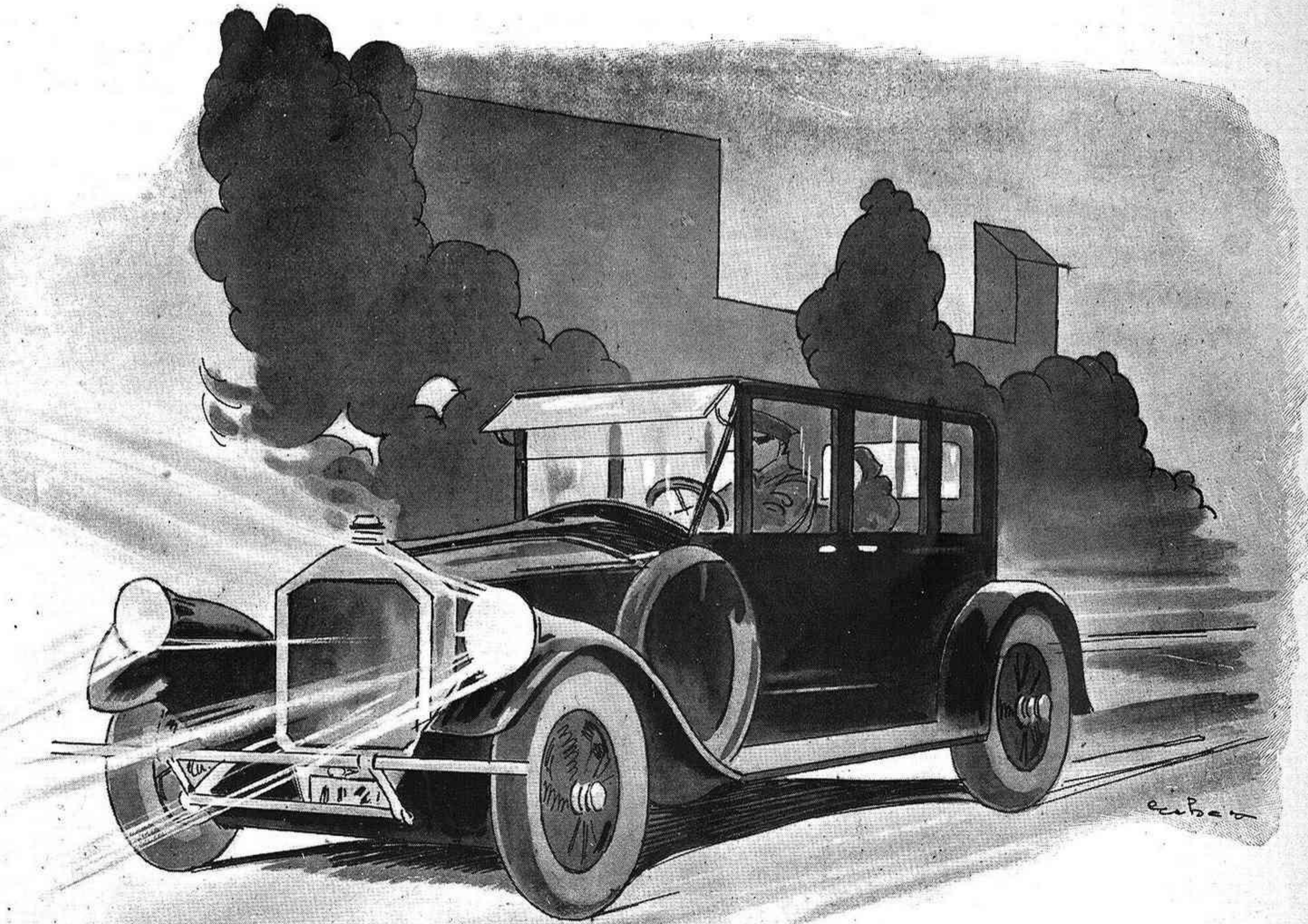
Rafaelillo irguióse altivo, herido en su amor propio, rebosante de orgullo.

—No, así no. Eso nunca. Si es lástima lo que me tienes, he de demostrarte que sabré merecer tu cariño.

Se atrevió á tutearla. Ya era el hombre el que imponía condiciones. Prosiguió:

—Y he de hacer que abras los ojos para admirarme y que las demás mujeres te tengan envidia. He conseguido que me anuncien para torear el domingo en Vista Alegre... Oirás por ahí mi nombre... La vida por ti, toda la sangre de mis venas para tí...





Con la mirada enérgicamente lo contuvo:  
—Basta; mi cariño no es ese. Es más entrañable, más santo, más apacible...

Se quemó los labios. Moviéndose por un impulso lleno de nobleza iba á decirle cuál pudiera ser el amor que los uniera para siempre.

Rafaelillo quedó anonadado ante la extraña actitud de *Flor de Maravilla*. ¿Sería aquella mujer una coquetuela, como tantas otras, que sintiera el placer de reavivar su pasión? ¿Cosa más rara! Y, sin embargo, su gesto, su ademán eran terminantes. Mi cariño no es ese, dijo. ¿Qué clase de cariño sería el suyo?

Sí. Ya sabía él lo que ella era. Una frívola que, recordando sus principios, sus años de modistilla había ido ahora hasta allí en plan de aristócrata caprichosa á bucear en aventurillas de esta índole.

La rabia ante su fracaso le dominaba. Le espetó irónico:

—Perdone la dama. Yo creí que mis palabras no la habían de ofender tanto. Al venir aquí podía figurarse á lo que se exponía...

*Flor de Maravilla*, alejado el peligro, más serena, reflexionó que Rafaelillo se conducía como cualquier otro hombre en su caso. No podía reprocharle nada. Eran los suyos dos sentimientos tan ajenos, tan desligados, tan opuestos como el rayo y la lluvia, como el granizo y la nieve; fenómenos distintos forjados todos en la atmósfera, y que en esta tempestad de dos almas ella hubiese podido aplacar al instante con el arco iris de una palabra que pugnaba por salir de su boca.

Ahora fué ella quien, solemnemente, llena de unción, depositó en la frente de Rafaelillo un beso casto, rebotante de delicada ternura.

—Haces bien en juzgarme así. No merezco tu cariño. Soy mala, sí, muy mala. A eso he venido, á decirte que nuestros amores son imposibles, que serían criminales, porque bien sabes tú que no soy una mujer libre. Olvídamme. Adiós.

Bruscamente salió de la casa *Flor de Maravilla*.

Rafaelillo se quedó perplejo, como si todo lo que acababa de acontecer hubiese sido un mal sueño. No sabía si en aquel momento la odiaba más ó la quería como nunca, con locura, con ceguera...

Rezonó con rabia:

—O seré de la muerte, ó esta mujer ha de ser mía. Pasado mañana lo veremos.

Sol, un sol que da gloria en esta tarde de Mayo. Carretera adelante, camino de Vista Alegre, rompe el aire el alegre tintineo de unos cascabeles. Arrastran las jacas en su trote el glorioso trofeo de una calesa llena de oro y seda. Pasan los toreros. Los arrapiezos, deslumbrados, cruzan el arroyo y jalean con gritos á la tropa taurina. Los hombres abandonan por un instante el rito de sus libaciones ante el altar de Baco, capillas tabernarias á lo largo de la calle, y saludan joviales al que puede ser ídolo. Algunos pugnan por llegar hasta el coche, y palpan fanáticos los alamares del vestido de Rafaelillo, como en un exorcismo de buen augurio. Todo es zambra, jolgorio, borrachera de luz y de vino. Sangre caliente en las mujeres, que desde los quicios siguen con la mirada inquieta á los arlequines... La España de Próspero Merimée, que rompe el cerco de lo que fué castillo famoso, desbordándose por las rutas de los pueblecitos cercanos...

Ante la glacial indiferencia, de pronto converge en la avenida otra comitiva. Es la muerte, que camina sin prisas hacia su silencioso palacio. Blanco el ataud y blancas, muy blancas, las flores que lo cubren. Una mujer. No importa. Es así la vida. Por otra mujer va Rafaelillo deseoso á buscar la muerte.

Desde la calesa se divisan los altos cipreses de San Isidro como negros signos admirativos. Es el lenguaje de la tierra, que así expresa su asombro ante la locura de sus hijos. Más allá, á la izquierda, como una panza hídrica, se destaca el circo, y sobre su ático, el airón de la enseña rojo y gualda, que parece llamar con sus cabeceos prometedores á las gentes reacias.

Rafaelillo, muy pálido, va ensimismado en sus pensamientos. Pensamientos torturadores, que no dejan florecer la risa en sus labios. En sus ojos asombrados parece llevar impresa la imagen de *Flor de Maravilla*.

Ha sonado el tararí que espanta. La muchedumbre ruge en los tendidos como una fiera acosada. Injurias, denuestos, gritos, silbidos...

- Mal torero!
- ¡Maleta!
- ¡Panoli!...
- ¡Presumido!

Ahora, ante la acometida brutal de la fiera, un toro albahío de cuernos pavorosos, Rafaelillo tiene el pánico dibujado en el rostro. Siente la torpeza de sus movimientos para esquivar los derrotes. De pronto, un «¡Ah!» de horror surge de todas las bocas. El diestro, prendido por la ingle, se ha desplomado, quedando exánime sobre la arena. La bestia le ha buscado en el suelo y ferozmente lo ha vuelto á cornear, hasta dejarlo inmóvil, deshecho como una piltrafa de oro y sangre...

Tras la parálisis instantánea producida por el terror, el público ha reaccionado... Ya entona la cobarde salmodia de sus lamentos.

—¡Pobre muchacho!

—¡Va muerto!

—¡Lo ha matado!

Y hasta los hombres gimotean como viejas, cuando antes se refocilaron con el tufillo de la tragedia.

•••••

Ni risas, ni zambra, ni borrachera. Triste el cortejo. Ya entrada la noche, conducen hacia Madrid en una camilla el cuerpo doliente de Rafaelillo. De tregua en tregua se relevan los compañeros en la humanitaria carga...

Sólo un «¡Ay!» desgarrador rompe el silencio de la noche.

—¡Agua, por Dios, que me muero!

Y un nombre, que va pegado á los labios febriles de Rafaelillo:

—*Flor*... Por ti, por ti.

•••••

—Señora, lo siento mucho; pero hasta las siete de la mañana no podrá usted pasar. Así lo determina el régimen interno del establecimiento.

—Déjeme, por Dios; se lo suplico, hermana. Quiero verle. Dicen que está muy grave, que se muere... Tenga piedad de mí...

—Tranquilícese un poco. Después de la operación quedó mejor... El doctor ha dicho que confía en salvarle la vida...

—¿Sí, hermana?—ha preguntado con vehemencia *Flor de Maravilla*.

—Sí, eso ha dicho. Parecen menos graves las heridas de lo que se creyó al principio.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!

pr  
de  
pa  
fa  
ci  
to  
de  
te  
c  
M  
ci  
er  
qu  
qu  
da  
ju  
es  
tr  
qu  
un  
un  
g



Se miraron las dos. De mujer á mujer se comprendieron, y de un corazón á otro se confiaron.

Suspiró la monjita:

—Yo también quise así un día... Sígame.

En la alta noche, los anchos pasillos de la casa del dolor devolvían como un gemido el eco de los pasos de las personas que por ellos cruzaban. Un farol metálico, cuadrilongo, espaciaba su mortecina luz, dando tintes fantasmagóricos á los objetos. Al fondo, las cristalerías que daban al jardín, de par en par abiertas, dejaban paso á los efluvios primaverales. Olor de vida á las puertas de la muerte. Al pie del ventanal dormitaba sobre un butacón el alumno interno que hacía guardia en la sala.

Penetraron en ella. Hasta los oídos de *Flor de Maravilla*, que pugnaba por contener la respiración, llegó un quejido apagado, monocorde...

Rafaelillo abrió los ojos y los clavó asombrado en los de *Flor de Maravilla*. Débilmente preguntó:

—¿Tú?

—Sí, yo, Rafaelillo, mi vida, que vengo á verte, que quiero sentir el dolor contigo... ¿Qué creías, que mi ingratitud era tanta que ya te había olvidado? No, chiquillo, no. Pronto te curarás, y te juro que seremos felices. Yo no puedo soportar este sufrimiento, esta lucha... ¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes muy mal? ¿Qué locura esa afición que te pudo costar la vida!

Rafaelillo, por toda respuesta, buscó con ansia una mano de *Flor de Maravilla*, y en ella estampó un beso.

Hizo un esfuerzo, y unas palabras casi ininteligibles salieron de su boca:

—Ya... ves si te quiero. La... vida por ti...

Mientras tanto, el alumno y la hermana de la Caridad seguían cuchicheando. De pronto ésta, haciendo grandes aspavientos, se dirigió á *Flor de Maravilla*:

—Señora: siento que no haya sido usted franca conmigo... Yo ignoraba que este hombre fuera ajeno á usted y que usted tuviera otros deberes más sagrados que cumplir... Le ruego tenga á bien abandonar la sala...

La humillación y la vergüenza por lo que acababa de escuchar le encendieron el rostro. Bajó la cabeza y salió.

Antes de salir del hospital, aún hizo una súplica á la hermanita:

—Yo desearía que nada le faltase, que los enfermos le cuidasen bien... Abrió el bolso, y de él extrajo dos billetes de cien pesetas.

—Le ruego, hermana, que los acepte... Repártalos como sea preciso, como quiera...

—¡Oh, sí! Una limosna siempre la aceptamos, venga de donde viniere...

•••••

«Tu mujer te engaña. Me parece que estás haciendo el... tonto. Un buen amigo.»

Don Gustavo leyó y releyó muchas veces el papelucho anónimo. Con los ojos estrábicos por el furor iba siguiendo aquellos garabatos demoniacos, que parecían burlarse de él con una mueca irónica de desprecio, de compasión... La infidelidad de *Flor de Maravilla* estaba bien patente allí, entre aquellos renglones lacónicos, y que, sin em-

bargo, eran una acusación categórica, terminante, sin un resquicio por donde la duda pudiera escapar. *Tu-mujer-te-engaña...*

Como un abismo que se abriera á sus pies, comprendió todo el ridículo de su vida, despeñada en un instante para ir á hacerse triza en el fondo del deshonor, de la vergüenza...

Ahora, aunando detalles, recordaba aquellas bromitas mortificantes que en el Club le gastaban sus amigos. Un día, al penetrar en la sala de tertulias, sonó una voz estentórea: «¡Sálvese el que pueda!» Todos, como un solo hombre, se pusieron en pie sobre las butacas. Otras veces era encaminar las conversaciones hacia cuestiones de toros. «Vaya, hombre, ¿con que nunca estuvo usted en una dehesa? Pues son muy interesantes las operaciones que allí se realizan...»

Y él, ciego ó imbécil, no se había dado cuenta de nada, y menos pudo sospechar que aquellas flechas llenas de veneno fuesen disparadas tomando como blanco su venerable testa...

El tenía la culpa, por haber dado su nombre en un instante de pasión casi senil á aquella mujer, de una condición á todas luces ínfima, sin haberse detenido á repasar su vida, su historia...

Sintió una rabia sorda sobre la infame. Unos espumarajos se debatían en su boca... Deshizo entre sus dedos crispados el papel miserable que le daba la voz de alerta, y entre lágrimas de rencor, de desesperación, juró á los dioses que, si era cierto el engaño de *Flor de Maravilla*, su venganza sería tremenda.

De pronto su rostro se transfiguró. No, no podía

ser cierto. Quizá se redujera á una ruindad de las que tanto abundan en la vida. Habría que proceder con calma... *Flor de Maravilla* se había conducido siempre como una esposa ejemplar. Sin arrebatos de pasión, porque él consideraba que su edad no era la más á propósito para despertarlos, pero afectuosamente, plácidamente, lo que suponía el verdadero cariño cuando la sangre deja de ser fuego. Observaría, vigilaría á su mujer. Sabía que en adelante aquello no iba á ser vida, porque la desconfianza y el recelo habían puesto ya en su ánimo la primera piedra de la infelicidad.

Sin embargo, tomaría sus medidas. Por lo pronto, anticiparía el viaje de verano. El calor de Madrid comenzaba á ser sofocante. A San Sebastián. Y si él descubría la certeza de...

A los labios de don Gustavo asomó una sonrisa satánica.

—Hoy me adelantaré. No te espero. Quiero hacer unas compras. ¿Sabes, maridito mío? Luego, en la playa, á la hora del baño... ¡Bah! ¿A qué aguardas? Uno, otro, así, otro besito. Estás antipático, hijo... He tenido que dártelos yo... Adiós, adiós.

Don Gustavo se quedó como petrificado, hurano, pensativo. Aquella mimosidad inusitada de *Flor de Maravilla* era una cosa extraña que parecía delatarla acusándose á sí misma de su adulterio. Llevaban cerca de mes y medio en San Sebastián, y por más averiguaciones que hizo, por más pesquisas que realizó, no tuvo nunca motivo para dudar de la fidelidad de su mujer. Con él á todas partes, y no sería que su albedrío tuviera límites para salir sola, jamás pudo sorprender un gesto, una sonrisa, nada que pudiera dar crédito á lo que el anónimo abominable decía. La espío en el Kursaal, en la suntuosa sala de recreos, desapareciendo al menor descuido de *Flor de Maravilla*, dejándola entre la turbamulta chic de jugadores, de *cocottes* que parecían señoras y de señoras que aparentaban ser, en sus livianos vestidos, en sus gestos, en sus actitudes, en su frivolidad inconsciente, verdaderas vendedoras de amor. A última hora de la tarde, sentados en la terraza del café de la Marina, mientras la noria humana daba vueltas al son de la música, él pretextaba de pronto la necesidad de ver á alguien, unos segundos, la compra de un diario en el interior del establecimiento... Nunca nada, nada. *Flor de Maravilla* se quejaba de su ausencia, le requería á su lado...

La confianza comenzaba á renacer en su espíritu y lejos de Madrid. Donostia era el paraíso de su dicha... Pero hoy aquella salida inesperada le llenó de zozobra, de alarma... Rápido tomó una determinación. La seguiría á distancia.

*Flor de Maravilla*, calle de Easo adelante, se dirigió hacia el parque de Alberdi-Eder. Un hombre, que indudablemente la aguardaba, se aproximó á ella.

Fué un encuentro cordial, apasionado, como el de dos amantes que ha tiempo no se ven. Prisioneras las manos, las miradas fijas...

—Creí que me moría; pero ya estoy fuerte, más fuerte que nunca para seguir queriéndote... Supe que estabas aquí y te mandé esa esquelita...

—Una imprudencia, Rafaelillo, que me pudo costar cara. He venido porque estoy dispuesta á decirte la verdad, toda la verdad. Mi honra está en entredicho. Me echaron del hospital cuando fuí á verte como se echa á una mujerzuela indigna. Te quiero con toda mi alma, como se quiere á un hermano..., como lo que tú eres mío. No maldigas á nuestro padre. No te dió su nombre porque algo superior á su voluntad se lo impedía. Entérate.

*Flor de Maravilla*, ante el asombro de Rafaelillo, le entregó la carta aquella que su padre le hubo confiado al morir.

Las lágrimas sellaron aquel encuentro, que eran bálsamo de una vida de virtudes.

Desde la bahía azul, intenso azul cobalto de la Concha, sube hasta el otro azul del cielo la gloriosa canción de Neptuno en esta mañana de Agosto.

Desperdigados por la playa, envueltos en los blancos albornoces, deambulan los bañistas. La admiración de todos es una mujer incomparable en la belleza de su rostro, en la armonía majestuosa de su cuerpo. Cruza radiante hacia el agua á tomar su cotidiano baño. Su compañero lleva en el rostro una palidez de muerte. En una ola, todo el Cantábrico, mansamente, rinde pleitesía á los pies de *Flor de Maravilla*...

Dos minutos más tarde un gló-gló espantoso de agonía forma burbujas en la superficie azul...

Don Gustavo ha retenido ferozmente bajo el agua el cuerpo de la que él suponía adúltera, que el mar más humano devolverá á la tierra, porque *Flor de Maravilla* fué buena, fué abnegada, fué sublime...

MIGUEL RODENAS

DIBUJOS DE ECHEA

SOLILOQUIOS CON EL ARTE

NAVARRO, ESCULTOR



Todos los valores son algo subjetivo en el momento de la crítica.

La obra del artista intima con más ó menos amistad, según la afinidad y la coincidencia en la emoción.

En la discrepancia se afirma una ironía amistosa que tiene toda la gracia de lo audaz que domina; quizá en este imperativo radique la genialidad. La manera rotunda y afirmativa de influir con una armonía objetiva tan lograda, que nos hace olvidar nuestras definiciones y nos seduce por su verdad, es una paradoja cordial.

Hay en toda obra lograda un sentimiento humano y colectivo de liberación, y anhelo de generosidad satisfecha.

Navarro en su carácter, contenido en la expresión de su obra, tiene la liberalidad suficientemente humana para no pedir el culto á la imagen. Sus esculturas difunden esa graciosa dádiva de sutileza que esparce el aticismo del artista, sin solemnidades, sin torturas y sin mitologías arcaicas de Proteo.

Así los prejuicios de escuela, los parecidos, las terribles disciplinas de la técnica, no dejan sus huellas en sus criaturas, que llevan la cualidad simpática tan difícil de ver y ser en ese arte que pasa con una celeridad de exhalación de las magnitudes del Olimpo á las cosas de más sentido actual con una

perfecta enemistad de tiempos y de modos.

Para mí la obra de Navarro es otro coloquio gracioso, en el que lo más genial es la naturalidad en la expresión de una gracia espontánea, que unas veces es ironía, otras idilio y otras humorismo. Conozco su tipo de «Gitana», en el que hay toda la sabiduría de una verdad que triunfa de la tragedia de la vida, y esa es la liberación á que me refería antes, por tal modo lograda que partiendo de la estructura pasa por la técnica y alcanza á la categoría. No abusa de la sugerencia escultórica; lleva la comprensión de la unidad del arte sin que se definan las transiciones.

Como no es un escultor iconista, lo que generalmente conocemos y se entiende por personalidad—que es el autorretrato—no está más que en emoción en la obra, sin que de él se vean los rasgos del *alter ego* que siempre acompaña como una sombra á los genios.

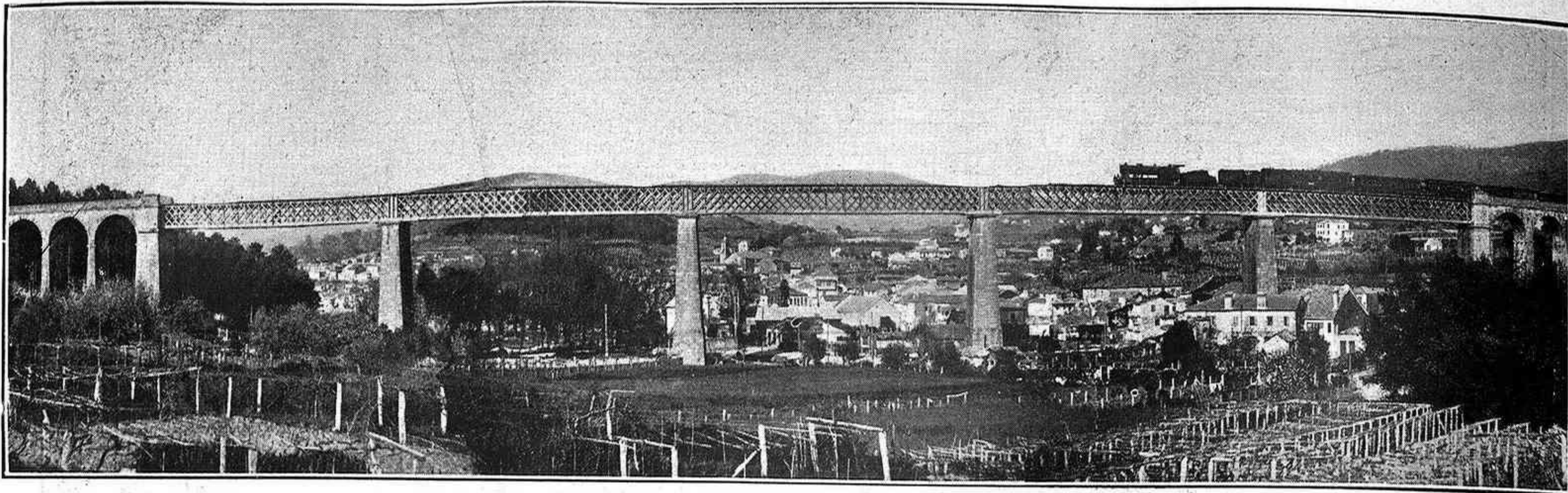
Así Navarro es un renacentista paradójico, y mejor le conviene el apelativo de humanista que el de clásico por definición. ¿Quién sabe? Nunca se conoce lo bastante para afirmar en qué categoría pueda apreciarle la posteridad.

IGNACIO SOCIAS ALDAPÓ

# LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



**INTERIOR**, cuadro original de Rafael Argelés, que figuró en el último Salón de Otoño



Uno de los viaductos de Redondela sobre la pintoresca villa gallega

FOT. SATURNO CAL

MUCHO se ha escrito hasta la fecha del maravilloso paisaje gallego; pero aunque otro tanto se haga y en tan loable menester se empleen las más excelsas plumas de nuestra dorada república literaria, no se habrá hecho todo el elogio que aquella tierra merece.

País de égloga la he llamado yo, y aún me parece que anduve parco en ello. Con ser toda Galicia el más espléndido vergel de España, tengo para mí que supérase á sí misma en llegando á la provincia de Pontevedra, donde no parece sino que Dios puso fin á su obra y volvióse al cielo satisfecho de su arte...

Antes de entrar en la incomparable ría de Vigo está la villa de Redondela guarnecida por dos gallardísimos puentes, uno en la línea de Monforte y otro en la de Pontevedra, que como dos férreos y amantes brazos la tienen arrezagada. Bajo aquellos dos tentáculos de hierro el pueblo alegre y gracioso ofrece al viajero una hospitalidad franca y tranquila, regalándole á un tiempo con la dulzura de la campiña siempre fértil y la majestad de un mar sereno y apacible que durante la marea alta depona su grandeza yendo á recrearse con la camaradería de los dos aprendices de río que desde lo alto de las vecinas montañas bajan al valle por el placer de retratar en la humildad de sus aguas tan pintorescas riberas.

Cuentan por allá que Redondela tuvo su origen junto al Océano, al pie de la hermosa playa que llaman de *Cesantes*, extendiéndose por las laderas siempre verdes de la montaña; pero el daño y castigo constante que hacíanle los corsarios ingleses y holandeses obligó á sus pobladores á recogerse en el valle en donde érales harto más fácil la defensiva.

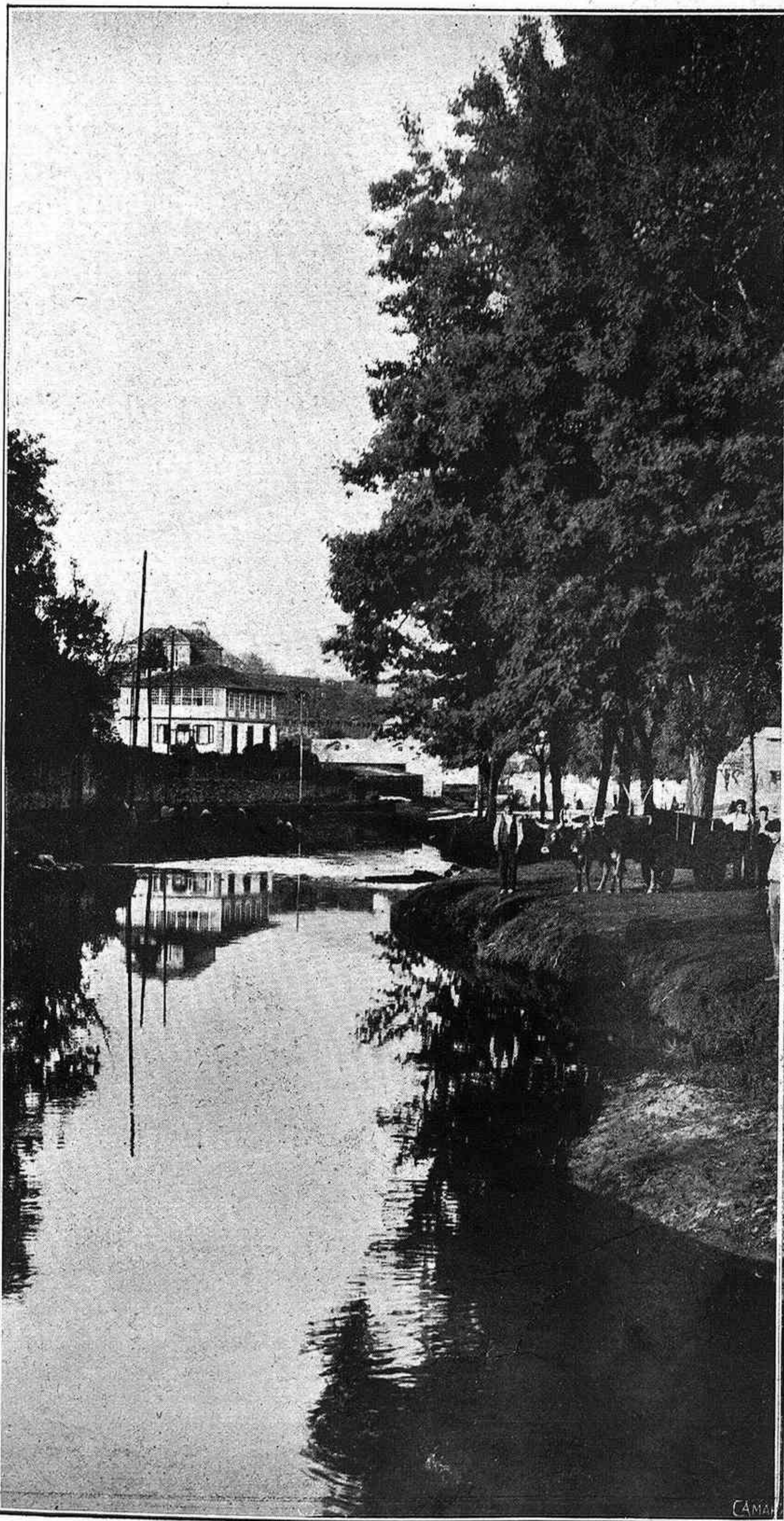
La villa se apartó; pero el mar parece que enamorado de su belleza no se ha resignado á dejarla. Todos los días la visita dos veces y aun en las grandes mareas inunda las calles cercanas á la ribera, como si quisiera poseerla por entero.

Dicen que habrá para dos años, en la última galerna que hasta entonces azotará al Atlántico, Redondela llegó á remedar muy bien en alguna de sus rúas á esa perla del Adriático que llaman Venecia...

No hay encanto para los ojos como el de mirar la campiña desde cualquiera de las alturas que dominan el pueblo.

Abajo la villa, con sus puntas y collares de aldea y sus pinicos de ciudad á un mismo tiempo.

Por todas partes parrales y prados de maíz.



Vigo.—Río Aldevosa

Entre la espesura de los bosques y el verdor de los campos surgen de trecho en trecho las aldehuelas y caseríos como palomas que descansan el vuelo y apagan la sed en los cristales de algún arroyo.

En medio de la ría, como una gigantesca nave, surge el lazareto de San Simón, donde Joaquín Dicenta pasó algunos de los últimos estíos de su vida y en donde escribió muchas de aquellas prodigiosas crónicas en que cantó los mares de España y alguno de los últimos dramas que llevaron su nombre á las cumbres de la inmortalidad.

Por bajo del puente de la línea de Monforte á Vigo pasa el río Aldevosa, y en el espejo de sus linfas recoge la gallarda imagen de aquel magnífico viaducto que dicen que enriqueció á su ingeniero y arruinó al contratista que llevara á cabo la atrevidísima obra de tenderle entre las dos separadas lomas que le sustentan.

Las lavanderas, desde que amanece hasta que el sol se pone al otro lado de la ría, acompañan su limpio menester con las duras cantigas de la tierra en toda su múltiple variedad, y como buenas redondelanas ni un solo día dejan de cantar aquellas dos que dicen:

*Vexo Vigo, vexo Cangas,  
tamen vexo Redondela;  
vexo á Ponte de Sampayo,  
camiño d'a miña terra.*

*Ofrecécheme unha tunda  
choqueira de Redondela;  
ofrecécheme unha tunda  
é agora veño por ela.*

¡Cuán grato es pasear á la caída de la tarde por aquellas carreteras nunca solitarias á cuyos márgenes alzanse las fincas rústicas de los hidalgos, y las casitas aldeanas de la gente campesina que no más parece alentar que para el cuidado de la tierra que le sustenta!...

Los rapaces juegan y se revuelcan al sol mientras cuidan del cerdo ó de la vaca que ayuda al mantenimiento de la familia. Cantan las carretas repletas de tojo perezosamente arrastradas por diminutas parejas de bueyes, y el perfume de la carga que llevan únese al que ofrece el campo bañado por el rocío del vespertino crepúsculo y es de mucho regalo para quien la encuentra al pasar...

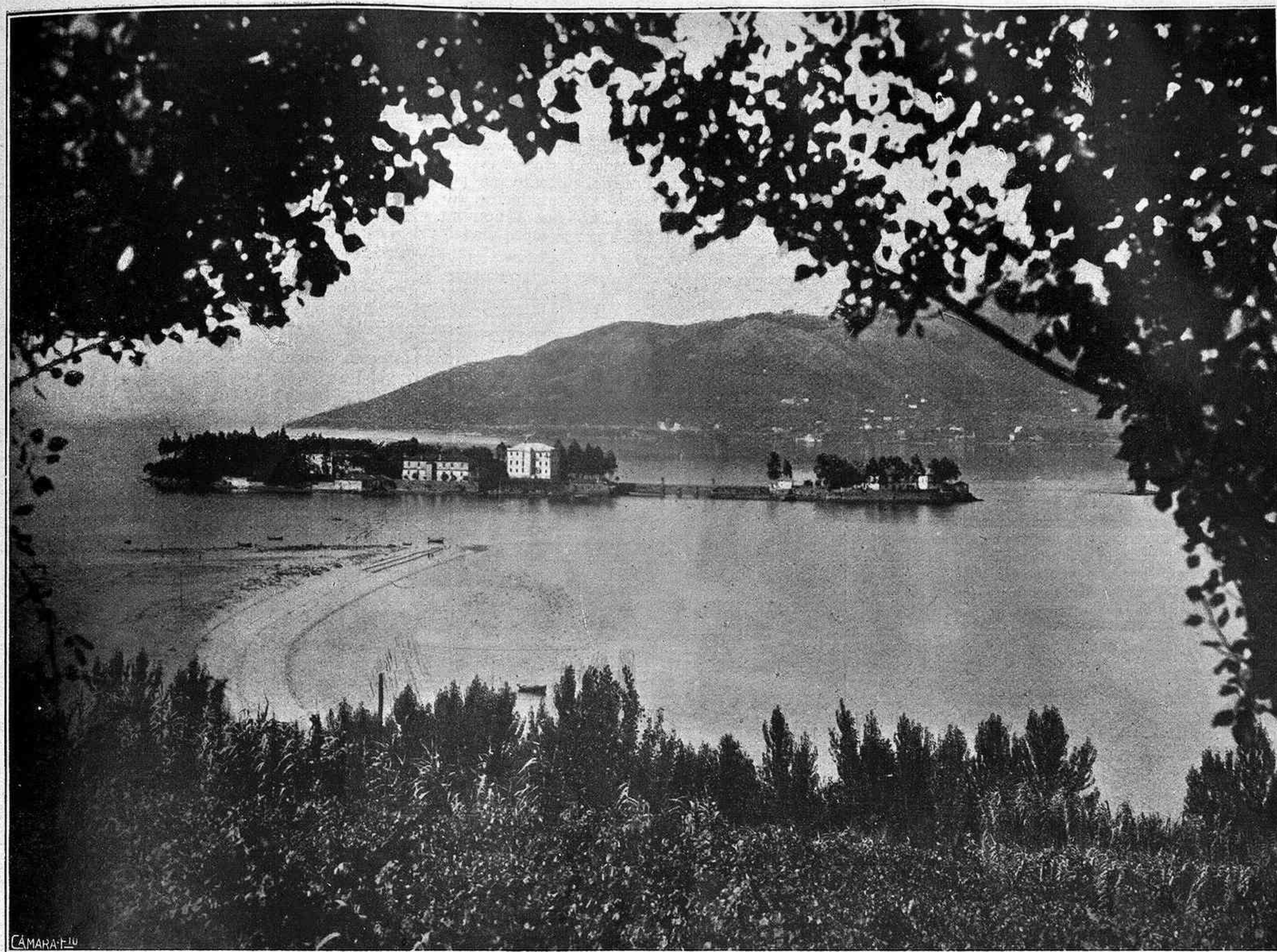
Los días 6 y 21 de cada mes hay feria general, y de toda la comarca acuden vendedores y compradores que hacen muy bien su conveniencia, y en verdad que los cuadros y escenas que se ofrecen son dignos de ser retratados por la pluma de Pérez Lugín y el lápiz esencialmente gallego de Castelao.

Desde muy lejos vienen pobres aldeanas con su mercancía de ma-

rra  
ha  
de  
pa  
lo  
me  
ca  
au  
co



CA



Isla de San Simón y playa

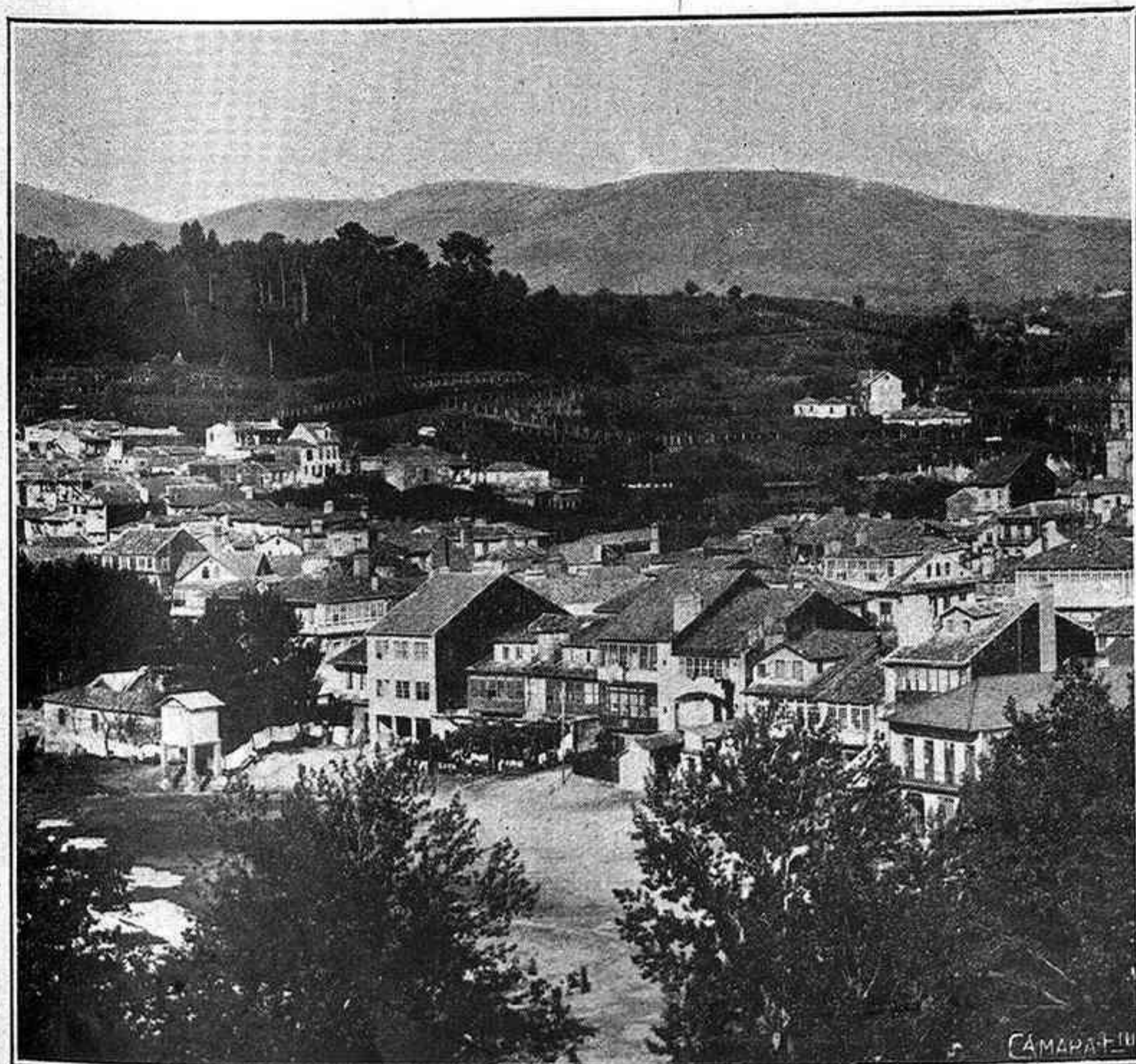
rranillos, loza y pesadísimas cargas de leña; unas hacen negocio, y al recoger los trebejos y emprender la retirada hacia su aldea tórnanse á su vez en parroquianas de sus camaradas de zoco y compran lo que han menester para su hogar; otras desoladamente embanastan su género, del que acaso no sacaron ni el gasto que representa la manutención, aunque ella es harto menguada, y con la tristísima conformidad tan característica en quien nunca lo-

gra ver apartarse de su puerta á la miseria desandan el camino sin prisa, con más deseos de quedarse en él tiradas en la cuneta que de llegar á su aldea...

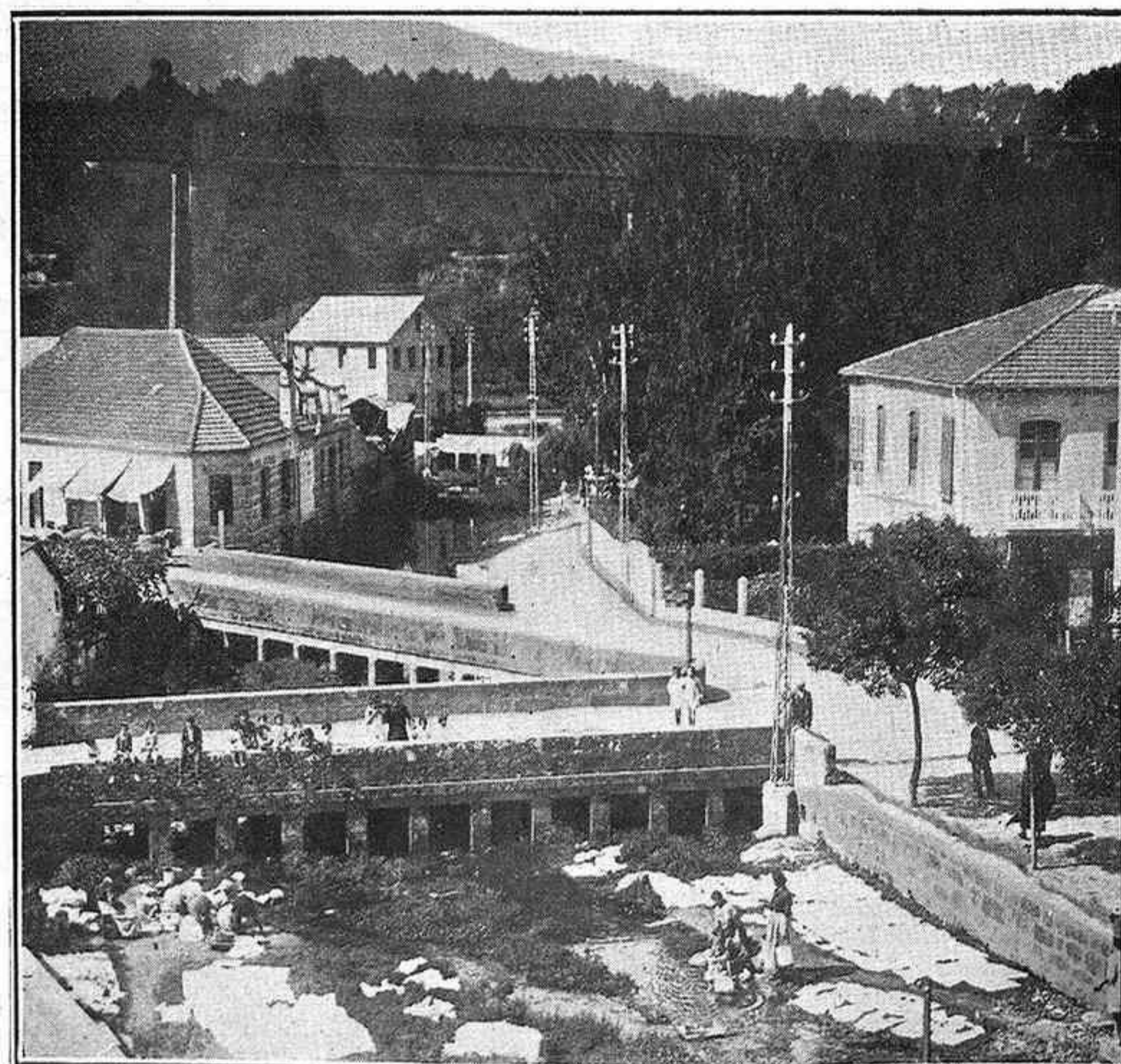
Y con estar Redondela tan al paso, pues de ella parte la línea férrea para Pontevedra y Santiago de Compostela, y por la parte de Vigo parece portazgo obligado para internarse en Galicia, aún no ha sido profanada por el turismo veraniego que como á cosa hecha afluye á la playa de Bayona, en

donde ya no hay aquella holgura y sencillez sin resabios cortesanos que se acostumbra en las playas de moda, en donde más que solazarse con el espectáculo siempre grandioso del mar, la belleza de la campiña y con el culto artístico de los monumentos, acuden á verse unos á otros, como van á las óperas del Real ó á las funciones de abono en la Princesa...

DIEGO SAN JOSE



Vista parcial de Redondela



Otra vista de Redondela

# LA "TRAGEDIA DE LA VIDA DE OSCAR WILDE"

ESTA «tragedia de su vida», que Wilde nos cuenta desde ultratumba, pudiérase llamar también el proceso del arte por el arte, ó, para emplear una imagen muy «fin de siglo» y, por lo tanto, muy wildeana, el proceso de la serpiente que se come la cola... y muere de indigestión.

«El peor de los vicios es la ligereza...; todo lo que llega hasta la conciencia es justo», dice y repite, hasta convertirlo en *leit motiv* el que en un tiempo se preci6 de conformar su vida sobre el molde del artificio más refinado. Sólo puede despreciar verdaderamente la riqueza el que la posee ó el que la ha gustado; en su celda, con su traje de presidiario, con las manos ensangrentadas por las cuerdas que tenía que hacer y deshacer y rehacer de continuo—en esos trabajos forzados, *inútiles*, con que la libre Inglaterra de nuestros días supera todas las inquisiciones de siglos atrás—, Wilde llega á la convicción de que sólo el dolor y la bondad son esenciales, y de que la humildad es el mayor de los bienes. Ya no hay imágenes literarias que valgan, ni agudezas; durante un año, todos los días, el autor de *Salomé* ha llorado á la hora y durante el tiempo en que en la estación de Clapham Junction tuvo, esposado y con traje de presidio, que aguantar las mcfas é insultos de la muchedumbre. Después de esto, sólo es posible la amargura suprema ó la aceptación total.

Wilde aceptó. Mas no por sumisión, sino, por el contrario, porque las contingencias exteriores dejaron de existir para él. *El mayor de los vicios es la ligereza. Todo lo que llega hasta la conciencia es justo.* En la cárcel, Wilde pensó mucho en el Dante; él también, desde el Infierno, vislumbró las más inefables claridades

Canonizar es siempre peligroso; pero sí podemos decir, después de leer esta justificación póstuma, que Wilde, en su celda de Reading, se elevó paulatinamente hasta una serenidad cuyos éxtasis sólo á los místicos les fué dado alcanzar.

Un punto negro: el hecho mismo de escribir esta confesión, que en su día habría de ser acusación implacable contra otro. Pero los mismos santos han atribuído al demonio sus tentaciones. De haberlas publicado en vida, estas páginas hubieran hecho al ex presidiario, al misero «Sebastián Melmoth» del Hotel de Alsacia, más opulento aún que el Oscar Wilde que se gastaba mil trescientas cuarenta libras en obsequiar á Douglas durante un verano en Goring. «Algún día ha de saberse la verdad... Aquí verás la explicación psicológica de una conducta que á los de fuera ha de parecerles com-

pletamente estúpida... No defiendo mi modo de obrar; lo explico...», escribe Wilde á Roberto Ross, al enviarle la copia «del único documento que podía enterar al mundo respecto á su conducta». No quería—son sus propias palabras—que el nombre heredado de sus padres fuese por siempre manci-



OSCAR WILDE

llado. El había pagado ya sus culpas; no era justo siguiere por siempre cubierto con una ignominia vertida por otros más viles que él. Pero, al escribir, le guiaba también otro sentimiento: una ilusión. Un sentimiento que no podía por menos de estar equivocado, puesto que atribuía á otro un estado de alma que era propiamente el suyo, y al cual él no había llegado sino después de la ascensión del dolor. El creer que también para Douglas, para el «Príncipe Flor de Lis», que con este nombre—para no comprometerse—enviábale un escueto saludo

desde su villa napolitana, podía ser la humildad el bien máspreciado, fué el último gran extravío de Wilde.

Sólo Ross, su testamentario, podía comprenderle. Este Roberto Ross le había esperado en los pasillos del Tribunal, una vez que hubo de recorrerlos entre dos apretadas filas de curiosos, para saludarle al paso con todo respeto. Y este gesto de Robbie, Wilde hubo, durante toda su condena, de guardarlo como un tesoro en lo más hondo de su corazón. Robbie comprendió lo que eran estas páginas, y las entregó al Museo Británico. No era menester el escándalo; el destinatario es todavía, por derecho de nacimiento, miembro de la Cámara de los Lores. Los Tribunales ingleses no permiten se publique este libro en inglés hasta 1960. Bien; no es un escándalo lo que buscaba Wilde; quería únicamente arrojar lejos de sí la amargura de su alma. Robbie le comprendió. Pero depositó el manuscrito en el sitio más seguro para la posteridad, y no sabemos de venganza mayor que esta acusación que en su propio país, en su propio idioma, se levantará mucho después de su muerte, ya irremediablemente sin defensa posible, contra el amigo culpable de insensibilidad y de ligereza, «el mayor de los vicios».

Y ahora sale á luz, en otros idiomas, esta tragedia. La madre de Wilde, la escritora que firmaba románticamente *Esperanza*, y que, en su afán de tener una hija á quien emperifollar, no advirtió lo que estaba haciendo de su hijc; Constanza, la esposa de nombre simbólico, á quien Douglas desagradó desde el primer momento, pero de la cual éste se valía para hacer las paces con el escritor, las dos figuras de mujer por quienes tanto lloró de pena y de remordimiento Wilde en la cárcel, no habrán de leer nunca las frases que él les dedica en premio á su calvario. Los hijos «que le arrebataron», causándole con ello un dolor «mayor que todas las vergüenzas», están muertos á todos los rumores del mundo, en los monasterios á que los elevaron vergüenzas que nunca fueren suyas. Y hasta Pierre Louys, cuya amistad añoraba el presidiario, y que no tuvo el valor de arrostrarla, se ha ido ya también, más muerto, en los últimos veinte años de su vida, que el amigo por él repudiado.

«Todo lo que llega hasta la conciencia es justo.» La *Tragedia de la vida*, de Oscar Wilde, es la justificación de su existencia toda, y la redención de toda su obra por encima del arte.

MARGARITA NELKEN

## OLVIDO

POR MARIANO TOMÁS

*¡Doloroso tormento  
de amor á lo pretérito y lejano!  
Me tienes prisionero el pensamiento,  
y en mis vigiliassiento  
sobre mi corazón tu férrea mano.*

*El corazón se muere  
de nostalgias herido;  
y en fuego de recuerdos encendido  
es antorcha que hiere  
las espesas tinieblas del olvido.*

*Y así quiero olvidar, pero no pueao,  
y si con ruido leve—  
rumor de besos, suspirar muy quedo—  
llega hasta mí la dicha, tengo miedo,  
porque la dicha es breve.*

*Y después... no conozco la dulzura  
de recordar; que lo que fuera un día  
gozo del corazón, mansa alegría,  
al perderlo es obscura  
niebla que vela el alma de amargura.*

*¡Esta amargura que mi vida invade  
y todo en torno mío lo ensombrece!*

*¡Esta triste saudade  
que cada día crece  
y con riego de lágrimas florece!*

*¡Pues que cada momento  
feliz, sólo dejó en mi pensamiento  
de un amargo recuerdo el triste peso,  
es mayor el tormento  
cuanto fuera el momento más dichoso.*

*Por eso huyo á la dicha, mas en vano,  
que con afán insano  
me persigue. ¡Tormento peregrino!  
¿Qué despiadada mano  
ha sembrado de flores mi camino?*

*¡Oh, mano misteriosa,  
que me ofreces el nardo tras la rosa:  
El alma, cuando aspira su perfume,  
no goza ni reposa  
porque espera, temblando, que se esfume.*

*Y pienso en otras flores  
cuando tengo la rosa entre mis manos.  
¡Oh, días, por lejanos ya, mejores!  
¡Oh, lejanos amores!*

*Aún sois más bellos cuanto más lejanos.*

*¡Oh, Señor, si pudiera  
volver paso tras paso  
por la senda que antaño recorriera!...  
Mas, ¿para qué?... ¿Es que acaso  
la flor que allí dejé vive y espera?*

*En el mismo recodo del camino  
y bajo el mismo pino  
murmurará la fuente,  
y será su murmullo cristalino  
blando arrullar bajo el azul silente.*

*¿Pero estará la huella  
de mi pie sobre el polvo del sendero?  
Será la misma fuente; ¿mas en ella  
verá el mismo lucero  
la imagen clara de la misma estrella?*

*Ya no quiero vivir lo que he vivido.  
¿Y para qué, Señor? Sólo te pido  
que con murmullo leve  
me cubra con sus alas el olvido.*

*Quiero olvidar también que el gozo es breve.*

## LA MÚSICA Y EL ESPÍRITU MODERNO

LA Música—mímica sonora de las emociones y, como el gesto, idioma universal del sentimiento—es no sólo fuente de placeres estéticos por la expresión, sino por lo que sugiere; porque, no obstante ser un arte que se desenvuelve en el tiempo, no deja de ser, en cierto modo, plástico también, ya que *ritmo* es gesto, actitud, movimiento, y, como *sonoridad*, es color, imagen, *timbre*—uno de los elementos más fecundos y del que más partido obtienen algunos compositores actuales, aunque por sí solo no sea suficiente para dar valor musical á una obra—; la impresión musical no es sólo acústica; es también táctil; la sensación táctil es inseparable de la sensación sonora, desempeñando ambas sensaciones un importante papel en la orquesta contemporánea. Cada instrumento produce una impresión táctil diferente; suave, delicada, áspera, pulida, dulce, determinada por la forma y la longitud de los instrumentos y por la amplitud de las ondas sonoras al herir el tímpano; por esto las impresiones táctiles, consecuencia del sentido de los conceptos suave, delicado, etc., etc. adquirieron una verdadera importancia en la música orquestal, por ser ésta una combinación variada de *timbres*, lo que unido á la asociación de ideas, motivada por los asuntos poéticos en que se inspira el compositor, es la causa del sentido de evocación, alguna vez infantil y primitivo, de una gran parte de la música contemporánea, desviada de su fin y objeto expresivo un tanto exagerado que la convierte en muchos casos en una especie de amasijo híbrido de todas las artes reunidas, siendo también lo que justifica, hasta cierto punto, sus excesos.

Porque los clásicos, románticos y modernos—desde Liszt á Debussy, en algunas obras—expresan un arte de gestos sonoros nobles, consecuencia del carácter de sus ideas melódicas poéticmusicales, á diferencia de los contemporáneos del sector llamado avanzado, que sólo cultivan lo feo, grotesco é irónico, lo disonante, agrio, chillón, usando y abusando del acorde, del acento, en formas de onomatopeya acústica, no musical, que no expresan otra cosa que la exclamación, la interrogación, la admiración, la interjección del gesto—la prehistórica del arte musical—, no su carácter íntimo, esencial, inseparable de la idea y que sólo ella tiene el don de expresar; porque el acento, el acorde, el diseño musicales no pueden considerarse como lo que los músicos de todos los tiempos han entendido por *idea melódica*; frase de varios compases con sentido cadencial, gramatical—sintaxis y prosodia musicales—; pues la Música tiene con el lenguaje evidentes analogías en lo que se refiere á la construcción de la frase musical, á su forma; y que estas ideas musicales, sólo las ideas, cuando son bellas, son fuente de emociones, lo confirma el siguiente ejemplo: En una obra musical, en *Tristán é Iseo*, para quien sabe oír y tiene temperamento, sensibilidad, se llega á contrastes de intensidad, á alteraciones bruscas de actitudes, de máximas y mínimas tensiones, de exaltaciones extremas, alternando con profundas depresiones que se traducen unas veces en pasión, inquietud, misterio, dulzura y abandono, conceptos representativos de ideas melódicas, que empleamos en sentido más afectivo que intelectual, estados de ánimo provocados por las páginas que la hermosa partitura de Wagner expresan sin necesidad de las palabras, del asunto, por la sola virtualidad, intensidad y carácter de las ideas melódicas, siempre nuevas, que por esta inmortal obra circulan.

La Música es un arte de evocación, en el terreno de la emoción, no en el de la inteligencia, de insospechadas posibilidades expresivas, que los compositores modernos han elevado á las más altas cimas del pensamiento musical—desnaturalizado, á mi juicio, por los compositores llamados nuevos—; arte que es preciso estudiar y considerar no sólo en los aspectos técnico é histórico, sino principalmente en el psicológico, en sus tenden-

cias estéticas; pues la Música posee una vida interior más intensa que las otras artes, por el material sonoro con que se forma y por el órgano sobre que actúa, el menos intelectual quizá, pero el más afectivo; arte de *vagos ensueños* más que de realidades, cuya esencia y contenido es la *idea melódica*.

Los diversos é interesantes problemas de estética musical contemporánea referentes á la sensación sonora; efectos intelectuales del ritmo emocional; á las épocas monódica, armónica, unisonal, pluitonal, complementaria y moderna; formación y evolución de la melodía y de la armonía, y otros temas de palpante actualidad relacionados con lo que entiendo por historia psicológica del arte musical, ó mejor, historia de los fenómenos psicológicos de orden musical, de las emociones humanas reveladas por la música, están íntimamente enlazados. Porque la fonestética de este arte—melodía, armonía, contrapunto, fuga, instrumentación, formas musicales—, medios técnicos expresivos, hay que enfocarlos en esta dirección, si queremos penetrar en la esencia de la música—que es lo mismo que decir en la esencia del pensamiento melódico, de la melodía, que hasta Bach no adquiere todo su esplendor, como he dicho, su riqueza é intensidad expresivas, su eterna belleza, que culmina en Beethoven—, y explicar su evolución á través de la Historia, sus progresos, y hasta lo que no vacilo en calificar de excesos á que ha llegado en la época actual—de franca decadencia—, disculpables por el deseo nunca satisfecho de buscar novedades, formas nuevas; de querer ser originales, sin conseguirlo, pues tales intentos no han logrado producir hasta ahora más que un arte transitorio, incompleto, vacío, que no acaba de cuajar en obras definitivas, á pesar de la obstinación de los apologistas del *último grito*, de los que sólo elcigan el último figurín, sin perjuicio de extasiarse con las florecillas silvestres anteriores á Bach—esquejes de un arte en período de formación, que sólo puede gustar por contraste más que por su valor efectivo—, pretendiendo compararlas con las hermosas

flores del frondoso jardín clásico. Por cierto que no hemos llegado á comprender qué de común haya entre el encanto que producen los primitivos de la Música, su espíritu—admirables en su época, pero absurdo el querer resucitarlos con fines exóticos—, y el arte descarnado y crudo de algunos compositores contemporáneos más en boga en ciertos sectores musicales, de tan refinado y brutal sensualismo sonoro, para fundir en un mismo entusiasmo, sus admiradores, dos épocas tan distintas y contradictorias de la historia psicológica de la Música. Porque la vuelta á los tiempos anteriores á Bach, no es al espíritu que informa aquel arte del pasado, es á sus procedimientos rudimentarios y pobres.

Hoy se van á oír algunas obras, no para admirarlas, ni menos para emocionarse, ya ni siquiera para indignarse; se va á los conciertos á divertirse. Es un signo de los tiempos—dice irónicamente un ilustre escritor—conmoverse y emocionarse, sentir; hay que ser *espíritu fuerte*.

Así como hay quien pretende convencer de que la pantomima es superior á la palabra, se intenta demostrar que los malabarismos y la pirotecnia sonora de muchos compositores de hoy es superior á las ideas de los genios de la Música, imitadas por aquéllos más ó menos ingeniosamente.

El público ha aceptado, desorientado, ciertos abusos orquestales (para piano se están escribiendo también verdaderos horrores), que se le han presentado con apariencias de ingenio, como rasgos de habilidad, y algunos compositores sin escrúpulos se han lanzado á escribir las más abyectas y disparatadas lucubraciones musicales. El triunfo de la sonoridad sobre la música en unos; la orquesta de gramófono (música de alfeñique, de ritmos invertebrados, gelatinosos) en otros.

Una de las características del modernismo consiste, como es sabido, en que las artes se salen de sus propios límites, invadiendo unas el campo de las otras, al menos en una forma literaria convencional, con lo que se produce una antiartística confusión de valores; siendo en la música sus capitales

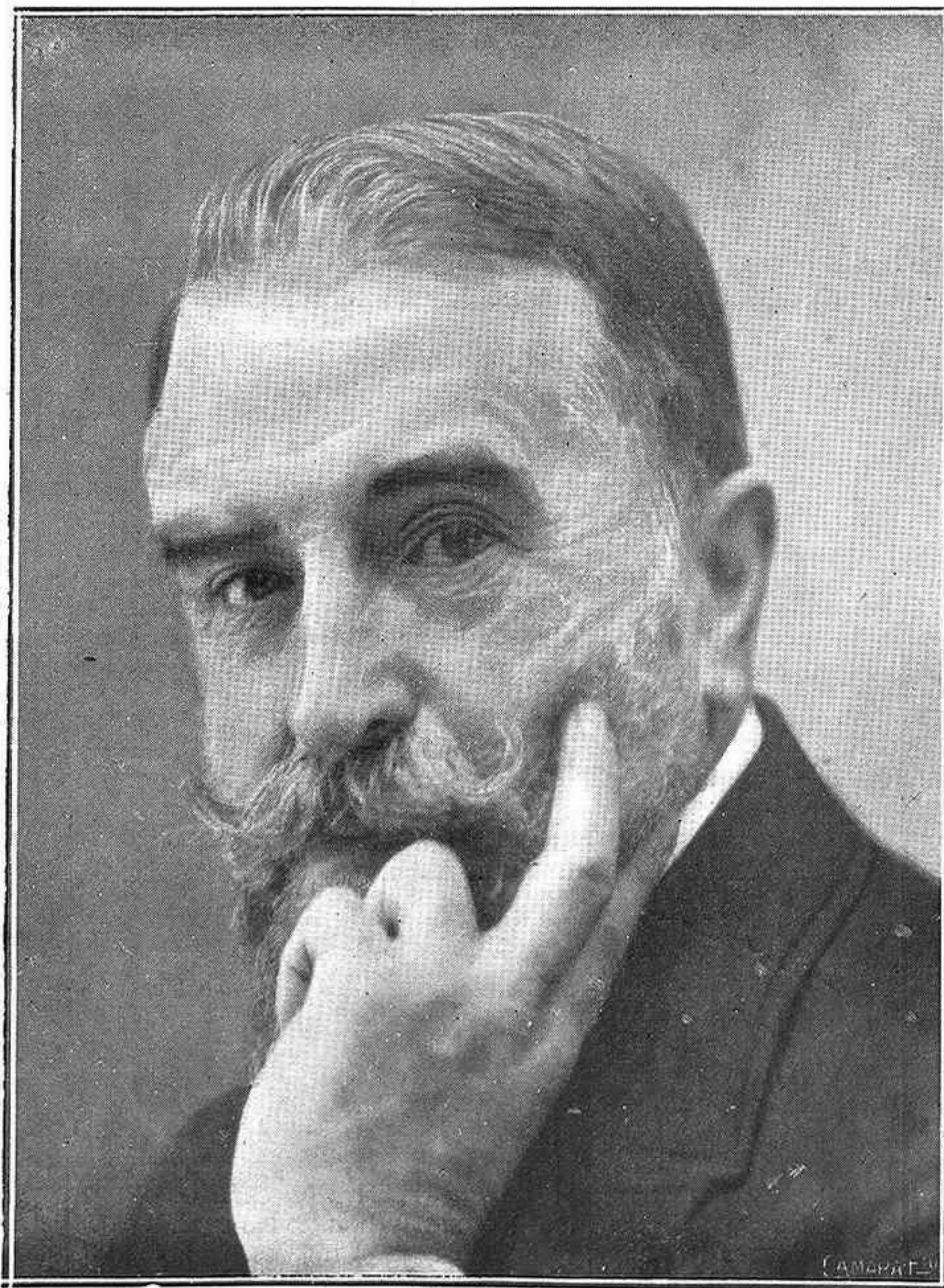
defectos el exceso de detalle, la variedad rítmica, la acumulación de toda clase de armonías y de timbres, en perjuicio de la unidad de estilo; el abuso de la literatura (programa) y de la pintura, en sentido, claro es, figurado, metafórico. Ocultar la melodía sistemáticamente, afectando por esta «llama» divina cierto despectivo desdén, el anhelar constante la evocación más simulada que real, la adivinación sin ningún sentido positivo, es lo que caracteriza el arte modernista, produciendo un antiartístico desorden y, con semejante desorden, la divagación, por no concretar en un pensamiento musical, en una idea melódica determinada la obra de arte; que no consiste en novedades de técnica en sentido académico, de escuela, sino de creación.

Alguna vez he dicho que el modernismo es la caricatura de lo moderno, que no es siempre lo contemporáneo. El espíritu moderno, el sentimiento moderno, se encuentra con frecuencia en artistas antiguos, pues lo moderno puede ser contemporáneo, pero lo contemporáneo no es muchas veces moderno, ni lo moderno es lo actual, ni menos el modernismo, que para el arte en general ha sido una epidemia y un recurso para los falsificadores del arte, con cuya etiqueta pretenden pasar por artistas muchos que no lo son.

Respetemos, admirándolos, á los clásicos, á los románticos y á los modernos en sus obras de selección—incluyo en estos últimos á Liszt, Wagner, Franck, Brahms, Tschackowsky, Grieg, Moussorgsky, Strauss y Debussy, positivos renovadores del arte musical—, pues lo *nuevo* y lo *viejo* en arte son conceptos circunstanciales. Si mucho de lo que ahora se suele llamar *nuevo* se refiere á los procedimientos técnicos empleados por algunos compositores actuales, no pueden ser más infantiles; y en cuanto á las ideas, con las obras demuestran sus autores que no tienen nada interesante que decir.

ROGELIO VILLAR

## EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE ROMA



DON MIGUEL BLAY

Ilustre escultor, que, á propuesta de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ha sido nombrado director de la Academia Española de Roma



# "EL SEÑOR DE PIGMALIÓN" EN PRAGA

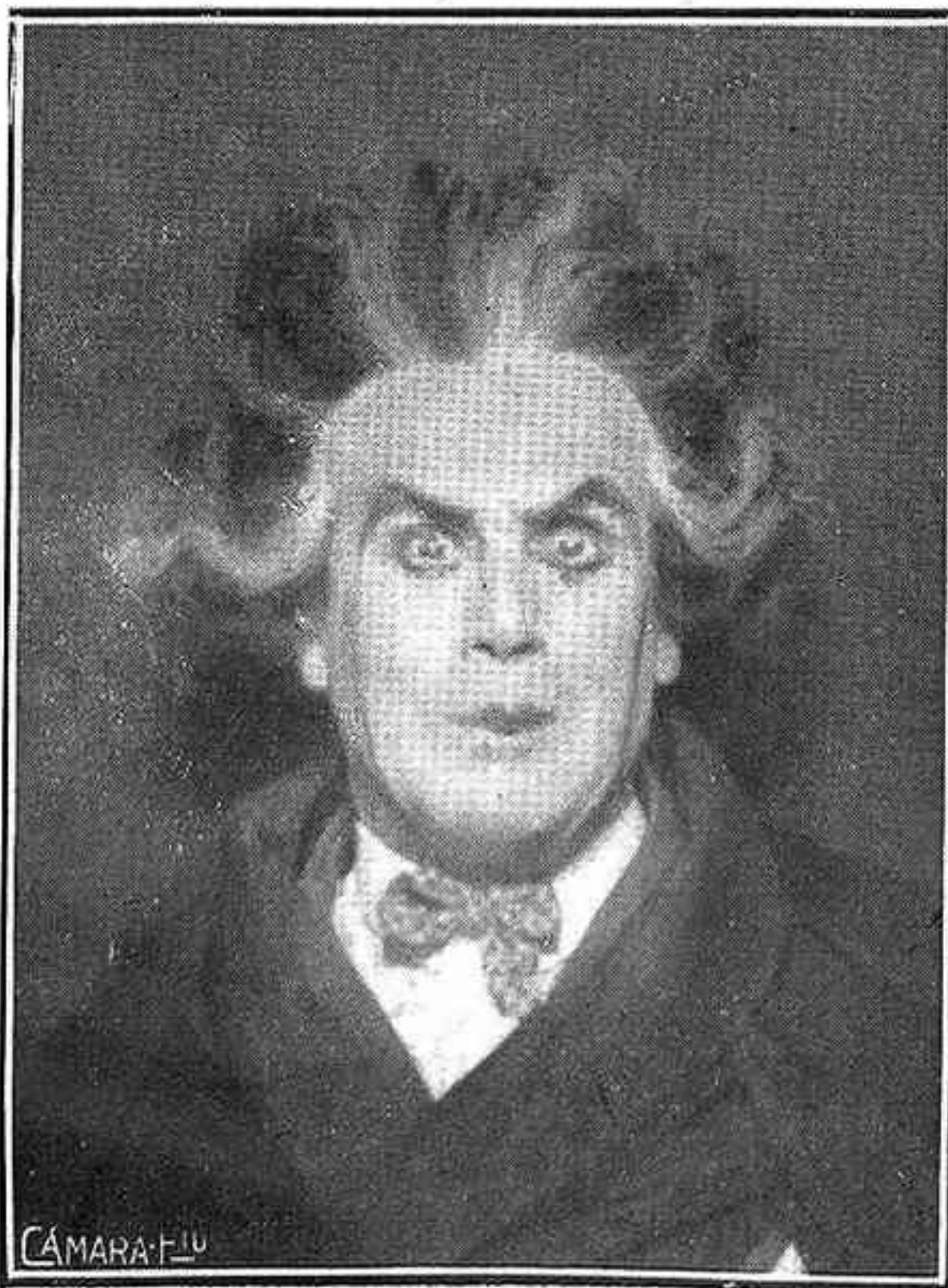


Prólogo de la obra "El Señor de Pigmalión"

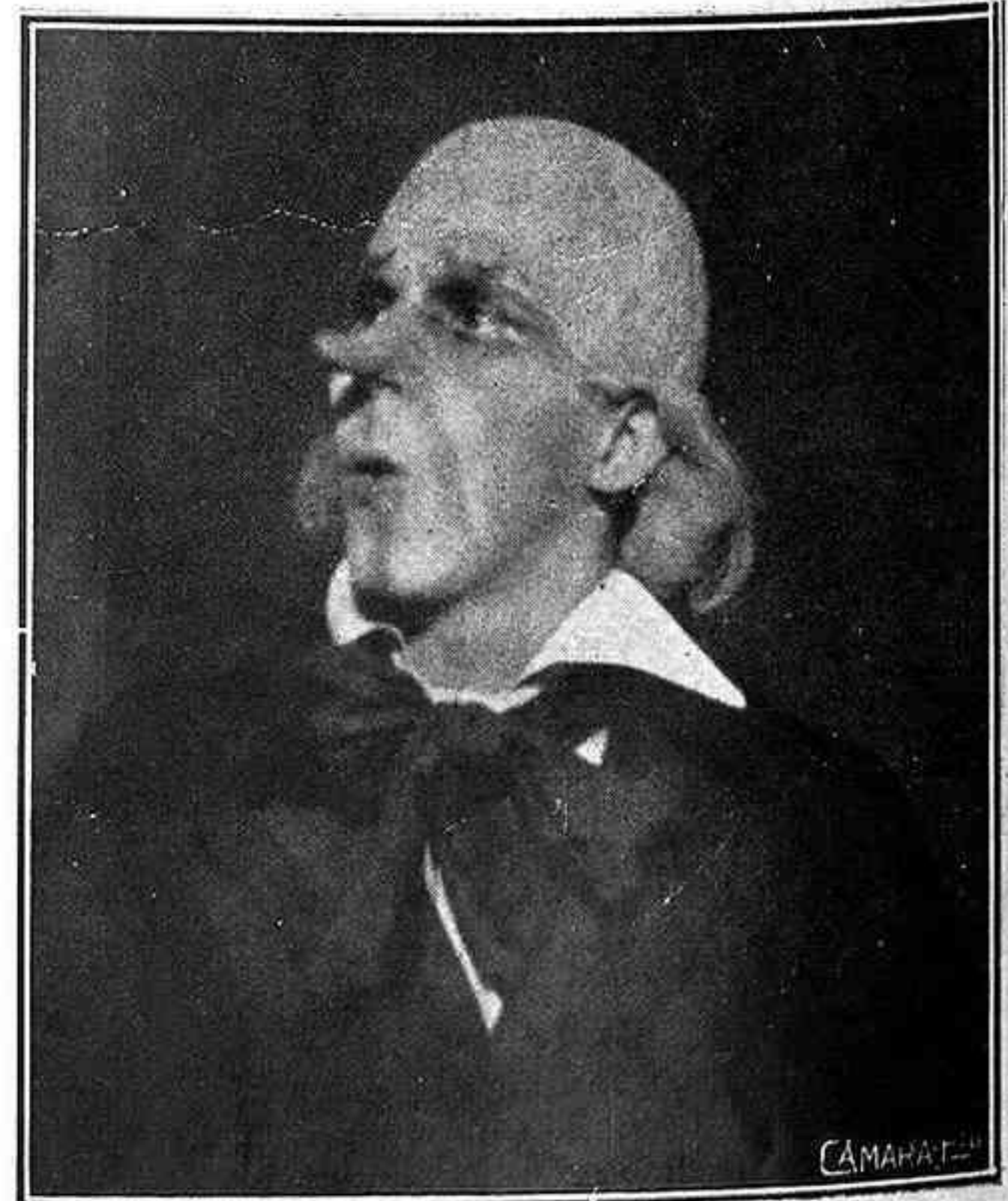
HACE dos años poco más ó menos la tragicomedia de hombres y muñecos de Jacinto Grau hacía su aparición en el escenario parisién de «L'Atelier», teatro de vanguardia, donde Charles

Dullin daba la réplica desde Montmartre al gran Copeau en su «viejo palomar» del Quartier Latin. La ocasión, probablemente, era única, ó, al menos, yo no sé de ninguna semejante. Tratábase de un autor español apenas conocido en su patria y, de continuo desdeñado ú hostigado por sus entrañables colegas y la alicorta farándula española, y de una obra que, sobre estas circunstancias restrictivas del autor, ofrecía la dificultad de no llevar el visto bueno de su público de origen, virgen como estaba de toda violencia escénica en España, y que ni siquiera presentaba la condición de «españolada» que explicara el éxito de *Aux jardins de Murcie* y algún otro más reciente. No obstante, y á pesar de su impopularidad, la obra del señor Grau había sido estimada en su justo valor por algunos distinguidos hispanistas extranjeros y encontrado en Francia un traductor cabal en la persona del exquisito cronista parisién (parisién hasta la medula) Francis de Miomandre, uno de los primeros laureados del Premio Goncourt y autor de unas cuantas deliciosas novelas. M. de Miomandre emprendió la traducción de la obra dramática completa de Jacinto Grau, y pronto aparecía *El Conde Alarcos* en *Les Ecrits nouveaux*, publicación precedida de una lectura en casa de la duquesa de Clermont Tonnerre (una de las grandes damas francesas que practican el mecenatismo literario), oportunamente registrada en la crónica de sociedad parisina. Charles Dullin incluyó inmediatamente *Le Comte Alarcos* en su repertorio de *L'Atelier*, y parece que ya se disponía á estrenarlo cuando M. de Miomandre le trajera la traducción de *El Señor de Pigmalión*, al que acababa

por darse prioridad. El estreno constituía un éxito literario; la crítica parisién discutía vivamente la obra, comparándola con *L'Eve future*, de Villiers de l'Isle Adam, en la que algunos querían



"Pigmalión", M. Vjdra



"Pero-Grullo", B. Raal

ver  
bel  
ta  
for  
que  
un  
hor  
(es  
aca  
FE  
gra  
cór  
cur  
var  
ent  
de  
tra  
I  
gua  
tro  
nar  
imp  
Pra  
po  
m  
el  
por  
te  
po  
tur  
vic  
Gr  
tri  
el  
de  
la,  
tifi  
inj  
gra  
dic  
so  
de  
ab  
ca  
en  
má  
te,  
na  
ca  
ha  
roy  
de  
lit  
ge  
ve  
y  
ge  
de  
m  
inf  
Pr  
ño  
Te  
Pr  
br  
co  
ci  
ha  
to  
sa  
te  
dr  
cu



"La bella Pomponina"  
Mme. Kronbauerova



"Duque"



"Don Lindo"  
A. Kekout



"El tío Paco"



"Don Lucio"  
M. Kiesner

ver un precedente; pero admitiendo en general la belleza y la importancia de la tragicomedia, y hasta el bulevar transcendía el señor de Pigmalión en forma de unas coplas alusivas. En España algún que otro articulista comentó el acontecimiento; unos cuantos amigos y aficionados entusiastas lo homenajearon con su correspondiente banquete (ese banquete ritual que á fuer de mal aplicado ha acabado por perder toda significación), y LA ESFERA publicó una detallada información con fotografías de la *mise en scène*. No obstante, nuestros cómicos y empresarios permanecieron ajenos á toda curiosidad y no se hizo la menor tentativa por llevar á la escena *El Señor de Pigmalión*, que sigue entre nosotros durmiendo el sueño de los justos, de los justos con quienes los réprobos no quieren trato.

Esta vez ya no es un pequeño escenario de vanguardia el que pisan el señor de Pigmalión y su tropa de fantoches, sino uno de los grandes escenarios europeos: el del teatro de arte acaso más importante de Europa, el del Teatro Nacional de Praga, en suma, que no es solamente uno de los pocos teatros realmente de arte que hoy ofrece el mundo, sino también, como su nombre ya indica, el teatro nacional de Checoslovaquia y el más importante de la gran nación bohemía, generosamente subvencionado por su Gobierno, consciente del poderosísimo factor que es el teatro en la vida cultural de un pueblo. Y está bien que esta segunda victoria fuera de España del teatro de Jacinto Grau, que no es sólo un triunfo personal para el autor y un triunfo de la literatura española, sino también la rectificación de una gran injusticia, la más flagrante de nuestro medio literario, tan confuso en el establecimiento de sus jerarquías y tan abundante en equívocas, tenga lugar en uno de los pueblos más cultos de Occidente, aquella nueva nacionalidad que desde el caos de la gran guerra ha venido dando á Europa el mejor ejemplo de cordura social y política, el país que engendró el espíritu universalista de Comenius y que ha sabido escoger para guía de sus destinos presentes al más preclaro de sus intelectuales: al gran Presidente Masaryk.

El estreno de *El Señor de Pigmalión* en el Teatro Nacional de Praga el 3 de Septiembre de este año que corre, para inauguración de la temporada, ha constituido un éxito rotundo, y la Prensa checoslovaca ha saludado jubilosamente el advenimiento del dramaturgo español, cuyo triunfo pone aún

más de relieve la circunstancia de ser su obra la primera de autor español contemporáneo que sube á la escena del Teatro Nacional, que sólo escoge su repertorio entre el más triado del teatro universal.

La representación de *El Señor de Pigmalión*, á juzgar por la crítica y por informaciones particulares, ha sido verdaderamente ejemplar, tanto en punto á interpretación como á presentación. De esta última se encargó el famoso Josef Capek, que á par de autor es un consumado escenógrafo, y por las fotografías que adjuntamos podrá darse cuenta el lector del singular acierto. Véase esa Dirección del teatro, que es el decorado del prólogo, tan sobrio, tan esquemático, con esa combinación y variedad de planos que da á la escena un movimiento y una profundidad tan gratos á los ojos. Véanse esos enormes cartelones con el nombre de Pigmalión, que anuncian ya la importancia del personaje, y adviértase especialmente la decoración baja, terminada en altura por una cortina de color neutro, de manera que la acción y los personajes queden circunscritos á una estrecha faja de luz, que concentra la atención visual y da á aquéllos un poderoso relieve. Pero el acierto capital del escenógrafo ha sido, sin duda, la decoración del escenario con las cajas de los muñecos, situadas en distintos planos y todas ellas pintadas de modo diverso é iluminadas con luces de color é intensidad diferente, tanto en su exterior, por las lámparas que las coronan, como en su interior, cuando se

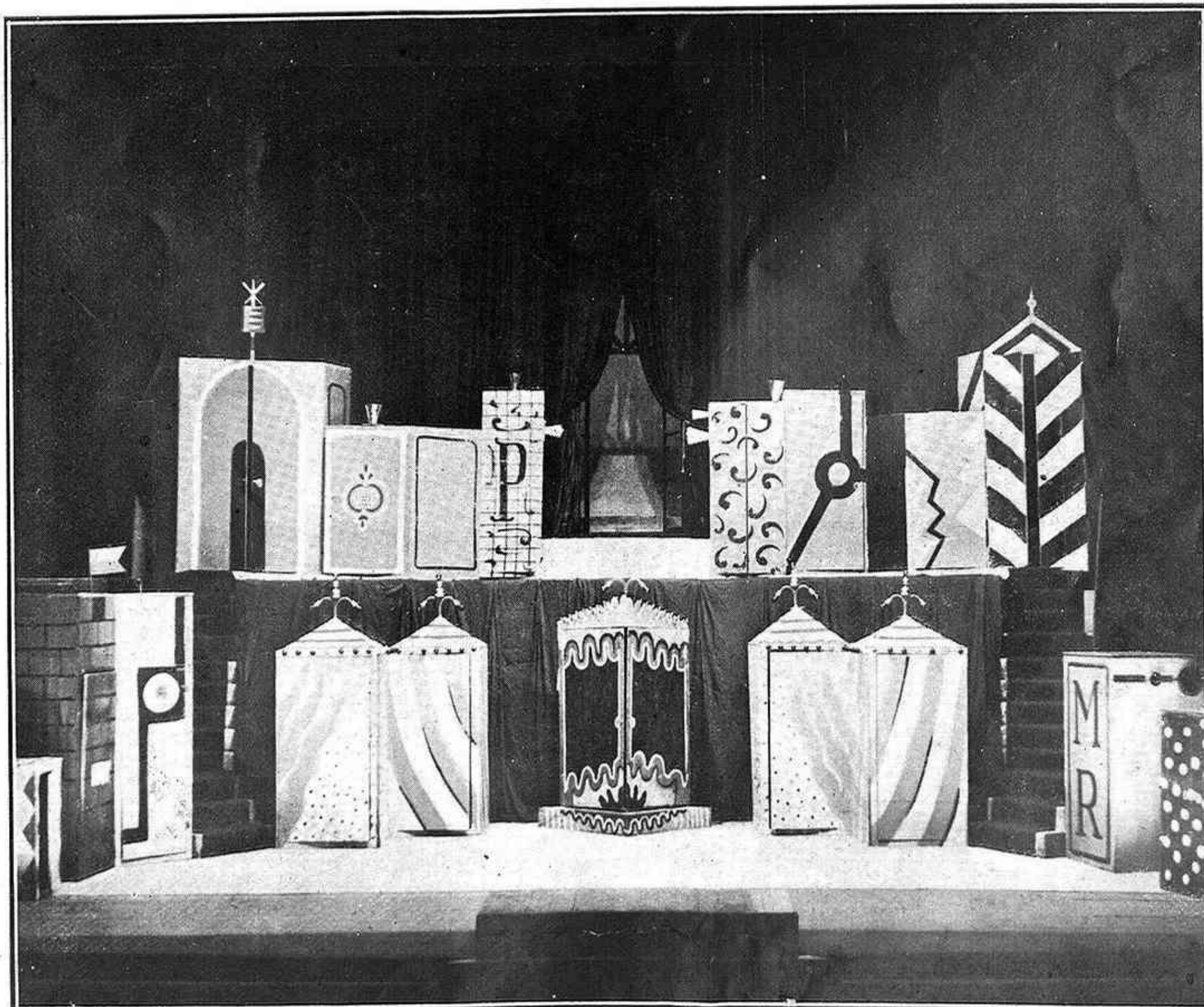
abren para dar paso á los fantoches. Esta riqueza cromática y este juego luminoso han constituido por sí solos un verdadero éxito de escenografía, y deberán ya ser tenidos muy en cuenta para cuantas presentaciones ulteriores puedan hacerse del *Pigmalión*.

Otro factor del éxito ha sido la música de escena, muy accidental y muy parca, pero adecuadísima al parecer, que le ha puesto el distinguido compositor checo Alexander Podasevsky. Y no menos perfecta ha debido ser la caracterización (de la que podrá juzgar el lector por algunas de las fotografías con que acompañamos estas líneas) y la interpretación de los hombres y muñecos de la obra, especialmente por parte de los dos famosos actores checos Václav Vydra y Jarmila Kronbauerova, que encarnaron, respectivamente, el protagonista de la obra y su frívola criatura, la liviana y deliciosa *Pomponina*.

Bien á las claras muestra el éxito referido el hecho de que inmediatamente el otro gran coliseo de Praga, el Teatro Municipal, ha anunciado para el próximo mes de Enero el estreno de *El Conde Alarcos*, que también anuncia Dullin en su *Atelier*, de París. Por su parte, Pirandello ha incluido el *Pigmalión* en el repertorio de su Teatro de Arte, y otras obras de Grau aparecen traducidas en diversos idiomas y se disponen á subir á las tablas en otros teatros de Alemania, Holanda, Polonia y Escandinavia.

Cualquiera podría pensar que estos hechos incontestables de estimación en el Extranjero por la obra de Jacinto Grau, hechos que sólo pueden explicarse por la belleza y el valor objetivos de dicha obra, serán susceptibles de influir en el propio país del autor y de provocar, por parte de escritores y actores, una revisión de su obra (revisión que realmente no sería serio un primer examen, á tal punto están y han preferido estar ignorantes de ella), y que el resultado de la tal revisión sería que la obra del Sr. Grau comenzase á encontrar difusión y admiración parejas á las que vienen encontrando fuera de España. Pero mucho tememos que esto fuese de un optimismo excesivo, y acaso más sensato será pensar que nada es capaz de sacudir la inercia y la falta de criterio de nuestros críticos y comediantes, y que á esta bendita andadura de nuestra vida intelectual la escena española será la última de Europa que acabará por escalar *El Señor de Pigmalión* con sus prodigiosos autómatas.

RICARDO BAEZA



Una escena del acto primero de la obra "El Señor de Pigmalión"

# EL CENTENARIO DE ANDERSEN

**A**NDERSEN, el taumaturgo creador de hadas y varitas virtuosas, dragones y magos—mago también él—, murió en 1875. Acaba de cumplirse el cincuentenario de esa fecha, y los hombres—que antes de serlo fueron niños—no han encendido las luminarias votivas del recuerdo en honor del escritor.

¡Silencio, desdeñoso silencio para él!, decreta la vanidad mundana; lo que equivale á decir: «Muerte á la Vida! ¡Sombras para la luz! ¡Mordaza para la Vibración!»

Quizá el hecho arranque á algunas plumas la sonora crispación de una protesta. No así á nosotros. Nuestra juventud, que por callada y feble adora lo íntimo—los pálidos ojos del crepúsculo y las palabras mudas en los ojos del Amor—, cree que el tributo superlativo á un hombre es ese apagamiento de voces festeras, que permite escuchar más allá del tiempo el ritmo de un alma que vigila.

Ni discursos, ni monografías, ni bustos públicos. La Humanidad, justa en lo injusto, ha dialogado en tanto sobre guerras y Tratados y deportes, sin que el lodo de la plebeyez actualista manche el nombre del escritor. ¡Feliz y vidente él, que habló siempre á los niños para que los hombres no le contestasen!

... Y, sin embargo, sobre la tumba del cuentista ha descendido la gracia pánica de un homenaje. Fué así:

Una clara mañana los dedos



del sol empolvieron de oro el mármol funerario; oro reidor y honesto, que bajaba del cémit como la diluida ternura de un Espíritu nuevamente redentor. El cementerio, humilde y breve—¿evocáis el de su «Compañero de Viaje»?—, dormía en el encantamiento de la blanca hora. Más allá de los muros, la gaya epifanía de la ciudad. Dentro, la Vida, inmovilizada por el gesto de la Muerte.

Los árboles del recinto prendían las últimas flores estivales. Los pájaros trezaban sus idilios en los columpios de las ramas. Ningún visitante. Sólo Fritz, el guardián, paseaba lento y grave.

De repente un extraño rumor paralizó su marcha; cerca de él la tumba de Andersen surgía nimbada de etéreas, luminosas gasas. Unas voces supraterrenas silabeaban frases de acordado ritmo. Acercóse, se descubrió y escuchó la rara polifonía:

DECÍA EL SOL.—Para ti el oro de mis lágrimas...

LA BRISA.—Y la canción de mis cuerdas invisibles.

UN RUISEÑOR.—Y mi voz, que es un corazón sangrado en melodías.

UN ALMENDRO.—Y mi sombra, y mis pupilas de flores, y mis brazos de ramaje.

EL CIELO.—Y el Infinito, que, como yo, es azul, serenamente azul.

... Fritz, devoto, también habló.

LUIS MANZANARES

## CUADROS ESPAÑOLES



"Partida de Don Quijote para Barcelona", cuadro del insigne pintor D. José Moreno Carbonero, adquirido por el senador cubano D. Agustín G. Osuna

# ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano  
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

## LA SALUD ES LA VIDA

En provecho de ella, exija V. siempre

LAS LEGITIMAS

## PASTILLAS VALDA

que no pueden venderse más que

EN CAJAS DE PTAS 1.75 CON EL NOMBRE VALDA EN LA TAPA.

Si le propusieren à V.

OTRO REMEDIO MEJOR,

OTRO REMEDIO TAN EFICAZ,

OTRO REMEDIO MÁS BARATO

Esté V. persuadido que no le interesa

NO HAY COSA QUE EQUIVALGA À

## Las PASTILLAS VALDA

Peao sobre todo TENGA CUIDADO de emplear

LAS LEGITIMAS

que son sólo las que

SE VENDEN EN CAJAS

que llevan el nombre

VALDA

Fórmula :  
Menthol 0.002  
Eucalyptol 0.0005  
Azúcar-Goma

## CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Lea usted todos los martes

## AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar



En el prólogo de la  
emocionante novela

**Los cuervos**

**sobre el Amor**

relata

**"EL CABALLERO AUDAZ"**

la verdad sobre el atentado de que fué  
víctima en París este ilustre novelista.  
Lea usted

**Los cuervos sobre el Amor**

Precio: TRES pesetas en todas las librerías de España y América

POR  
ESOS MVNDOS

MAGAZINE PARA TODOS

PUBLICACIONES  
PRENSA GRAFICA

100

PAGINAS

50

CENTIMOS

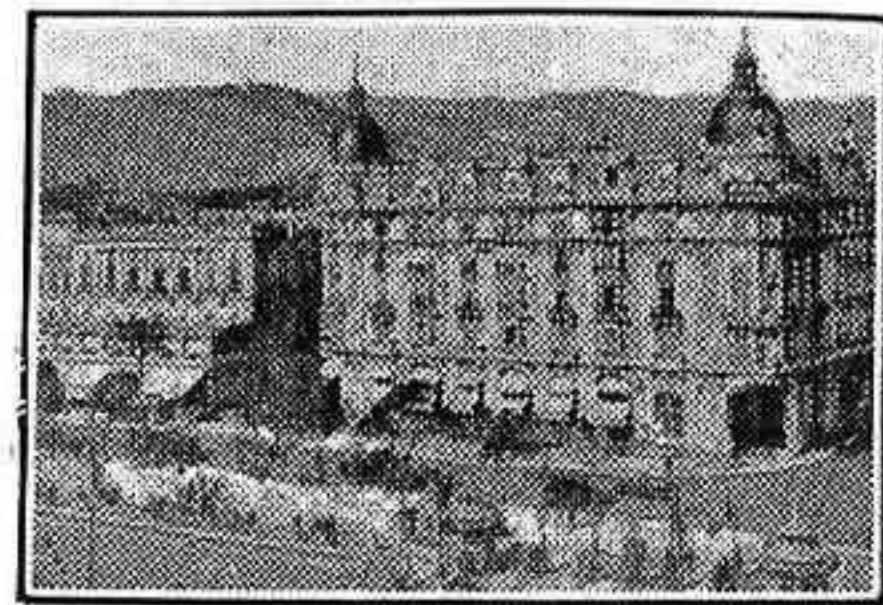
DESDE

10  
DE  
ENERO

SE VENDEN los clichés usa-  
dos en esta Re-  
vista -:-: Hermosilla, 57

## NIZA HOTEL RUHL

El más moderno y el mejor



El mejor situado,  
entre jardines,  
con vistas al mar

Bajo la misma dirección  
en Niza

HOTEL ROYAL  
HOTEL SAVOY  
HOTEL PLAZZA & FRANCE

### El tren "record del Mundo"

Se han hecho pruebas recientísimas, en las vías de la  
Compañía de los Ferrocarriles del Norte de Francia, de co-  
municación extrarrápida entre París y Calais por medio de  
coches-salones-restaurantes Pullman, construidos enteramente  
de acero, del tipo más perfeccionado, pertenecientes  
à la Compañía de Coches-Camas.

Por primera vez el trayecto París-Calais—298 kilóme-  
tros—ha sido recorrido, así como el regreso de Calais à  
París, sin ninguna parada, en menos de tres horas y en  
condiciones excepcionales de confort que han causado la  
admiración de los que asistían à estas pruebas. Esto de-  
muestra de brillante manera, y à la vez, la perfección de  
las vías de la Compañía del Norte y la potencia de sus ele-  
mentos de tracción y la excelencia del nuevo material  
Pullman de la Compañía de Coches-Camas.

En este tren especial, record del mundo de velocidad y de  
confort, iban M. Javary, Director de la Compañía del Nor-  
te, y M. Andrés Noblemaire, Director General de la de  
Coches-Camas, rodeados de sus respectivas planas mayores.

Como consecuencia de esta prueba, que dió el resultado  
más favorable y concluyente, ha sido decidido poner à dis-  
posición de la clientela de la gran línea París-Calais, à  
partir del mes de Mayo próximo, dos trenes, formados cada  
uno con diez coches-salones-restaurantes Pullman, de la  
Compañía de Coches-Camas, en los cuales se servirá à los  
viajeros en el mismo sitio que ocuparán durante todo el  
trayecto.

El horario de estos trenes no ha sido fijado aún definiti-  
vamente; pero de todas maneras no tendrán ninguna para-  
da ni en el sentido de ida, ni en el de vuelta.

### MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS

CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse à D. José Briales Ron  
San Antonio.—Camino de Churriana.—MÁLAGA



Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

# EL TEATRO EN EL JAPÓN



El actor Onoe Kikugoro en una de sus caracterizaciones zoológicas del teatro popular

Es un fenómeno curioso que siendo el Japón un país eminentemente progresivo en todos los órdenes de la actividad humana, en una de las manifestaciones más altas del espíritu y de las que influyen más en la evolución moral de los pueblos, ó sea el arte dramático, se haya mostrado refractario en absoluto á toda modificación de lo acostumbrado y tradicional.

Numerosas han sido, sobre todo en el último tercio del siglo anterior, las tentativas realizadas en sentido reformador por eminentes personalidades de la escena japonesa. Todas esas tentativas, ó la mayor parte al menos, propendían á llevar las prácticas escénicas occidentales al anquilosado arte dramático nipón. La resistencia opuesta por la masa general del público fué unánime y poderosa, y más pronto ó más tarde, cuantos acometieron la saludable reforma escénica fracasaron de un modo rotundo. Entre los más denodados campeones de ese movimiento débese citar en primer término á Morita Kanya, á quien siguió en breve la ilustre actriz Sada Yakko, que hace años admiró España, y á la que apoyaba de una manera resuelta su marido el notable actor y agitador político Kawkami Otojiró. A la verdad, la Nueva Escuela dramática, acaudillada por los dos famosos comediantes, aunque bien intencionada en el propósito, no acertó en el procedimiento renovador, en cuanto si es cierto que adoptó como modelo de la reforma el teatro clásico inglés y francés y el ibseniano en sus producciones más avanzadas, por no atreverse la Nueva Escuela á destruir con brusquedad los viejos moldes, lo que en un país fundamentalmente tradicionalista hubiera sido peligroso, mixtificaron el flamante producto en forma tan absurda, que levantándose en airada protesta los auditorios, malogróse aquel teatro híbrido entre los silbidos y carcajadas. ¡Piénsese, en efecto, la impresión hilarante que debían causar en los concurrentes habituales del *Kabuki*,



Un actor del "Kabuki" caracterizando un personaje femenino



Otra caracterización femenina por un actor del "Kabuki"



Uno de los teatros ambulantes de marionetas en Osaka



Caracterización del traidor en un drama popular



La famosa actriz trágica del "Kabuki", Ritou-Ko-Mori

ó teatro popular, los más sublimes episodios de las obras de Shakespeare, de Víctor Hugo ó de Ibsen, vestidos con trajes de pesadilla ó de leyenda fantástica japonesa, ó aderezados con detalles escénicos tan grotescos como presentar, por ejemplo, á Hamlet paseando en bicicleta por la explanada de Elsenaur!...

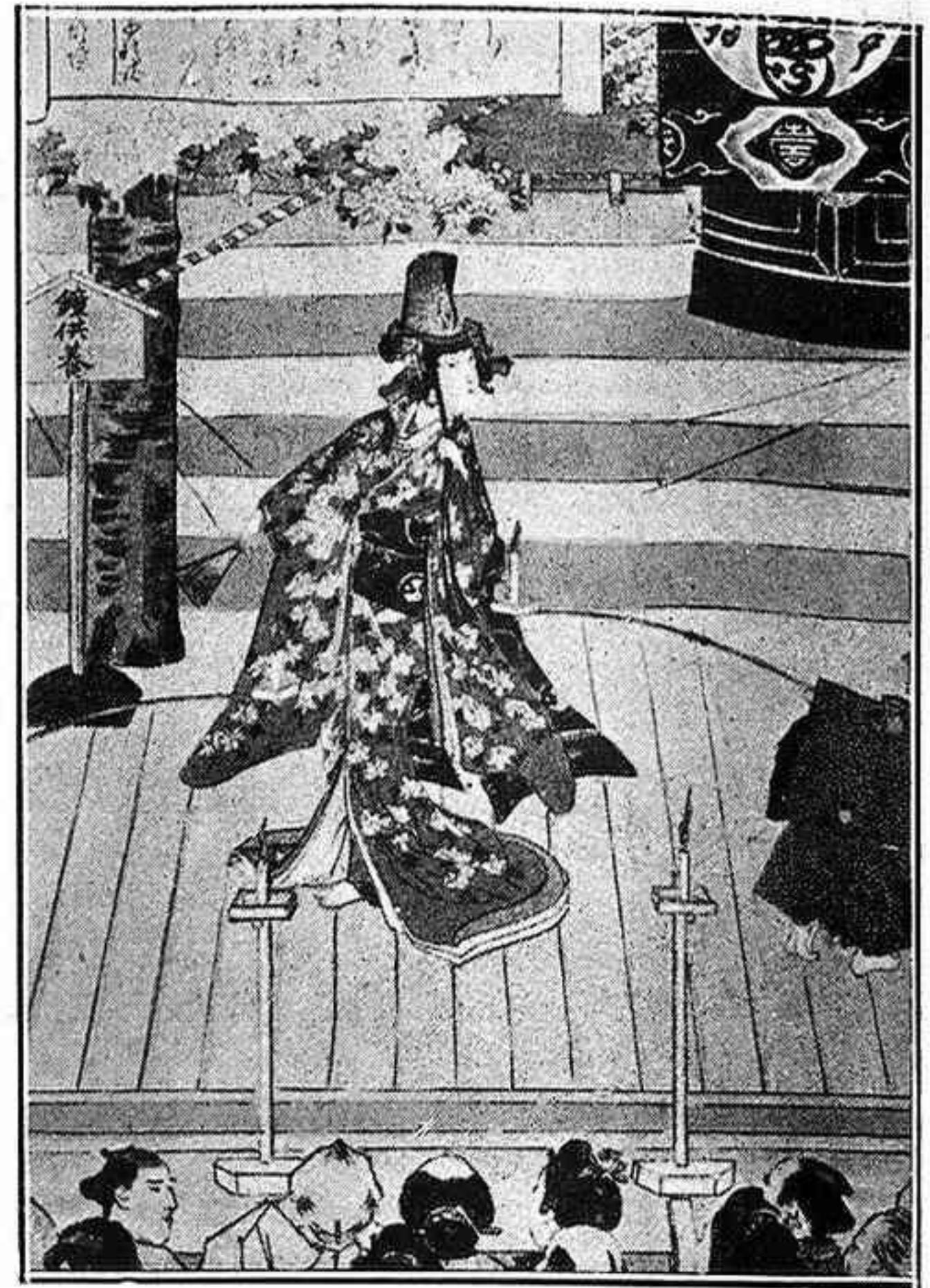
Nada pudo lograr en este *Kabuki* reformado atraer el interés y la atención de las gentes, no obstante haber conseguido la Nueva Escuela, durante los primeros años del experimento, que la mujer, á quien se tenía prohibido desde 1629 el acceso á las tablas, pudiera actuar juntamente con los hombres. Y aunque la práctica no ha prevalecido luego, persistiendo las Compañías mixtas, por lo menos pueden constituirse grupos escénicos exclusivamente formados por actrices, que actúan en determinadas épocas del año, y que suelen auxiliar figuras masculinas distinguidas, á veces estrellas de primera magnitud.

Extinguidas todas las referidas tentativas renovadoras, el arte teatral japonés ha quedado descansando exclusivamente sobre sus tres grandes formas tradicionales: el *No*, ó drama clásico, con sus personajes enmascarados, y que hubo de perfeccionarse hace quinientos años; el *Ningyo-Sibai*, ó teatro de muñecos, que interpretan complicados dramas fantásticos, y, por último, el *Kabuki*, ó teatro popular, con personal exclusivamente masculino, que es, al mismo tiempo, creador de la obra escénica.

En el siglo XIV, y bajo el patronato del *Sogún* Yoshimitsu, hubo de nacer el *No* (drama clásico); pero comoquiera que su representación sólo estaba autorizada en las fiestas solemnes de templos y santuarios, esta manifestación de arte hubo de ser patrimonio de las clases aristocráticas. A la caída del Sogunado (1868) acompañó fatalmente la del drama clásico; mas poco á poco fué recobrando su antiguo prestigio, y en estos últimos años ha llegado á conquistar una popularidad sin precedentes.

El *Ningyo-Sibai* (teatro de muñecos), que sólo actúa en Osaka, inspira su música en el lirismo del drama clásico, y á su vez ha ejercido manifiesta influencia sobre el teatro popular. Es una circunstancia curiosa que el teatro de marionetas japonés nació de la conjunción fortuita del cantante nómada y del fabricante de muñecos, que iba de pueblo en pueblo vendiendo su mercancía, y que, para hacerla más atractiva á los chiquillos, daba movimiento á las figurillas sobre la caja en que las transportaba, mediante una cuerda suspendida al cuello. Algún día, uno de estos mercaderes trashumantes, hombre avisado, asoció á sus operaciones al intérprete de viejas baladas niponas que acompañaba sus líricas narraciones con el recién importado samiceón, y hacia fines del siglo XVI la asociación de ambos elementos había producido ya la forma de arte escénico llamada *Ningyo-Sibai* ó drama lírico popular con sus manipuladores de muñecos, sus trucos mágicos, complicada técnica, sus idilios, su demonología y sus personajes ideales que viven en un mundo irreal.

Orígenes por demás poéticos tuvo la tercera forma escénica, conocida con el nombre de *Kabuki*. Como que hubo de ser ideada por una mujer artista. Fué su creadora la bella O-Kuni, danzarina ritual



El Tramoyista del teatro popular iluminando con una bujía el rostro del actor durante una escena trágica

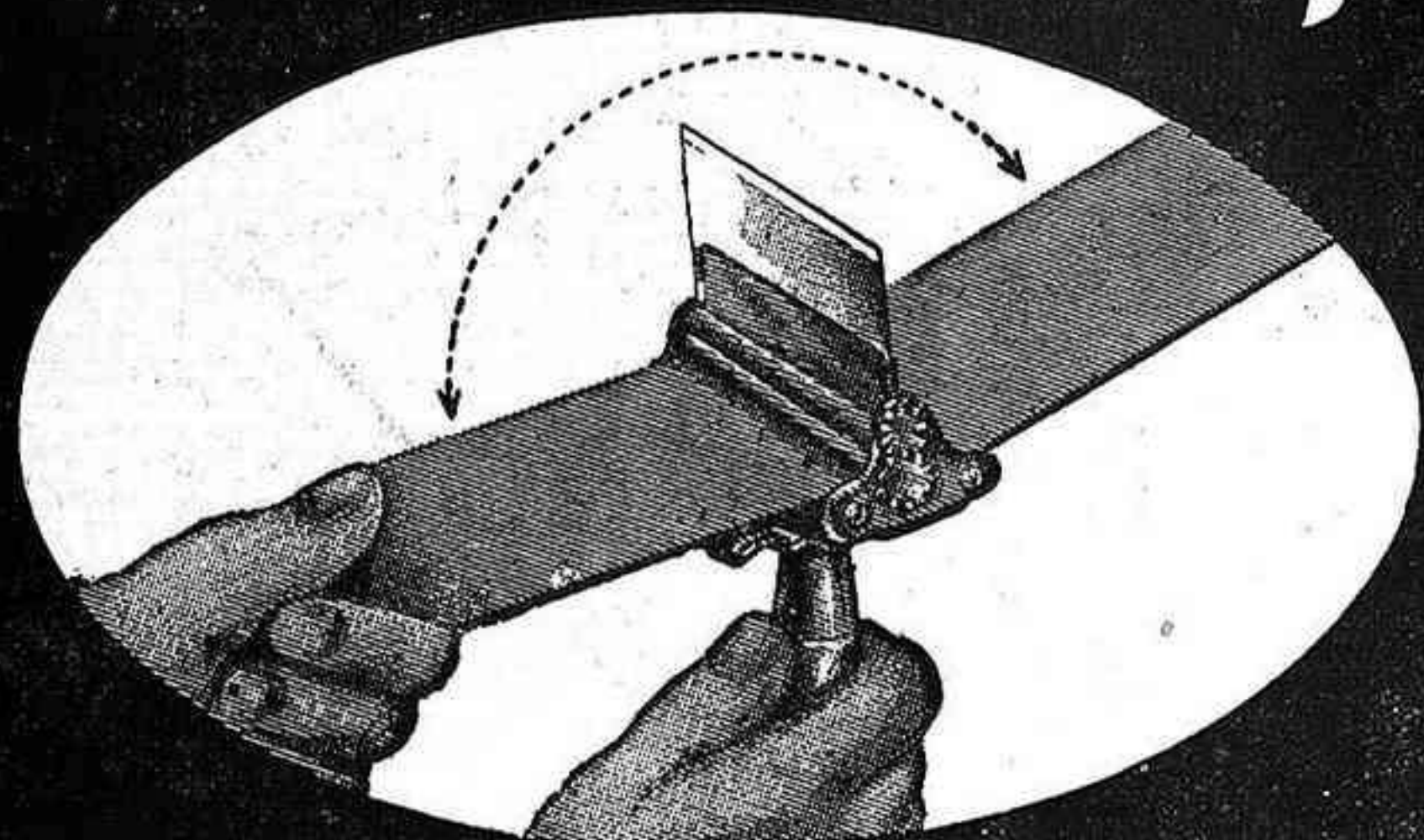
del gran santuario sintoísta de Izumo, cuando, á fines de la décima sexta centuria, era esa región del Imperio la aristocrática «provincia de los Dioses», y tuvo por primer escenario el desecado lecho del río Kamo, en la histórica Kioto. Después de atravesar esta forma de arte varias vicisitudes, hoy vive próspera y disfruta del entero favor de las masas populares, sobre todo desde la guerra mundial, cuando el Japón empezó á perder la fe en el progreso de Occidente, demasiado materialista.

Nada puede dar mejor idea de lo que sea el *Kabuki* que la obra, ya celebrada en toda Europa y América, *La túnica amarilla*, afortunadísima imitación del drama popular japonés, y en la que, como en éste ocurre, el principal personaje es el *Tramoyista*, verdadero motor de esa interesante forma de arte. El *Tramoyista* del *Kabuki*, vestido de negro y cubierto el rostro por una especie de capuchón, se considera dentro del convencionalismo de ese teatro, como en absoluto invisible. Interviene en la acción de la obra desde el principio al fin, el *Kurombo* ó *Hombre-Negro*; ilumina con su palmatoria extensible el rostro del actor para dar eficacia á su mímica; hace saltar en escena el pececillo de papel de plata enviado de las Buenas Hadas al galán por ellas protegido; mueve las hojas del sauce, anunciando la llegada de la tormenta ó del terremoto; cubre con un paño negro el cadáver del traidor, para que los servidores de la escena lo hagan desaparecer, si estorba al desarrollo de la acción dramática; ó bien, mientras duerme la enamorada *geisa*, agita sobre sus entornados párpados las bellas mariposas azules del ensueño, lindamente recortadas en papel de seda.

Tales son las principales características del teatro japonés, que acaba de estudiar magistralmente Zoé Kinkaid en su libro, recién publicado, *Kabuki or The Popular Stage of Japan*, del que reproducimos las adjuntas ilustraciones.

A. READER

# Máquina de afeitar "VALET" Auto Strop



Ahorra continuos gastos por hojas nuevas

**VENTAJAS PRINCIPALES:**

- 1º Dispositivo suavizador que permite dar a la hoja en 10 segundos un filo finísimo sin tener que retirar la hoja de la máquina y sin necesitar ningún aparato afilador especial y costoso.
- 2º Merced a la calidad del acero las hojas pueden servir para 50 afeitadas y más ahorrando un continuo gasto por hojas nuevas.
- 3º La limpieza es sumamente sencilla, no siendo necesario retirar la hoja ni destornillar o desmontar pieza alguna.

Agencia General: HASSINGER, S.A. Balmes, 75 Barcelona

## ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID



MANERA  
FACIL DE  
REDUCIR LAS

DIMENSIONES DE LOS PIES

En pocos minutos podéis modificar los pies dolorosamente hinchados, á tal punto, que con el zapato más estrecho y elegante andéis cómodamente.

¡Podéis por fin andar todo el día ó bailar toda la noche sin padecer de los pies!

¡Asimismo alcanzaréis el descanso y un alivio instantáneo cuando los pies estén fatigados, ardientes y doloridos!

Es completamente inútil padecer por más tiempo de los pies, andar como un pobre inválido ó calzar «barcazas», desde que se conoce la acción tónica, antiséptica y des-congestionante de un baño de pies saltratado. Un puñadito de Saltratos Rodell en una jofaina de agua caliente resulta un baño de pies medicamentoso y ligeramente oxigenado, cuya acción curativa modifica radicalmente toda hinchazón y magullamiento, toda irritación y sensación de dolor. Además, el agua saltratada reblandece los callos y durezas, á tal punto, que podréis quitarlos fácilmente sin necesidad de navajas ni tijeras, operación siempre peligrosa.

Los Saltratos Rodell reponen y conservan los pies en perfecto estado, de tal manera, que podréis calzar el zapato que os convenga *sin dolor*, aunque el número del mismo resulte algo pequeño.

**NOTA.**—Los Saltratos Rodell se venden á un precio módico en todas las buenas farmacias. Desconfiad de las imitaciones, que carecen de valor curativo, y exigid siempre los verdaderos Saltratos.

CAMISERÍA  
ENCAJES  
BORDADOS  
ROPA BLANCA  
EQUIPOS para NOVIA

## ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.  
MADRID



Lea Ud. la Revista  
**ELEGANCIAS**  
TRES ptas. ejemplar

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

**LIBRERIA DE SAN MARTÍN**

PUERTA DEL SOL, 6



## Cámaras Artículos fotográficos Ica

CALIDAD SUPERIOR

Pídase Catálogo C. gratis!

*Ica A.G. Dresden*

REPRESENTANTE:

*Carlos Liesler, Madrid.*

*Fernánfor, 6*



# DE LA LATA 1/8 "RECUERDOS DE TU FAMILIA" SALEN 14 TAJADAS



PIDA UNA LATA  
RECUERDOS DE TU FAMILIA  
ES EL MEJOR  
FIAMBRE  
ULTIMA GERENCION  
DE LA FABRICA  
SIBERIA DE VICH

G. V. V. V. V.